

Amalia Domingo Soler

Memorias

de un Espíritu

¡TE PERDONO!

SEGUNDA EDICIÓN

8



Rambla de Cataluña, 118

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

ITE PERDONO!

MEMORIAS DE DON ESPERANZA

DE SU VIDA

R 012732
Casa Editorial de Carbonell y Esteva

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

¡TE PERDONO!

Comunicaciones obtenidas
por el medium parlante del Centro Espiritista
«La Buena Nueva» de la ex-villa de Gracia
copiadas y anotadas

POR

Amalia Domingo Soler

©III©
TOMO OCTAVO
©III©

BARCELONA

Imprenta y Librería de Carbonell y Esteva
Rambla de Cataluña, 118
1905



CVI

UNA vez en mi estancia, fué tal el número de pensamientos malos que me asaltaron, que tuve una verdadera crisis, pero una crisis de espantosa desesperación. Ahogué mis gritos para evitar un nuevo escándalo, y tal fué la violencia que tuve que emplear para contenerme, que arrojé mucha sangre por la boca, con tal furia me mordí los labios. Mi turbación era tanta, que no la puedo describir, porque hay turbaciones y turbaciones; y la mía era de las más horribles. Veía en mi pensamiento seres malignos que me miraban y se sonreían cruelmente, y yo decía: Os aplastaré, ¿seré orgullosa? ¿querré ser más justiciera que Dios? Sí; quiero serlo, porque hay infamias que no se pueden tolerar. ¡Pobre Angélica! ¡morir tan joven! ¡ella tan pura! ¡tan buena! ¡Ah! yo he de vengar su muerte. Gracias que amaneció y me tranquilicé

bastante diciendo: ¡Dios mío!.. yo he querido que me perdonen y no sé perdonar. ¡Insensata de mí! ¡Asesinos! ¡asesinos!.. ¡Ay Dios mío! ¡qué modo de saludarte! pero mi arretrato no me impide adorarte. ¡Yo te adoro, Señor! ¡yo te adoro! y oí una voz potente que me dijo:—¡Mientes! no adora á Dios, quien maldice á sus hijos.—Señor; ésta es una fuerza superior á mis gastadas fuerzas; ¡estoy tan sola! ¡todo para mí está vacío!.. y una *flor del cielo* me dijo:

»—¿Ya no nos necesitas? pues nos iremos.

»—No, por Dios; si os vais seréis mi muerte.

»—¿Pues por qué te desesperas? ¿no estamos aquí para consolarte? contigo estaremos hasta que dejes este mundo y contigo nos iremos.

»—Gracias, flores mías; habladme mucho, mi situación es horrible, ¡tened piedad de mí!

»—Tranquilízate, duerme, reposa, que de mucho reposo necesitas; aun no has pasado el momento más amargo de tu existencia; ¿qué harás cuando llegue?

»—¿El más amargo no lo he sufrido aun?

»—No, aun no; quieren deshonorarte y deshonorarte por completo; cuando tu espí-

ritu contemple desde el espacio lo que has sufrido, te parecerá imposible haber tenido fuerzas suficientes para resistir tanto.

»—¡Ay, flores mías! sois inflexibles para mí: ¡qué poco me consoláis.

»—Es que somos la verdad: y la verdad no consuela, la verdad enseña á resistir los rudos embates de la vida. Ahora vete á descansar.

»—Obedecí dócilmente y me acosté, quedándome dormida tan profundamente que muy entrado el día fué cuando me desperté, sin acordarme de nada. Salí de mi celda y me fuí al Refectorio, donde me rodearon las monjas, y una en nombre de todas me reiteró el cariño de la Comunidad. Enfrente de mí, estaba la monja que me dió la botellita. Yo la dije:

»—¿Por qué no te acercas á mí?

»—Porque me creo indigna de vos.

»—Todas son iguales para mí. Entonces ella se acercó temblando y yo la dije: —Queredme todas, que de todas necesita mi alma, y entre todas cuidad á los niños y á los ancianos aquí recogidos; hasta que se nombre la segunda Superiora, velad por los débiles y seréis gratas á Dios.

»Todas se fueron retirando y me quedé sola con la que se creía indigna de mí, que me miró y la dije:

»—¿Qué tienes? ¿por qué me miras así?

»—Porque tengo remordimientos, madre; la muerte de Sor Angélica me ha herido de muerte, tengo sueños horribles.

»—No temas; tú no tienes responsabilidad. ¿Verdad que el capellán te dijo que lo que nos dabas era para curarnos?

»—Sí, madre; él no me dijo que os envenenaba, sólo me encargó que echara cuatro gotas, y yo, temerosa y dudando, sin saber porque dudaba, no eché más que una, extrañándome mucho que muriera Sor Angélica después de tanto tiempo, á no ser... que después... otra completara mi inícuca obra. Porque después lo comprendí todo, por eso os dí la botellita, para no pecar más.

»—Sobre todo tranquilízate, y que ningún día deje de verte, porque no quiero que sufras. En realidad, aquella infeliz me inspiraba profunda lástima porque no era mala en el fondo; de peor condición era la aliada de mi terrible enemiga. ¡Mi enemiga!.. no se me ocultaba el gran peligro que para mí había entrando aquella mujer en mi Convento; esto era necesario evitarlo á todo trance; mi enemiga entra por la noche, es preciso que ella misma se evite la entrada, quiero que ella misma se destruya.

»Visité los Asilos y me detuve en el de-

partamento que ocupaban las ancianas; allí encontré á la religiosa aliada con mi enemiga, hice que se saliera conmigo al huerto, y allí me dijo:

»—Madre; yo me muero de dolor, la sombra de Sor Angélica me persigue ¡es mi propia sombra!...

»—Pues yo quiero que te tranquilices, porque al fin, de la culpa no te corresponde más que una parta pequeñísima; contéstame á todo cuanto yo te vaya preguntando; y entonces me contó que ella era la que esperaba á mi enemiga en el huerto, y me enseñó la puertecilla por donde entraba, que se dirigía inmediatamente á una estancia donde sólo había muebles viejos, bancos y tablas para arreglar altares improvisados, que allí se encerraba y permanecía en aquel lugar á veces días enteros. Descansamos junto á la fuente, y allí dí mis instrucciones á mi compañera diciéndole: Cuando venga mi enemiga la recibirás de igual manera, y ¡ay de tí!... si le das á entender que yo estoy en el secreto de todo. La pobre religiosa me juró fidelidad y comprendí que no me mentía, ¡sufría tanto!

»Me retiré á mi celda tranquila y contenta, estaba en mi derecho; asaltaban mi morada y justo era que me defendiera de los malhechores. Quise escribir y dudé, di-

ciéndome una voz muy conocida, la de mi sobrina:—¿Por qué no escribes?

»—En mi situación de lucha, dime, ¿qué te parece? pienso encerrar á mi rival en su habitación, y allí alirla á buscar promover el escándalo que produce la captura de los ladrones y asesinos.

»—Muy lejos vas en tu plan, y tiembla ante las represalias. No te ocupes en esto, tía mía.

»—Eso no, hija mía; quiero luchar, quiero castigar á los culpables y quiero vencer.

»—Pues no olvides que la impresión que recibirás será terrible.

»—Es que si yo fuera mala la encerraría en un calabozo, y le daría un veneno lento... como ella me envenenó; pero eso no haré, la encerraré únicamente, le daré el susto nada más. Después que la dé una lección pensaré en mí misma, que no quiero morir en turbación.

»Seguí reflexionando, y reparé que dentro de mi estancia había continuos relampagueos, oí el ruido de los truenos, miré y ví que el cielo estaba sereno, aquella tempestad sólo rugía en mi alma, ví caer un rayo delante de mí, me acobardé un poco y me acosté, cerré los ojos pero seguí viendo el fuego de los rayos y exclamé:—

¡Dios mío! ¿porqué me dejas tan sola? ¡me horroriza la soledad!

»Me quedé medio aletargada, terminó la tempestad, y me encontré en un camino llano y espacioso, camino que me gustó muchísimo y dije muy satisfecha:—Este es mi camino, pero apareció un hombre muy grave y muy severo que me dijo:

»—Este no es tu camino; los que piensan vengarse como tú, no pueden ir por un camino llano. ¿Crees que es justo turbar á un espíritu por un tiempo indeterminado?

»—¿Quién eres?

»—La ley y la justicia eterna.

»—Yo no hago mal á nadie, castigo lo que es justo castigar.

»—¡Ah, hipócritas! llamáis justicia á la satisfacción de vuestras venganzas.

»Me desperté intranquila, pensé en lo que había visto y oído, y pensé que en la noche siguiente sería el triunfo de mi justicia.

»Pasé el día muy tranquilo, me visitó el doctor y me dió cuenta de que las familias que se habían alarmado con la muerte de Angélica, creyendo que había sido víctima de la peste negra, por lo ennegrecido que quedó su cadáver, había logrado tranquilizarlas y aun permanecerían en la hospedería del Convento algunos días más; y de

pronto, dándole otro giro á la conversación me dijo:—Ya que habéis perdido lo que más amabais, veníos conmigo, aquí no os quieren, la Comunidad miente cuando os dice que os profesa afecto, os temen, les dáis miedo, y nunca el miedo fué amor.

»—No me importa; aquí he de terminar una lucha, después iré á otro punto donde sus aguas arranquen de mis entrañas lo que aun guardo del veneno que medieron, y me curaré, sí, me curaré, y luego volveré aquí, porque aquí quiero morir como yo debo morir, sin temor por mi pasado, ni miedo por mi porvenir. El doctor se alarmó al verme tan exaltada, me pulsó y yo le dije:—No temáis, estoy bien.

»—¿Y qué nueva lucha tenéis? confesaos conmigo.

»—Yo no me confieso más que con Dios, sólo con El tengo confianza; hasta en mis sueños huyo de confesarme si alguno me interroga.

»—Contadme al menos vuestros sueños. Miré fijamente al doctor y ví en su semblante algo que me impresionó tanto que le dije:—Recuerdo que me habéis dicho que yéndome con vos, una sociedad muy poderosa me protegería.

»—Os lo dije y os lo vuelvo á repetir; rama soís, desgajada del árbol de la vida,

y dentro de la sociedad á que yo pertenezco, seríais árbol con raíces tan profundas, que á través de los siglos, vuestras raíces retoñarían convirtiéndose la rama seca en bosque frondoso á cuya sombra buscarían consuelo los peregrinos fatigados. Hablad; no titubeéis, sed dócil alguna vez.

»Le conté todo mi plan y el doctor me dijo:—Os advierto que esa mujer estará muy bien guardada al entrar aquí, y contad que el Tribunal de la Santa Inquisición se apoderará de vos, por que aun no pertenecéis á mi sociedad; venid conmigo cuanto antes mejor.

»—Lo pensaré, doctor.

»—Comprendo que haréis lo que pensáis.

»—Tenéis razón, doctor, lo haré; no acostumbro á retroceder jamás.

»Vino después mi enemigo el sacerdote, y me anunció con mucha sequedad, que se harían suntuosos funerales por el alma de Angélica. Espero, replicó, que tendréis durante el acto un proceder correcto.

»—Lo tendré.

»—Estamos entendidos.

»—Hace mucho tiempo que lo estamos; y con mi ademán le dí á entender claramente que daba por terminada nuestra en-

trevista; él me miró algo sorprendido de mi indiferencia y se marchó, que era lo que yo deseaba; porque quería estar sola para madurar mi plan, que es la venganza un manjar que mientras más se saborea, mejor gusto se le encuentra.

»Llegó la noche, y se desencadenó una tempestad horrorosa ;qué noche tan hermosa para impresionar á los criminales!... Aquel movimiento atmosférico me reanimó, me encontré fuerte como en los mejores días de mi juventud, y salí al huerto á pesar de la lluvia, á esperar á mi enemiga, y cada vez que retumbaba el trueno y brillaba el rayo, yo decía:—Este es el símbolo de la eterna justicia.

»Al fin sentí como abrían la puertecilla, oí como las dos mujeres cambiaron algunas palabras sobre la inclemencia del tiempo, y cuando me acerqué á ellas el resplandor de un rayo nos iluminó á las tres, mi enemiga lanzó un grito horrible y yo la dije:—¡Aquí estamos las tres!... pero ella no oyó por que cayó al suelo como masa inerte, y su cómplice cayó también aterrada de su obra; pero yo con fuerzas hercúleas, sintiendo en mí sér plenitud de vida, levanté á las dos mujeres, y obligué á la religiosa que me ayudara á sostener á mi enemiga hasta entrar en el Convento;

ya bajo techado dejé á mi enemiga en el suelo, mientras la monja murmuraba palabras incoherentes, yo la dije:—No tiembles inútilmente y trae un jarro de agua.

»—¿Para qué? ¡si está muerta!...

»—Calla y obedece.

»Se fué la monja y á la débil luz de una lámpara, contemplé á mi enemiga que en realidad parecía una muerta, pero tenía yo tantos deseos de reanimarla, que aunque hubiera estado su cuerpo en la más completa descomposición, creo que momentáneamente la hubiera hecho vivir; que hasta sus átomos diseminados por la tierra, los hubiera unido la potencia de mi voluntad; quería luchar frente á frente con aquella fiera, en aquel sér se encerraban todos los vicios, era un monstruo de iniquidad, quería verle de cerca, quería tocar el fuego de la infamia humana, quería ver la distancia que existía entre ella y yo.

»Volvió la religiosa con el jarro de agua y lo tiré sobre la cabeza de mi enemiga sin la menor contemplación, diciéndole con mi pensamiento:—¡Levántate y anda! se despertó mi enemiga y al verme me dijo con ironía:

»—Me habéis cogido.

»—No; os habéis cogido, vamos á la estancia que aquí ocupáis sin derecho alguno.

»—No iré.

»—Iréis de grado ó por fúerza, por vuestros pies ó arrastrada por mí; escoged.

»—Pues vamos; y las tres nos dirigimos hasta la estancia de mi enemiga; al llegar á la puerta le dije á la religiosa: Retírate á tu celda. y ¡ay! de tí si á nadie dices lo sucedido esta noche; la monja inclinó la cabeza, y apoyándose en la pared desapareció. Entramos en la habitación, cuya puerta yo cerré, diciéndo mi enemiga:—¿Me vais á matar? decidlo para encomendarme á Dios.

»—Tú te matarás por el remordimiento que sentirás en tu conciencia, por que has asesinado á un ángel.

»—Mentís.

»—No miento, bien lo sabes; tú me odias porque te arrojé de un Asilo donde martirizabas á indefensos ancianos y á inocentes niños, castigando á éstos tan brutalmente, que apenas había alguno que no tuviera por tus crueles tratamientos un brazo ó una pierna rota; aquellas infelices criaturas eran mártires de tu infame proceder, todas estaban lisiadas por tu causa, los ancianos dormían en un hormiguero de inmundicias, y no porque faltaran medios para atender decorosamente á aquellos desvalidos; pero tú gastabas las rentas destinadas al soste-

nimiento del Asilo, en impuras bacanales, cometiendo, bien lo sabes, todos los excesos de la gula y de la lujuria, y yo en nombre de la caridad y de la justicia, te impedí que continuaras cometiendo tantos crímenes, no dándote un castigo ejemplar como merecías, no encerrándote en un calabozo para toda tu vida, sino dándote tiempo para que te arrepintieras de tus culpas en un convento donde no conocieran tus infamias.

»—Pues yo he empleado ese tiempo que me concediste en odiarte y en maldecirte; y tanto te odio, que si en el cielo había de encontrarte, preferiría vivir en el infierno si allí estaba segura de no hallarte. Te odio, te odio con todas mis fuerzas, te llaman Santa y eres una prostituta, una ramera mística, ya sé que eres la manceba de ese gran sacerdote que tanto poder tiene, ya sé que eres la encubridora de las nobles ramera que aquí vienen pretextando enfermedades, y á lo que vienen es á solazarse místicamente, sé todos tus vicios, todos, que son en gran número; tantos, que puede decirse que ninguno te falta.

»—Habla, habla, así me gusta; que una vez en la vida nos quitemos la careta, gozo escuchándote porque veo cómo se exhala tu alma, ahora sólo te diré que no quiero que entres más aquí.

»—Pues déjame salir, y te prometo que no volveré á entrar.

»—No tan pronto: quiero saber lo que guardas aquí, pues cuando vienes no será para entregarte á la meditación; veamos, registremos.

»—Eso jamás. Silbó de nuevo el rayo; se abrió violentamente una ventana, y se apagó la luz. Yo no me desconcerté, abrí la puerta y salí; salió ella también gritando: ¡¡socorro!!....

»—¿Callarás, miserable! ¿callarás? y la cogí con tal ímpetu, que la tiré violentamente contra la pared, y cayó al suelo como muerta. Busqué nueva luz, entré en la celda, cerré la ventana, y salí al corredor arrojando nuevamente agua sobre la cabeza de mi enemiga; al despertarse la levanté porque estaba sin fuerzas y la llevé á la celda, imponiéndole obediencia con mi voluntad, pues comprendí que su deseo era matarme, pero yo la tenía sin movimiento, sólo su lengua se movía para decir:— ¡Maldita seas! ¡maldita seas!...

»—Maldice todo lo que quieras, pero yo he de ver todo lo que hay en esa estancia, tú siéntate, y ¡ay de tí! si te mueves. La hice sentar y entonces ví que tenía una pequeña herida en la cabeza, se la lavé y la ordené mentalmente que no se moviera

mientras yo fuí examinando los muebles que había allí, en particular me llamó la atención un gran armario que yo no recordaba haber visto en el Convento; lo abrí y allí encontré muchos legajos de papeles, muchos; cogí uno de ellos y leí: Historia escrita por ella misma; y estaba mi nombre al pie, pero tan bien imitada mi letra, que me horroricé.

»—Tú lo has querido; dijo ella irónicamente.

»—Sí; yo lo he querido, porque yo presentía que aquí estaba lo más inícuo, más infame, lo más vil que se puede hacer contra una persona. Has falsificado mi firma ¡miserable! y habrás falsificado mi vida ¡mi vida de martirio!.. de lucha... de dolores cruentos que tú habrás convertido... en acciones infames, en locuras y en arrebatos incalificables.

»—Ya lo has visto todo, ahora déjame salir.

»—No, todo no lo he visto, aun queda una rinconera donde veo muchos botes.

»—Eso no tiene la menor importancia, son untos que yo hago para curar heridas. Sin hacerle caso me acerqué á la rinconera y fuí destapando todos los botes, que en realidad contenían diversos ungüentos, también había pequeñas botellas, pe-

queñísimas, las fuí destapando y observé que ella pugnaba por romper sus invisibles ligaduras, y no podía; y al destapar la última botellita sentí un sacudimiento horrible en el brazo y la botella cayó al suelo produciendo una especie de humareda ¡y ella consiguió levantarse gritando: ¡Corramos! ¡corramos!... Yo pensando abrir la puerta, abrí la ventana y me asomé á ella huyendo de ahogarme con el humo que cada vez era más denso; mi cuerpo completamente quedó vencido sobre el pretil de la ventana, ni sé cómo me sostuve, quise retirarme y abrir la puerta para que circulara libremente el aire, pero no pude moverme, me quedé clavada en aquel lugar sin poder hacer el menor movimiento, ¿qué pensaba? ¿qué sentía? no lo sé, miraba al cielo y observé que la tempestad había dejado limpio el horizonte, el alba comenzaba á alborear, pude al fin moverme y me separé de la ventana, miré hacia dentro y me horroricé, mi enemiga estaba en el suelo y no era ella. ¡era un monstruo! ¡su rostro estaba teñido de azul turquí, los dientes le habían crecido y no cabiéndole en la boca las dos hileras estaban fuera de su lugar, los ojos desmesuradamente abiertos pugnaban por salirse de sus órbitas, sus manos retorcidas querían oprimirse las sienes, estaba horrorosa;

todas las furias de todos los infiernos, parecía que se habían complacido en desfigurar aquel cuerpo y aquel rostro donde había brillado la hermosura; sentí espanto, un espanto indescriptible, quise rezar, quise llorar; quise hacer algo útil para aquella mujer y al fin exclamé: ¡Dios mío!... ¡muerta! y oí una voz potente que me dijo:—Tú lo has querido, es tu obra.





CVII

AQUELLAS palabras hicieron en mi espíritu un efecto aterrador, miré al espacio con avidez, iba clareando poquito á poco, y la claridad me parecía rojiza, se me antojaba ver un raudal copiosísimo de agua que al caer se convertía en sangre y llenaba un lago inmenso; mirando aquel lago rojo, me sentía inclinada fuera del pretil de la ventana, creí caerme de gran altura, pero hice un esfuerzo y caí hacia dentro y oí que me decían:—No te aterres; no mueres aun, quise levantarme y no pude, y me dijeron:—Levántate.—No puedo moverme, ¡imposible!—¡Levántate!... tan imperiosa era la voz, que me levanté y me apoyé de nuevo en la ventana. El día apareció espléndido y dije: ¡Dios mío! ¡qué hermoso es el día!... Señor, tú sabes que no soy criminal, me quieren matar dejándome fuego en las entrañas, y no sé por qué me odian tan cruelmente; porque yo

no atento contra ellos, si se mueren en su infame lucha no es culpa mía, ellos sucumben abrumados bajo el enorme peso de sus horrendos crímenes. Brilló el sol y me sobresalté, miré nuevamente el cadáver de aquella infeliz y murmuré: ¿Qué hago, Señor? ¿saldré? ¿dejaré encerrada á la muerta? veamos, y abrí la puerta, y me encontré á un hombre que ya había visto la noche anterior, que era un fiel servidor de mi enemiga, especie de guardián que ella dejaba en su ausencia; al verle le dije:

»—¿Qué hacéis aquí?

»—Esa mujer que está ahí muerta, me colocó en este lugar, soy el perro fiel que la guardaba y todo lo sé.

»—Así podréis declarar la verdad de todo lo sucedido: quise salir y él me dijo: —No saldréis de aquí, vida por vida.

»—¿Tú quieres la más injusta de las venganzas? pues si todo lo sabes, no ignoras que no es mía la culpa de su muerte? así es, que tengo derecho á la libertad, y si tú no me la das yo me la tomaré. Quieto aquí, enmudece, y nada dirás de lo que has visto y has oído; y fué tal el empuje de mi voluntad, que se quedó inmóvil, recostado contra la pared, y yo, apresurando el paso

llegué á mi celda y le dije á mis *flores del cielo*: ¿Llegó ya mi último momento?

»—No temas; has sido muy imprudente, pero no temas, eres una chiquilla voluntariosa, tú quieres encontrar la justicia y no podrás hallarla hasta que las almas sean más dignas.

»Me senté y quise pensar, pero no pude unir dos pensamientos; pasó algún tiempo, y por fin pude encauzar mis ideas pensando qué debía hacer, diciéndome á mí misma: Si despierto á aquel hombre hablará, y si no habla, creerán que él la ha muerto y que ha enmudecido de espanto. ¡Ah! eso no; yo no debo consentir la condenación de un inocente; si me matan, moriré sin remordimientos; y salí decidida á despertarle. Estaba en el mismo sitio que lo dejé, inmóvil, recostado contra la pared. Toqué su frente y sus manos con mucha suavidad y le dije: Despierta; se movió y me dijo:—Dejadme más libre.

»—¿Más libre para dar paso á vuestras malas intenciones?

»—Dejadme salir.

»—Salid en buena hora y que Dios os ayude.

»Dió algunos pasos, y mirándome con un odio terrible, después de haber mirado á su protectora, me dijo sonriendo como

deben sonreír los condenados:—¡Hasta luego!... ¡hasta luego!...

»Sin perder momento me dirigí al Refectorio y allí encontré reunida á la Comunidad; pregunté á varias monjas si habían oído algo la noche anterior, y todas bajaron la cabeza sin contestar; al ver tanta hipocresía las dije:

»—Comprendo que todo lo sabéis, me alegro; mientras vivió Sor Angélica aquí se vivía bien, reinaba la paz y armonía. Poco antes de morir ella, agentes extraños han traído aquí la perturbación, me han hecho pasar por loca, por endiablada, trajeron otra nueva Superiora, lo que ésta hizo en su estancia no lo sé, sólo sé que allí está su cadáver, ella se mató por lo que allí encerraba. Decidme si me creéis capaz de cometer un crimen, ¿creéis que yo pueda haber cometido un asesinato?

»Todas callaron, sólo una monja dijo:—Yo no os creo capaz de cometer ningún crimen. Miré á la Comunidad y la dije:—Vuestro silencio me acusa, ¡infelices! ¡os perdono! y me retiré á mi celda seguida de la única religiosa que me creía inocente, la que al entrar en mi estancia me dijo:—Madre, con vos iré hasta el martirio.

»—Hay que avisar al doctor.

»—No hay quien le avise, madre; por-

que no pudiendo yo salir por mi voto de clausura, nadie en el convento os obedecerá, no os expongáis á nuevos desaires, yo os lo ruego; y salió llorando la pobre religiosa. Yo me asomé á la ventana central y exclamé: ¡Dios mío!... ¡qué Comunidad me habéis dado! esas mujeres me creen culpable; ayer me llamaron Santa sin merecerlo, y hoy me lanzarían á la hoguera sin merecerlo tampoco; ¡qué juicios tan erróneos forma siempre la ignorancia!...

»Rendida de tanto sufrir, me quedé dormida hasta que oí una voz desconocida que me dijo:

»—¿Se puede entrar?

»—Abierta está la puerta; y ví entrar á un hombre alto y arrogante con toga negra y birrete de igual color, llevando en su diestra una vara, la que á su extremo tenía un remate de plata. Me miró aquel hombre sin altanería, diciéndome:

»—¿Sabéis á lo que vengo.

»—No, señor.

»—Pues vengo á deciros que estáis presa.

»—¡Yo presa!.. ¿sois un agente de la Santa Inquisición?

»—Soy un agente del Rey que se avergonzará de haberos concedido los honores que os concedió.

»—No supe que contestar, y una *flor*

del cielo me dijo:—No temas, sigue adelante.

»Seguí al agente y salí del Convento; subimos á un coche viejo y desvencijado, nos rodeó un pelotón de hombres armados, y llegamos á la ciudad cercana, donde me esperaba una inmensa muchedumbre; ¡qué pronto corren las malas nuevas!... unos decían, ¡qué muera! ¡no esperemos el fallo de la justicia, al fuego con ella! otros gritaban; ¡es una Santa! los impostores la deshonran. Un hombre del pueblo se abrió paso y llegó hasta la portezuela del coche diciéndome:—Madre; perdonadlos que no saben lo que se hacen. Yo me vanaglorio de decir que nunca lo habéis sido ni seréis criminal, y que si aun no sois Santa, vais en camino de serlo.

»Llegamos á la Casa de la Justicia, y allí comparecí ante un juez de agradable figura; era un anciano venerable, me pidió declaracion muy cortésmente, y yo le conté todo lo ocurrido sin omitir el menor detalle. El juez me escuchó muy atentamente, y al concluir mi relación me dijo:—Hay que proceder á buscar pruebas de cuanto me habéis dicho, aunque en vuestros ojos leo la inocencia. Yo no os condenaré, otros os condenarán; por ahora tendréis por cárcel la casa de vuestros mayores. ¡Ah! si

vivieran vuestro padre y vuestros hermanos, no se os acusaría injustamente, tenéis enemigos terribles, no tratéis de evadiros porque sería peor, no deshonréis vuestra casa.

»—Eso jamás; y le miré con la mayor ternura, agradecida de que me diera mi casa por cárcel; cuando llegué á la morada de mis mayores, se desarrolló una escena verdaderamente conmovedora; nunca me pude imaginar que la viuda é hijos de mi hermano me quisieran tanto; los que dejé niños ya eran mozos apuestos y gallardos, y el mayor me dijo con vehemencia:

»—Tía mía; yo me jugaré la vida por vos, porque sé que sois inocente.

»—No, hijo mío, no; tú tienes que vivir para tu madre, Dios me juzgará, no quiero que ni tú, ni nadie se sacrifique por mí; no quiero sacrificios, no quiero más que justicia, y en justicia no pueden condenarme.

»Yo creí que me darían toda la casa por cárcel, pero no fué así, quedé reclusa en un aposento de los más humildes, que servía de dormitorio á uno de los criados de mi hermano, y á la puerta se situaron dos guardias para mi custodia, la única consideración que me guardaron fué que no me dejaron incomunicada. Cuando me quedé

sola entorné la puerta de mi estancia y me entregué á pensar qué me sucedería. No pienses, me dijo una voz, ¿para qué quieres pensar?

»Pasaron dos días, y al tercero sentí pasos y oí una voz conocida, era la del doctor, que entró diciéndome:

»—No me esperabais, ¿verdad?

»—No.

»—Tenemos que hablar, hablemos de lo que os propuse la última vez, ¿qué habéis pensado? ya sabéis cuanto os dije: ¿queréis venir á la Corte? en definitiva, ¿queréis venir? aquí moriréis mal, moriréis deshonorada, ya os dije que en la Corte lucharéis con fieras; aquí... aquí... os aplastarán los reptiles, tal es su inmensa cantidad, que podrán más que vos.

»—No tengo fuerzas ya para ir á ninguna parte.

»—Os advierto que hay aquí una intriga horrible, venid conmigo que en la Corte triunfaremos, decid que sí, que después de triunfar, volveréis aquí si tanto lo deseáis.

»—De ese modo, sí; si me dejáis volver, me voy con vos. Se fué el doctor, y al no verle me arrepentí de lo que había dicho: ¿qué has hecho? me pregunté asustada, este hombre dice que pertenece á una sociedad enemiga de mi religión, ¿qué dirán de mí?

¿dirán que en realidad me he entregado al diablo? malo es el punto religioso donde estoy, pero, ¿quién me asegura, que esos incrédulos no están en punto peor? sombríos son los templos, tumbasson los Conventos, ¡pero puede tanto el hábito y la costumbre!.. y como yo desde niña había estado rodando por los Conventos, tenía cierto apego á aquellos tristes caserones. Esperé dos días con bastante impaciencia, queriendo y no queriendo que viniera el doctor por mí; al fin, oí rumor de varias voces, me estremecí, porque conocí la voz de mi enemigo el sacerdote, entró y lo encontré muy desfigurado, muy pálido, con los ojos muy abiertos como si buscara algo que sólo estaba en su pensamiento. Sin mirarme siquiera me dijo:

»—Tenemos que hablar.

»—Yo tengo un placer en ello, que para las ocasiones son los amigos, ¿no lo creéis así?

»—No es ocasión de hablar aquí con tanta ironía, se disputa la carne el tigre al león, veremos quien vence aquí. Mandó retirar á los guardias y cuando nos quedamos solos me dijo secamente:

»—Hemos de hablar de una manera descarnada, abierta.

»—Mucho hemos hablado ya.

»—Pero nunca con franqueza y hemos de tratar asuntos del mayor interés para los dos.

»—Hablemos.

»—En confesión os pido que me digáis cómo murió Angélica.

»—¡¡Yo!!

»—Vos debéis saberlo.

»—Bien sabéis que vos y esa mujer que ha muerto, sois los que sabíais el veneno que dabais.

»—Es que tengo datos que vos envenenasteis á Angélica.

»—Bien sabéis que una monja me dió la primera botella, que de muerte sería su contenido, cuando vos la tirasteis espantado.

»—¿Eso habéis creído? pues aquella botella contenía agua para enloquecer si se tomaban muchas gotas de una vez, y despertaba deseos sensuales administrada con método en pequeñas dosis, pero la monja no se enteró bien del modo de usarla.

»—¡Ah! queríais que Angélica os quisiera, y que yo os obedeciera dócilmente... soñando con alguna recompensa... ¡cuánta infamia! sois verdaderamente un miserable.

»—Decidme, decidme; ¿es verdad que por celos habéis sido criminal? no lo ne-

guéis, ya está hecho; yo sé que me queréis con locura.

»—Sí que es verdad; pero yo amo en vos el talento, la sabiduría que os distingue, amo la magia de vuestra palabra cuando habláis á vuestros fieles; entonces os creo un *Enviado*, un *Elegido*, me parece que os he querido antes y que unidos hemos evangelizado á la gentes, y que juntos hemos repartido el pan del amor divino; pero yo matar á la mujer que más he querido en este mundo para quitar el estorbo que había entre los dos, ¡eso jamás! mil veces me hubiera quitado la vida, antes que tocar á un solo cabello de aquella mujer que tanto me quería, que adivinaba mis pensamientos, que me hacía amar la vida, porque era el único sér que se interesaba por mi existencia y que no envidiaba mi gloria. Ella era carne de mi carne y hueso de mis huesos, sin ella, mi vida es un infierno, y no he puesto fin á mis días, porque acato la voluntad de Dios.

»—Pero si vos me habéis querido sobre todas las cosas, si me habéis dominado á pesar mío, si me habéis hecho soñar y soñando os he tenido entre mis brazos ebria y palpitante de placer!... Yo no sé cómo explicarme mis sueños, porque después de haber sido mía, os he visto convertida en

ángel luminoso, y desde muy lejos me habéis dicho:—¡Infeliz! no puedes llegar hasta mí. Entre los dos ha de mediar un infierno, seréis la víctima y lo seréis porque os obstináis en negar.

»—Haced lo que queráis.

»—Sí, sí; seréis la víctima; en vida y en muerte os haré mártir. Os haré santa; pero una santa imbécil, alucinada, loca, ya veréis vuestra historia.

»—Ya la he visto.

»—¿Dónde?

»—Donde estaba el cadáver de aquella mujer.

»—¡Ah! ¡qué bien!... ya tengo lo que deseaba; visteis vuestra historia y os vengasteis envenenando á aquella mujer; os acusaré, os acusaré y me creerán.

»—Haced lo que queráis; cuando se ama, se sufre todo, se soporta todo; pero... no me acusaréis.

»—¿Quién lo impedirá?

»—Yo; yo os lo impediré, porque os amo y no quiero que os hundáis en el infierno, porque sería vuestro crimen tan horrible, sería vuestra ingratitud tan espantosa, seríais un criminal tan miserable, que el fuego del infierno sería poco para atormentaros eternamente; y en vos mismo, en vuestros recuerdos, tendríais un torce-

dor irresistible, todos los tormentos inventados serían juegos de niño, comparados con vuestros remordimientos; yo os quiero tanto, que no os dejaré que me acuséis, ¿por qué os quiero? no lo sé; ¿por qué me interesa vuestro porvenir? lo ignoro; pero no quiero que colméis la medida de vuestros crímenes con el más horrendo, con la acusación que queréis hacer contra mí.

»—Nos veremos.

»—Sí, nos veremos; nos veremos siempre el uno al otro; ¡quién sabe si para acusarnos ó compadecernos! que nuestra historia no acaba aquí, tengo la certeza de ello; no se ama ni se odia tanto en una sola existencia. ¿Qué hemos sido? ¿qué seremos? ¡Dios lo sabe! El solo sabe dónde empiezan los amores y dónde acaban los odios. Se fué mi enemigo y yo dije:—¡Dios mío! ¡qué contrasentido! ¡cada vez le quiero más! ¿por qué? ¿por qué? ¡no lo sé! No quisiera el encierro, ¡ay! eso no; si me llevan á un calabozo negro, creo que enloqueceré, y no quiero enloquecer para salvarle, para dominarle, para que no pronuncie su sentencia de muerte eterna, que lo hagan otros, que otros sean mis verdugos si es necesario que yo muera, pero que él se salve, ¡Dios mío! ¡qué él se salve!..

»Pasé un día muy triste; al día siguiente

vino el doctor y me dijo:—Obedeced sin replicar á cuanto se os mande.

»Me despedí de mi familia, la que me hizo llorar con sus demostraciones de verdadero cariño; el doctor me hizo subir en un buen carruaje, y se sentó frente á mí, demostrando su semblante honda preocupación; llegamos á un pueblecillo, y allí me dijo:—Tenéis que esperar aquí dos días, los necesito para vencer algunos obstáculos; recordad de lo que es capaz vuestra religión. Sus palabras me impresionaron tristemente y le ví marchar con profunda pena. Esperé dos días, y cuando ya me habían indicado que me dispusiera á continuar mi camino, se recibieron nuevas órdenes y entonces temblé como nunca había temblado, porque los esbirros del Santo Oficio se apoderaron de mí».





CVIII

GRANDE fué la impresión que recibí al observar que no continuaba mi viaje á la Corte y quedaba en poder de las fuerzas del Santo Oficio. Perdí toda esperanza, me ví perdida para siempre; hasta me sonreí como se sonríen los idiotas, y dije: ¿Y qué? ¿por qué me apuro? ¿por qué me van á matar? ¡qué bueno será morir!... pero luego me rehice y exclamé: No quiero morir así; ¿por qué me anonado? ¡Pobre de mí! ¡cómo pierdo los alientos!...

»Pasaron muchas horas; mi estancia tenía vistas al campo y me consolaba mirando las tierras labradas, nadie se cuidó de alimentarme, sentí hambre y sed, llegó el Sol á su ocaso y se aumentó mi desfallecimiento; la puerta de mi estancia estaba entornada, la entreabrí y pedí á gritos agua y pan, pero nadie me contestó; reparé entonces que no tenía ni dónde acostarme, pero me resigné pensando que en otro lu-

gar estaría peor, porque no vería el Sol; pero como la angustia que produce el hambre es tan irresistible, salí de mi estancia, sin darme cuenta que salía, buscando á mis carceleros; los encontré sentados en el portal jugando á los dados, les pedí pan y agua y nadie me contestó; llegué á exasperarme y quise salir al campo, pero no me dejaron pasar, les reconvine duramente, diciendo en último término:—Decidme algo, decidme cómo debo morir; traté nuevamente de salir y entonces uno de aquellos esbirros me dió un empujón y caí de rodillas; logré levantarme y volví á mi estancia como mejor pude, porque la cabeza se me desvanecía y andaba sin ver. Cuando me encontré en mi prisión, quise asomarme á la ventana pero lentamente caí al suelo, mi cuerpo no podía resistir tantas horas sin alimento, ni mi espíritu tantas humillaciones; la mano que el esbirro había puesto en mi espalda me había producido la misma impresión que un hierro candente, no sé como no terminó entonces mi martirio. No sé el tiempo que estuve sin conocimiento; al fin acudieron mis carceleros y me dieron algún alimento, pero era un brevaje tan mal condimentado, que al comer me puse mucho peor, y creí llegada mi última hora, pero oí una voz

muy imperiosa que me dijo:—Aun no, aun no. Aquella voz me dió nueva vida, me pareció que se refrescaban mis labios con agua purísima, y dije:—¡Gracias, Señor! veo que no me habéis abandonado.—¡Ingrata! replicó la voz. No, no soy ingrata, es que estoy más vieja y más débil. Me sentí de pronto más fuerte y animosa, tanto que pude levantarme y asomándome á la ventana dije:—¡Señor! no soy ingrata ¡tened piedad de mí! ¡tengo miedo!..

»—¡Ingrata! ¡te acabo de levantar y tienes miedo!..

»—Tenéis razón Señor; ya puedo resistir, ya puedo resistir, y me pareció que el eco repetía mis palabras. Sentí rumor de voces, y de nuevo vacilé y de nuevo me reanimé; sentí después pasos muy quedos, y entró un hombre con una linterna; sin saber por qué, sentí horror, le miré y se aumentó mi terror, en aquel semblante todos los vicios habían dejado sus huellas; me preguntó si quería comer y beber y al mismo tiempo acercó la linterna á mi rostro, y no sé qué leí en la mirada de aquel hombre, que al fin me dijo con cruel ironía:

»—Mañana pasaréis un gran día.

»—¿Será el último de mi vida?

»—El último no, pero uno de los últimos, sí. Mañana os harán buscar á Dios,

ya que sólo os entendéis con el diablo, y buscaréis á Dios con los ojos llenos de sangre, ahora podéis echaros en el suelo, que para los perros de la iglesia ya es bastante, y se retiró; al quedarme sola traté de sentarme y apoyar la cabeza en la pared, pero me dejé caer por completo, mi cuerpo buscaba la tierra, y mientras mi cuerpo quedó inerte sobre el duro suelo y la brisa de la noche acababa de entumecer mis ateridos miembros, mi espíritu buscó como nunca la justicia de Dios, y al verme libre en el espacio dije con anhelo:—¡Dios mío!.. dame noción exacta de lo que soy para saber resistir, y volé hacia un punto fosforecente, pero me turbé, retrocedí, adelanté nuevamente y encontré á una jovencita que iba con paso muy ligero, no le podía ver la cara y la llamé, se volvió y me dijo:— ¡Siempre la misma! ¡siempre impaciente!..

»—¡Te encuentro!.. ¡Angélica de mi alma! no te dejaré marchar, no.

»—Me detengo, porque mucho nos debemos la una á la otra.

»—Dame tus brazos.

»—Tomadlos.

»—La abracé y la dije: ¡qué fría estás!..

»—Es que aun soy una muerta, no he podido entrar en el cielo.

»—¿Y crees que entrarás en el cielo?

»—Sí, porque he visto el Amor de nuestros amores y me ha dicho:—No te apures por aligerar el paso, no te esfuerces, anda, *joven!* ya me alcanzarás, y voy andando.

»—¿Pero no has comprendido que esa palabra *joven!* no significa que entres en el cielo? Te dice con ese *joven!* que trabajes, que luches, ya lo verás como es así; porque le llamaré; y le llamé y le dije: ¡Amor de mis amores! ¡ven!... ¡ven!...

»—Madre, ¡qué fuerza tenéis! ya está aquí, ¡qué hermoso es!...

»—¡Ay! yo no le veo!... ¡Impaciente! ¡siempre impaciente! dijo El. ¡Mírame! le miré y le ví como nunca lo había visto, tan pronto me parecía joven, como viejo, llevaba en su diestra un tronco de un árbol partido en dos trozos, uno más largo que el otro, en forma de cruz.

»—¿Me presentáis el símbolo de mi martirio?

»—No; es el símbolo de tu rudeza, de tu historia de ayer.

»—¿Me dáis esa cruz?

»—No; la conservo, para enterrarla más tarde en la tumba del olvido; y entonces quedará borrada la cruz que clavaste en el pecho de un hombre, que al recibir la herida te perdonó!

»—¡Dejadme ir con vos!...

»—¡Ya vendrás! ¡ya vendrás!

»—¿Y para mí no hay nada? preguntó Angélica.

»—Contéplala ahora, que no has podido contemplarla todavía, dijo El. La miré... y dije: ¡¡Tú!!.. ella me miró y exclamó: ¡¡Tú!!.. ¡brilló la luz de la eternidad! y la dije: yo iré contigo, y El me dijo:—Mira, aun llevo tu cruz.

»—Comprendo, ¡aun me pertenece esa cruz!.. y sentí... sentí... lo que no es posible describir, ¡placer! ¡dolor! ¡esperanza! ¡desaliento! aquella cruz era el símbolo de la rudeza de mi espíritu y aquel tronco aun era muy resistente. ¡Cuántos siglos tendrían que pasar para que aquella cruz pudiera El enterrarla en la tumba del olvido!.. Qué hermosa es la eternidad cuando sonríe la esperanza de nuestra redención! pero ¡Ay! ¡qué interminable es el tiempo que hay que emplear en hacer de un tronco fuerte y rudo, un ramo de sensitivas!.. Volví á mi cuerpo, y lo encontré exánime ¡pobrecito! lo desperté, me levanté y me asomé á la ventana, el alba tenía el cielo con sus tintas de grana: ¡Qué hermoso es el Sol! exclamé, ¡en todas partes eres el mismo! ¡tú eres el renacimiento! ¡tú eres la vida! ¡tú eres la imagen de Dios!..

»Sentí ruido, ví muchos hombres de ar-

mas, todos á caballo, al verlos me reanimé; sentí ruido, mucho ruido, toque de cornetas y de clarines, y tan distraída estaba que no sentí la entrada de un hombre en mi estancia, me tocaron muy débilmente en el hombro con la mayor suavidad, tanto que no me asusté, me volví y ví á un hombre que quise reconocer pareciéndome que era el primer magnate de España, el respeto selló mis labios y enmudecí, y él me preguntó muy quedito:

»—¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

»—Creo que tres días.

»—¿Cómo os han tratado? ¿os han atropellado? no os han dado los alimentos necesarios?

»—Sí, señor, sí, me los han dado.

»—Pues vuestro semblante me dice que no habéis comido, decidme la verdad, que yo tengo sobrados derechos para saberlo todo.

»—No sé, no sé, no hagáis caso de mí, ni sé lo que me digo.

»—Dadme vuestra mano; ¡qué mano tan fría! parece la mano de una muerta, miradme bien, ¿no me reconocéis? ¿dónde habéis dormido?

»—No sé, señor, no sé.

»—Pero ahora observo que en esta estancia no hay donde sentarse. Mandó traer

dos sitios, cerró la puerta y me hizo sentar, él se sentó junto á mí diciéndome:— Os pido que me seáis franca, decídmelo todo, todo.

»—Gracias, señor; ¿verdad que no me dejaréis perecer? ¿verdad que velaréis por mí? y con voz muy queda le conté mis pesares. El se conmovió y me dijo:

»—Yo os prometo y os juro por la memoria de vuestro buen padre, que nadie tocará un cabello de vuestra cabeza.

»—Gracias, señor; yo seré vuestra esclava, y siempre rogaré por vos.

»—Volveréis á vuestro Convento, y volved tranquila que nadie os insultará. Yo besé su mano, él besó mi frente y se marchó. Me asomé á la ventana y ví alejarse á mi regio protector; él me miró, yo le miré hasta que le perdí de vista y salí gozosa de mi estancia. No encontré á nadie, mis carceleros habían desaparecido, salí al campo, y ví venir á gran número de hombres armados á caballo; uno de los jefes de aquella fuerza, echó pie á tierra y me saludó respetuosamente diciéndome:—Madre; cuantos me acompañan darán su vida por vos, si necesario fuera, y yo el primero; ahora os traerán alimentos, descansaremos un poco, y en marcha.

»—¿Y si nos fuéramos mañana al amanecer?

»—Como queráis.—Registraron la casa y se hallaron habitaciones amuebladas, en una de ellas pasé la noche durmiendo en una buena cama, y al día siguiente, salí al campo muy tempranito para dar gracias á Dios de mi libertad. Al verme libre dije:— ¡Dios mío! ¡qué bueno eres!, y oí la voz de mi padre que me dijo:—Sí, sí; Dios es muy bueno cuando nos complace en todo lo que le pedimos.

»—¡Ay, padre mío! ¡soy tan pobre todavía!

»—Sí; es verdad que eres muy pobre, pero yo soy más pobre aun.

»—¡Vos!

»—Sí, hija mía, sí.

»—¿Y no os dirigís á Dios?

»—Sí que me dirijo á El, pero como Dios es justo, no puede separar la sombra del delito que persigue al delincuente.

»—Nos pusimos en marcha, yo iba en un coche, pero como el camino era tan malo y yo iba tan debilitada, los continuos vaivenes de mi carruaje destrozaban mi cuerpo. El joven oficial que galopaba junto á la portezuela, me recordaba á mi hermano Benjamín. Como él era gentil y apuesto, y de carácter impetuoso, tanto que me dijo:

»—Madre; vamos muy despacio, este camino es fatal, y temo que nos alcance la tempestad.

»—¿La tempestad y no se vé una nube?

»—Madre; es que por aquí hay muchos bandoleros, tomad este puñal por si tenéis que defenderos. Lo tomé y maquinalmente besé la cruz que había en el mango, y murmuré!—Dios dijo:—*No matarás*; y dejé caer el puñal en el fondo de mi carruaje. Llegó la noche, se oyeron muchos silbidos y todos los caballos relincharon ruidosamente; oí gritos, maldiciones, lamentos y quejas, y los que rodeaban mi coche me dijeron:—Madre; ¡rogad á Dios!—Sí rogaré, que es el arma mejor que se puede emplear en el rudo combate de la vida. Oí que decían que el primer jefe de mi numerosa escolta estaba herido, bajé del coche y busqué al joven oficial, que ya lo habían colocado sobre un montón de hojas secas. Madre, dijo el herido: Aun hay peligro, y juré salvaros, volved á vuestro coche.

»—Volveré contigo. Ví como le curaron y ví que la herida no le interesaba el corazón; con este motivo abrigué la esperanza de curarle con la imposición de mis manos sobre la herida. ¡Pobrecito! ¡era tan joven! indudablemente una mujer le esperaba

anhelante, y yo quería salvarle para que fuera feliz en brazos de su amada.

»Tras de muchas idas y venidas, nos pusimos en marcha; yo coloqué al herido en el mejor asiento de mi coche, y apoyé mi diestra sobre su pecho, logrando con mi voluntad que se durmiera; ¡pobrecito! ¡cómo me recordaba á mi hermano Benjamín! Amaneció y llegamos á un mal pueblucho; me pareció muy triste, porque todas las casas estaban cerradas; el segundo jefe de mi escolta, pronto puso en movimiento á la mayoría de aquellos lugareños pidiendo alojamiento para su gente y camas para los heridos, que eran varios; la cuadrilla de bandoleros que nos asaltó, ya que no encontró que robar, hizo todo el destrozo que pudo, pagando muy caro su atrevimiento, pues según oí decir, murieron muchos bandidos.

»La gente se fué colocando, los heridos encontraron lecho donde reposar, y yo acompañada del segundo jefe busqué también albergue para descansar; pero noté con dolorosa sorpresa que los campesinos me miraban con ira, me amenazaban cuando el oficial no los veía, y me hacían la señal de la cruz. Nos detuvimos ante una casa y dos mujeres que había en la puerta me miraron con el mayor desprecio, y aun-

que yo les hablé con dulzura, ellas me contestaron con rabia reconcentrada, diciendo una de ellas:—Entrad, entrad; tenemos que tenerla por fuerza.

»—¿Pero en qué os he ofendido? decídmelo, de qué me conocéis?

»—Tenéis muy buena fama.

»—Se acercó el oficial y yo le dije:—Vamos á otra parte.

»—¿Os han tratado mal esas mujeres?

»—Yo os ruego y os mando que me llevéis á otra casa.

»—Pues á donde queráis.—Seguimos paseando y me detuve delante de una casita muy blanca y muy pequeña; salió un anciano y le pedí hospitalidad, me la negó y entonces yo le dije:

»—¿Pero qué es esto? ¿nadie me quiere aquí?

»—¡Nadie!

»—¿Por qué?

»—¿Por qué? porque os creen endiablada y embrujada, porque de noche matáis en vuestro convento á mujeres indefensas, y huís del convento con muchos diablos.

»El oficial me miró asombrado y yo le dije:

»—Ya véis lo que es el pueblo, ya sabéis quién me protege, por curar á los enfermos, por dar abrigo á los ancianos y á

los niños, por dar pan al hambriento, ¡así me acusan! ¡qué iniquidad!

»El viejo me miró y conocí que estaba medio arrepentido de su negativa, tanto que me dijo:—¿Queréis descansar un poco? entrad, me dijo el oficial, que no parece mal hombre; yo me quedo aquí fuera de centinela hasta nueva orden. Entré, me senté, que bien lo necesitaba, y el anciano se sentó junto á mí, y viendo que yo no hablaba, me dijo en tono jovial:

»—Madre, no se está mal á vuestro lado, y yo que ya estoy con un pie en la sepultura, no quiero irme con la pena de haber sido injusto.

»—Y no pensáis que pueda ser el diablo el que os da ese bienestar estando junto á mí?

»—No quiero pensar en el diablo, y á propósito, mientras se levantan mis hijas, comed pan y fruta, que el pan es tierno y la fruta madura; y el pobre viejo me sirvió con paternal solicitud, y al ver que yo comía se restregó las manos de contento y me contó su vida y milagros. Era un verdadero patriarca, con una veintena de hijas y un centenar de nietos, y conforme se iban levantando los chiquillos me los iba presentando, diciéndome sus malas y sus buenas cualidades, hasta que me enseñó á un niño que tendría unos seis años, todo

contrahecho, los pies hacia dentro, la cabeza torcida y todo su cuerpecito formando una interrogación hacia el lado izquierdo.—Véis, este pobrecito tiene una cruz, nació bien, pero se cayó de un ribazo, dió contra unas piedras y se quedó tal como le véis. Estamos esperando á un pastor que arregla los huesos, á ver si le cura.

»—¿Y si se curara antes? ¿y si yo le curara?

»—¿Vos?..

»—Yo, ó sea el diablo.

»—No os burléis, madre, que burlarse del dolor no es cristiano.

»—Yo no me burlo.

»—Pues si le curáis, yo diré que sois una santa, porque el diablo no hace buenas obras.

»—Cogí al niño y le dije: ¿Eres bueno?

»—Sí.

»—¿Quieres ser más bueno?

»—Sí.

»—¿Quieres correr?

»—Sí, madre; curadme.

»—¿Por qué me dices madre?

»—Porque mi ángel me dice: que te cure tu madre.

»—Curadle por Dios, replicó el anciano, mi nieto no miente, muchas veces me ha dicho que de noche habla con su ángel.

»Cogí al niño entre mis brazos, miré su carita triste y macilenta y ví en sus ojos algo que me conmovió profundamente, fuí tocando dulcemente su cuerpecito, en particular el lado más imperfecto, y según me fueron inspirando, le dí pases magnéticos, apliqué mis manos sobre su cabeza torcida, sobre su cuello que parecía que iba á romperse, empleé cuantos medios me parecieron útiles, y el niño á cada momento me decía:—Madre, me ponéis bueno; lo coloqué sobre mis rodillas, lo estreché contra mi corazón, cubrí su carita de apasionados besos. Comprendí que aquel sér había vivido en mis entrañas. ¿Cuándo? ¿en qué fecha? ¡qué importa la fecha! encontraba á un pedazo de mi alma que me estaba esperando, su ángel se lo había dicho, *que te cure tu madre*, ¡y le curé! el niño al verse derecho tuvo miedo de andar, pero yo le dije:—¡Anda, hijo mío! y el niño anduvo y el anciano quiso arrodillarse ante mí, yo no se lo permití, estreché sus callosas manos con la mejor voluntad y él me dijo solemnemente: Madre, con vos no va el diablo; me iré á la tumba tranquilo porque habéis salvado á mi nieto más querido, ¡es tan bueno! ¡era justo que á un ángel lo curara una Santa!»



CIX

AL anciano aquel, procuré contenerle en sus entusiasmos, y le dije:—Vos sois digno de respeto y de consideración, porque habéis sido cariñoso padre y abuelo amantísimo; queréis entrar en el reino de Dios, y el reino de Dios lo lleváis en vuestra conciencia; porque habéis empleado una existencia en amar á vuestros semejantes con alma, vida y corazón; y quien da á los demás todo el cariño que le alienta, está en gracia de Dios.

»El anciano estaba loco de alegría, miraba á su nieto vuelto á la vida, y reía y lloraba á la vez; yo le dije:

»—Procurad que este hecho no tenga resonancia.

»—Yo nada diré, madre, si así lo queréis, pero el niño corriendo por la calle lo dirá todo; el hecho es tan maravilloso, madre, que no hay que alabarlo; el sólo se alaba.

»Cuando salí de aquel pueblo, todos me señalaban con el dedo, unos decían:—¡Es una Santa! otros gritaban:—Es una embaucadora, tiene cara de embrujada; y yo decía entre mí: ¡Dios mío! ¿qué he recordado al curar á ese niño? no lo sé; pero ese niño ha dicho algo muy trascendental á mi alma. ¡Cuánto me ha impresionado la curación de ese niño! ¿Cuándo le llevé en mis entrañas? ¿cuándo escuché su primer vagido? ¿cuándo sus labios buscaron en mi seno las fuentes de la vida? que yo le he tenido entre mis brazos, hace mucho tiempo, no me cabe la menor duda; el amor materno no se extingue jamás; la curación de ese niño me ha causado más júbilo que todas mis curaciones juntas. Noté que íbamos muy deprisa y le pregunté al segundo jefe de mi escolta si había peligro.

»—Peligro, no; contestó el oficial, pero hay que aprovechar el tiempo para no pernoctar en el camino.

»—¿Y el oficial herido? ¿cómo no le colocaron en mi coche?

»—Para no molestaros tanto; la herida se le ha cerrado, pero tiene un dolor interior que le vuelve loco.

—¿No haremos ninguna parada?

»—Sí; una muy breve para tomar un bocado.

»—Pues entonces quiero ver al herido.

»—El también lo desea, porque sufre mucho.

»El sufrimiento de aquel pobre joven, me contrarió sobremanera, pues yo creía que ya estaba curado, y entonces me acusé de vanidosa, por creerme una potencia de primer orden, me arrepentí de mi locura y dije: ¡Qué pequeña soy! mi vanidad me persigue como un demonio tentador; vuelvo á mi Convento y allí está la sombra de una mujer que murió por mi intolerancia. ¡Dios mío! ¿como continuaré mi existencia? ¿emplearé mejor mi tiempo? Por clemencia divina no voy á la hoguera, ni me han atormentado cruelmente; ¿qué haré, Dios mío, para engrandecerme y demostrarte mi gratitud? ¿Soy religiosa? sí, lo soy; pues quiero hacerme digna de mi religión y de ¡El! del Amor de mis amores, del sabio de los sabios, del bueno de los buenos, del grande de los grandes.

»Hicimos parada, y acto continuo visité al oficial herido, que estaba colocado en una camilla improvisada; en cuanto me vió, quiso incorporarse, pero no pudo; se alegró mucho de verme, y yo sin perder momento apoyé mi diestra en su frente ordenándole que se incorporara y se sentara, pero no me pudo obedecer, lanzó un

grito agudísimo al quererse mover, le dije entonces:—¡Duerme! y se durmió instantáneamente; entonces procedí á curarle, le levanté el apósito y ví que la herida estaba cerrada, es decir, á medio cerrar, y sus bordes estaban irritadísimos; coloqué mis manos suavemente sobre el sitio lastimado, y pronto se tiñeron de sangre negruzca; al verme con aquellas manchas murmuré con tristeza:—Esta es la mancha de mi crimen. ¡Pobrecito! él expuso su vida por mí; ¡Dios mío! permíteme que le devuelva lo que por mí perdió. Seguí limpiándole la herida, y terminado mi trabajo le dije: ¡Despierta! se despertó el herido y respiró con entera libertad, sin sentir el más leve dolor, se sentó rápidamente diciéndome con el mayor asombro:—¡Madre! ¿qué habéis hecho conmigo? estoy bueno; ¿qué habéis hecho, madre? no sois para mí la madre religiosa, sois la madre de mi alma ¡qué alegría! me siento tan fuerte, que podré ir á caballo.

»—No, hijo mío; irás conmigo en el coche, del cual no debías haber salido.

»—Por mi gusto no salí, madre mía.

»Subimos al coche y hablamos largo y tendido, llegamos á mi ciudad natal y pedí pasar la noche entre mi familia, la que me dió muestras de su cariño y de su gratitud;

en particular mi sobrino mayor, que me abrazó con verdadero delirio.

»Durante aquella noche, pensé en todos los accidentes de mi agitada vida, y muy en especial, en la coronación que me hizo mi sobrina, extrañándome mucho no oír su agradable vocecita; la evoqué y me dijo una voz:—No seas caprichosa, tu sobrina te hablará cuando sea necesario, no cuando tú por pasatiempo la llames. Agradecí la lección que me dieron, y seguí pensando en cuanto me rodeaba. Me despedí de la casa de mis mayores, creyendo que no la visitaría más, y á la mañana siguiente, me despedí de todos mis deudos, rogándoles á todos ellos que no vinieran á verme, porque quería consagrarme por completo á la vida del claustro.

»Mi sobrino mayor puso mala cara con mi determinación y me dijo:—Tía mía; si llegáis á estar en peligro, yo echaré abajo las puertas del Convento, y las del mismo cielo si allí peligrarais.

»Dame un abrazo, hijo mío; y adiós, adiós hasta que nos encontremos en un paraje donde no hay reclusiones ni para las almas, ni para los cuerpos.

»—Llegamos á mi convento y las religiosas me recibieron con profundo respeto, pero el respeto no es el cariño, y compren-

dí que mi llegada las contrariaba mucho. Entré en mi celda y no encontré á faltar nada en ella; saludé á mis *flores del cielo* diciéndolas jovialmente:—Ya estoy aquí. —Te esperábamos; dijo una de ellas. Salí después y hablé con los oficiales, diciéndoles que estaba muy agradecida del Rey, y de ellos, y de la demás gente que me había escoltado.

»—Madre, dijo el primer oficial, tenemos orden del Rey de acuartelarnos cerca de aquí y de dar guardia al Convento, para mayor tranquilidad del Rey y de vos.

»Me sorprendió tal medida, pero viniendo del Rey acaté su voluntad, y me paseé por todo el Convento hablando con las monjas, las que todas me contestaron con marcada frialdad; quise observar á la monja que me había jurado dar la vida por mí, y ésta me dijo sin rodeos:

»—Madre, aquí hay honda perturbación, estoy contenta de vuestra vuelta, á ver si lográis tranquilizar los ánimos.

»—Yo seré con vosotras lo que no he sido antes, seré una verdadera religiosa, y quiero que me rodee la justicia y la verdad.

»—Gracias, madre, no somos malas, somos fanáticas, hemos creído que estáis entre Dios y el diablo, porque hemos visto

en torno vuestro cosas horribles; pero si estáis entre nosotras, nos creeremos felices; desde aquel día fuí pulsando el gran cuerpo de la Comunidad, y me enteré minuciosamente cómo se trataba á los ancianos y á los niños, y todos á una me decían:—Madre, se conoce que os acompaña el alma de Sor Angélica, sois tan buena como ella. Esto me consolaba, mi espíritu se fortalecía, mi cuerpo no; éste se debilitaba lentamente, pero estaba contenta de mí misma, y reconocía, aún que tarde, que yo me había buscado todos mis males y todas mis luchas, porque viviendo como las demás monjas, nadie se ocupaba de mí, ni para bueno, ni para malo; pero es indudable que cada cual sigue escribiendo su historia y yo seguí escribiendo la mía, continuando lo que ya tenía comenzado.

»Cuando más tranquila estaba, recibí la visita del primer oficial que guardaba las cercanías del Convento, y me dijo:—Tenemos relevo, y las nuevas fuerzas han traído este pliego; lo abrí y en él me decían que pronto vendría la segunda Superiora, que era una monja recién profesada.

»—Madre, me dijo el oficial, me voy muy contento de vos, porque si bien recibí una herida en el cuerpo, habéis curado mi cuerpo y mi alma; y tanto os quiero, ma-

dre mía, tanto, que esta noche, temeroso de que os viniera encima una nueva desgracia, abrí el sobre de ese pliego para conjurarla si era posible, sin que vos tuvierais conocimiento de ello; perdonadme, madre mía, en gracia de mi buena voluntad; me voy tranquilo porque veo que es el mismo Rey el que os envía un brazo fuerte para ayudaros.

»Pasados algunos días, llegó la segunda Superiora acompañada de otras monjas; las recibí y las atendí como era debido; me pareció reconocer á la segunda Superiora, ¿dónde la había visto? debería ser muchos años atrás, y eso no era posible, porque Sor Agueda era muy joven. Cuando nos quedamos solas le dí posesión de su celda. Agueda entró en ella sin fijarse en su nueva habitación, lo único que me dijo con bastante sequedad, que deseaba quedarse sola, porque el cansancio la rendía. Me hirió su tono desabrido, ella lo conoció y me dijo con más dulzura:—Madre, estoy muy emocionada, vos que habéis sufrido mucho, comprenderéis que necesito reposo para el cuerpo y para el alma.

»—¿Cómo sabía ella que yo había sufrido mucho? al día siguiente, comencé una nueva lucha con el capellán del Convento, que me acusó de no cumplir con las cere-

monias de la iglesia, puesto que en ninguna misa estaba, como era debido, todo el tiempo que aquélla duraba.

»—¿Qué queréis? será el diablo que no me deja.

»—Yo no digo tal cosa, aunque todo pudiera ser.

»—Pues no olvidéis que soy la Superiora que ordena y manda, y vos no tenéis más recurso que obedecer. Aquí quiero que se haga el bien, y el bien es la mejor oración que pueden elevar las religiosas á Dios. El capellán murmuró algunos latinajos y se fué refunfuñando de mi impiedad.

»Viendo que Agueda no acudía al Refectorio, fuí á buscarla y me recibió muy bien; me contó que hacía pocos días que había profesado; me aseguró que me obedecería en todo y por todo, por lo cual me puse muy contenta. Pasamos al Refectorio, y allí todas las monjas miraron á Agueda con marcada curiosidad.

»Empleé el día en enseñarle todas las dependencias del Convento, y al ver el departamento ocupado por los ancianos, Agueda dió muestra de gran satisfacción; visitamos después á los niños, éstos agasajaron mucho á mi nueva compañera y Agueda me dijo:—Aquí no hay ociosidad, ¡cuánto me

alegro! aquí se puede trabajar en bien de la humanidad.

»Seguimos visitando el Convento y llegamos al aposento donde murió aquella infeliz, y yo temiendo que hubiera aun mala atmósfera en aquel recinto, entré primero, suplicando á Agueda que se esperase en el corredor. Entré yo, y abrí la ventana, llamándola entonces; á ella le chocó lo que yo hice, y me dijo:—¿Es ésta la mansión del castigo?

»—Aquí no se castiga á nadie; y como yo no sabía mentir se lo conté todo á mi nueva compañera. Mucho le sorprendió mi relato, salimos, y ella quiso volver á entrar, lo miró todo, palideció visiblemente, miró á un rincón con mucha fijeza y me dijo:—Madre, ¡qué plan tan vasto tenían!.. de buena os habéis librado. Noté que ella tenía algo particular en los ojos, despedían rayos de luz y la dije:

»—¿Qué tenéis?

»—Callad, madre y dejadme, que con mucha frecuencia me quedo en un estado incomprensible.

»Pasaron muchos días y Agueda se impuso á la Comunidad; sabía mandar, yo nunca supe mandar ni hacerme obedecer; en cambio ella tenía una gracia especial; mandaba siempre y todas se apresuraban

á cumplir sus órdenes, la llegaron á querer, y yo me alegré mucho de haber hecho tan buena adquisición. Ya podía morir tranquila, dejaba en mi lugar á una mujer que valía mucho más que yo.

»Una mañana me pidió un religioso una entrevista, y ya me puse en guardia temiendo nuevos disgustos. Entró un hombrecillo enclenque y consumido, con las manos cruzadas en el pecho, mirando al suelo y con voz muy queda me dijo:

»—Madre, vengo á daros una mala noticia.

»—Ya estoy acostumbrada á todo.

»—No, no es para mortificaros ni encarcelaros, es para deciros que un hombre, al que habéis querido mucho, está muy malo, en peligro de muerte, y os pide la salud.

»—¿Y que puedo yo hacer?

»—Curarle, ¡es tan bueno!.. dice que si vos queréis se curará.

»—¿Pero quién es ese hombre?

»—¿No lo adivináis? torpe estáis, y pronunció el nombre de mi enemigo el sacerdote.

»—Decidle que haré cuanto pueda por él, salir de aquí no puedo, eso no.

»—Sí que podréis salir.

»Se fué el religioso y perdí la calma, pensé

que él se moría y quise salvarle á toda costa; ¿pero de qué modo? ¿de qué manera? oí voces, ruidos, carcajadas, lamentos, maldiciones, que sé yo lo que oí; pero mientras los seres invisibles se empeñaban en distraerme, yo con más firmeza y más decisión pensaba en ir á verle.—¿No puedo salir? pues sí saldré; ¿sola? sola no puedo ir; luego pensé en salir por la puertecilla de la que había hecho uso mi enemiga, y esperé á la noche, pero no conté con los perros que ladraron desaforadamente al sentir mis pasos; tuve que retroceder, y pensé que al salir encontraría á los centinelas. Pasé la noche luchando, no me acosté, hasta que al amanecer me fuí á ver al oficial de guardia y le dije:—Tengo que pedir os un favor.

»—¿Favor? no madre, quien puede mandar no tiene necesidad de pedir, ordenad y obedeceré.

»—Pues preparaos para acompañarme, que he de visitar á un moribundo. Hablé luego con Agueda y ésta se sorprendió mucho de mi salida, pero luego dijo:—Si vais á practicar el bien, el bien es útil en todas partes.

»—Salí y me conmoví mucho, me parecía que todos los que encontraba me decían:—Corre, vuela; vuela á buscar al

Amor de tus amores. Yo corrí, corrí tanto, que mi acompañante tuvo que correr también; llegué á la mansión de mi enemigo, que era una magnífica casa solariega, pero triste y sombría; el hombrecillo que fué á buscarme parecía que me esperaba; yo sin haber estado en aquella casa, adiviné dónde estaba el enfermo y entré en su habitación temblando como una azogada. Oí débiles lamentos y corrí hacia el lecho del moribundo; estaba desconocido, era un esqueleto de color verdoso, ahogué un grito de angustia y le dije:—Me habéis llamado y aquí me tenéis.

»—Que Dios os lo premie; con que vos me miréis ya tendré bastante.

»Me serené algún tanto y miré al enfermo para hacerme cargo de la situación, pero mientras más lo miraba más difícil veía su curación; ¡si se estaba muriendo!.. Pedí agua, y colocando mi diestra dentro del jarro, dije:—Si basta el poder de la voluntad, que lleve esta agua toda la fuerza de mi amor al sér próximo á morir y que se salve, aunque su salvación me cueste la vida. Oí entonces una voz que me dijo:—Si le das mucha agua lo matarás, dale pequeñas dosis, muy pequeñas. Le dí una cucharada de agua diciéndole:—Bebed, que ésta es el agua de la vida.

»—Sólo de vos puedo recibirla.—La bebió y tuvo vómitos de sangre, le seguí dando todo el día cucharaditas de agua, hasta que conseguí que se le contuvieran los vómitos; al retirarme por la noche dejé al hombrecillo encargado de continuar mi obra, y al verme el oficial me dijo sonriéndose:—Madre, sacerdotes buenos no existen; ¿por qué se apura tanto por lo que nada vale?

»Le conté cuánto había hecho y él me dijo:—Ya se salvará, un padre de familia se moriría, pero esos padres de la iglesia tienen mucha suerte.

»Cuando me ví en mi celda dí gracias á Dios, diciendo ¡Dios mío! estoy contenta de mi proceder. ¡Le quiero tanto!.. no quiero su cuerpo, no; le quiero por su talento, le quiero por su sabiduría, cuando me miró ¡cuánto habló con sus ojos!.. Al día siguiente volvió el religioso diciéndome que el agua ya se había concluído, que el enfermo estaba mejor, y que volviera para arreglar más agua. Volví y me dijo el enfermo:—Os debo la vida.

»—Más de una vez me la debéis.

»—¿Cómo?

»—Cada vez que os he dormido, porque al no despertaros á tiempo hubierais despertado en el espacio.

»—Luego, con vos tengo una cuenta pendiente.

»—Sí; la tenéis; y me senté junto á su lecho diciéndole:—Dejadme veneraros, dejadme contemplaros, ¡os quiero tanto!..

»—Bueno, os concedo que me curéis, pero no que me mortifiquéis.

»¡Cuánto me hirieron sus palabras! arreglé el agua y ví que de ésta brotaban partículas luminosas, de diversos colores, le dí una toma y él me dijo:—Me dais la vida!

»—El médico ha terminado su trabajo.

»—¿Ya no volveréis más?

»—No; cuando estéis mejor os enviaré otra agua, y luego, id á la fuente milagrosa, á la fuente de la vida y allí encontraréis por completo la salud. Ya en el dintel de la puerta me dijo él:—Venid; y corrí como una chiquilla que acude gozosa al llamamiento de su padre y él me dijo:

»—Os admiro... ¡y nada más! ¿por qué irán unidos nuestros destinos?... por qué... os admiro... ¡y nada más!

»—Pues yo... os amo... ¡y nada más!

»—Al salir, me dijo el oficial:—Madre, estáis triste.

»—Al contrario, he salvado al enfermo.

»—Lo creo; pero al salvarle, pensáis en las nuevas mortificaciones que os dará».

CX

PUESTA ya en mi estancia, tuve una alegría inmensa; ¿por qué sentía tanta alegría? me preguntaba á mí misma. Por qué estoy alegre? ¿qué he hecho para estar tan satisfecha? He curado al hombre que más daño me ha hecho en este mundo, y al que yo idolatro; ¡qué locura! ¿Vendrá agradecido hasta mí? ¿creo que esto sea posible y por eso estoy tan contenta? No, no es eso; no me explico porque ahora soy tan feliz, pero es el caso que lo soy. ¿Es que conservo alguna esperanza? no; su cuerpo y mi cuerpo chocan como dos cosas antitéticas. En lo corpóreo, yo le hubiera querido, lo confieso ingenuamente; pero él y las circunstancias lo han impedido. Yo lo admiro y le quiero, porque su alma es más grande y más sabia que la mía. ¿Por qué mi alma sonrío? ¿es que espero que su alma comprenda á la mía? ¿me dará algún día satisfacciones? No, no las quiero; y mi

felicidad, casi, casi me causaba enojos, porque ignoraba su causa. ¿Por qué estaba contenta? ¿vislumbraba que algún día su alma se enlazaría con la mía? La eternidad del tiempo concede á las almas lo que más desean. ¿Adquiriría mi alma sabiduría? sentir, siento mucho, pero del saber sé poco. ¿Llegaré algún día á discutir con los sabios? ¿seré tan grande como ellos? El alma es pequeña, si no posee las grandezas de la sabiduría, el alma es buena sintiendo, pero su sentimiento no borra su ignorancia. Yo quisiera sembrar de flores el mundo, saturarlas con mi sabiduría y colorearlas con mi amor. Yo necesito saber. ¿Será que mi alma huye ya de lo rutinario de una creencia? ¿Iré buscando la manera de comprenderme? ¿Será este hombre el sabio que yo sueño? ¿Será este hombre el gran sabio de mañana? El sabe profundizar, ¡alcanza tanto! No con sus palabras, y eso que él posee la elocuencia, desarrolla sus pensamientos admirablemente, yo adivino en él lo que no ven los demás; quizá por eso le quiero tanto, le quiero... cada día más; y este amor ¡es inmenso! olvido sus ofensas... y sólo pienso en amarle. ¿Dónde irá él? Yo nunca le olvidaré, y donde quiera que me llame yo acudiré á su voz.

»Me llamaron y me reuní con la Comunidad; observé que las monjas estaban muy contentas, y mi segunda me dijo que las religiosas me echaban mucho de menos, de lo que me alegré sobremanera, pues mi sólo deseo era ser amada. Concluída la comida, propuse á mi compañera que paseáramos un rato por el huerto.—Más tarde, madre, me dijo Agueda, que aun tengo mucho que hacer.

»—¿Puedo ir yo con vos?

»—Con ello cumpliréis un deber; y os advierto, madre, que los asilados necesitan una corrección. He observado que hay quien abusa, que el fuerte humilla al débil. He preguntado á unos y á otros, todos callan, pero su silencio no quita el peligro de la tempestad.

»—Vuestro trabajo es muy útil y os felicito por ello; ¿y qué habéis hecho para conjurar la tormenta?

»—He castigado á dos niños y á seis ancianos.

»—¿Castigados?

»—Sí, aislados los unos de los otros.

»—¿Y qué se conseguirá?

»—Ya lo veréis; el tiempo os demostrará que no he obrado mal. Los castigados me han pedido perdón por su falta. Vos preguntadles ahora por qué pecaban, haced

uso de vuestra autoridad, que un establecimiento benéfico sin buena dirección, es obra muerta.

»—Veo que sois vos la verdadera superiora.

»—No, madre; vos sois el poder moderador, y yo la ley que impone la pena. Yo os quiero con el alma, y porque os quiero, quiero la buena marcha en este Asilo. No lo olvidéis, madre, suelen ser los pobres desagradecidos, y no aprecian los beneficios que reciben, porque prestan toda su atención á buscar los defectos de sus bienhechores y á publicarlos á son de trompeta, que la gratitud es la carga más pesada para la humanidad.

»Pasamos revista á los Asilos, y todo lo encontré en el mejor orden, no así mi compañera; ésta riñó á una anciana por su falta de aseo, y la pobre viejecita se me quejó con amargura de tanta severidad. Agueda también se arrepintió y hasta lloró lamentando su sequedad, pero... no daba más de sí. Visitamos las estancias de los niños, y á éstos los encontré muy serios, no estaban tan alegres como cuando vivía Angélica. Agueda era una mujer muy severa. Al fin, con gran contento por mi parte, terminamos la visita y nos fuimos al huerto y allí le dije á mi compañera:

»—Los asilados os temen.

»—Ya lo sé, madre, y no me importa que os amen á vos y que me teman á mí. Yo soy así; mi padre era militar y me enseñó la ordenanza en toda regla, me educó como á mis hermanos; él decía que la bondad hacía muy *buenas migas* con la severidad; mi madre era un alma llena de amor, pero obediente á la voluntad de su esposo, también inculcó en mí los principios de mi padre, que tenía fama de ordenancista; y yo criada en medio del mayor orden, sentí la vocación de mandar, pero no á un reducido número de individuos, no; deseaba tener mucha gente á mis órdenes, y la muerte de mis padres me impulsó á ser religiosa y lo soy de corazón. Enlazó mi sentimiento al buen régimen, y he venido cerca de vos muy contenta; para que me enseñéis á ser buena; que quiero ser hoy más buena que ayer, y mañana más buena que hoy.

»Agueda tenía para mí el don de la atracción, su alma me atraía, era aquella mujer un carácter, había en ella el rigor de la justicia atemperado por el mejor deseo de ser útil á la humanidad, hablé con ella largamente, y la pedí que diera libertad á sus presos y los hiciera pasar á mi celda. Cuando me ví sola en mi estancia, recordé

cuánto había hablado con Agueda y reconocí cuánto valía, pensé en mi enemigo el sacerdote y murmuré:—Si conocerá á mi compañera? ¿si estará también enamorado de ésta? porque no hay duda que es una mujer hermosa, no es angelical su belleza como lo era la de Angélica, pero tiene todos los atractivos que seducen y encadenan.

»Entraron después los ancianos castigados, y Agueda tenía razón, no reflejaban en ellos las mejores intenciones; les dí buenos consejos y creo que me escucharon como quien oye llover. Los niños entraron después, y se abrazaron á mis rodillas; en sus caritas se adivinaba algo bueno, aun la miseria y los desengaños no los habían envilecido; ¡qué hermosos son los niños!... los acaricié y se fueron alegres y satisfechos, y poco después Agueda me pidió permiso para entrar, como su compañía me era muy grata, traté de retenerla á mi lado un largo rato, y le fuí enseñando cuánto contenía mi celda; al mirar las *flores del cielo* se sorprendió, y me preguntó de dónde las habían traído.

»—Ellas vinieron solas, y ellas mismas se han dado el nombre de *flores del cielo*.

»—Será que alguien las habrá cogido en alguna tumba ó en la cumbre de una

montaña y por estar tan cerca del cielo, les habrán dado tal nombre.

»Comprendí que cuanto yo le dijera sería inútil; Agueda era buena y entendida, pero no era espiritual como Angélica, que estaba más *allá* que *aquí*; en cambio Agueda no pensaba más que en lo de aquí, y estaba enamorada de su cargo de segunda Superiora, que lo desempeñaba á las mil maravillas, pensando siempre en cuanto la rodeaba; tanto es así que me dijo:—Madre, ya os diré los planes que tengo; haremos grandes funciones religiosas, en las cuales los niños representarán un gran papel.

»Esto ya no me gustó; yo no quería que los niños se acostumbraran á canturrear en la iglesia, quería que se educaran y se instruyeran, no que tomaran la religión como un medio de vivir sin trabajar. Cuando más entregada estaba á mis reflexiones, después de haberse despedido Agueda, me dijo una *flor del cielo*:

»—No te preocupes por tu compañera, ya le hablaremos á su debido tiempo.

»—¿Hablaréis con ella?

»—Sí; hablaremos con ella, y con toda la Comunidad.

»—¡Ay! ¡flores de mi alma! comprendo que no sois *flores*, sino que sois almas que veláis por mí, y os presentáis en la forma

más hermosa y más poética; aunque tarde, comprendo lo que valéis.

»—Sí; ahora comienzas á reconocer la verdad, y por cierto que bastante tiempo te ha costado; tu niñez te ha durado casi toda tu vida.

»—Entonces... ¿me moriré pronto?

»—¿Ves? ya saliste de la seriedad, para caer de nuevo en la tontería, mereces un correctivo. Por hoy hemos concluído.

»Pasaron días y días y Agueda se fué apoderando de mi voluntad, me hacía estar con ella en la iglesia, y allí escuchaba los cantos de los niños, que algunos parecían ángeles, y cuanto mejor lo hacían, me producían más tristeza las voces de aquellos inocentes.

»Agueda me tenía tan atareada siempre que no me daba cuenta del tiempo que transcurría; una mañana recordé á mi enemigo el sacerdote y dije: ¿Qué será de él? ¡qué ingrato!.. no ha venido siquiera á darme las gracias; y en aquel momento entró Agueda diciéndome:

»—Madre, un sacerdote muy arrogante, al par que venerable, pregunta por vos, es una alta dignidad eclesiástica, bien se conoce.

»—¿Le conocéis vos?

»—No, madre, no le conozco, ¿es quizá vuestro confesor?

»—No; es un antiguo amigo de mi familia, que pase.

»Entró el sacerdote y lo encontré muy bueno; había resucitado y lo había hecho con ventaja; me saludó muy ceremoniosamente y yo le dije.

»—¡Qué grave estáis!

»—Grave, no; triste, sí; y lanzó una mirada al sitio donde había estado el lecho de Angélica ahogando un suspiro.

»—¿Seguís enamorado?

»—No os riais de mis amores y hablemos de esta *Casa*, que ahora es cuando comienza á ser una *Casa* religiosa, porque vos nunca habéis sabido mandar, ni vuestra Comunidad ha estado dispuesta á obedecer; ahora es cuando se empieza á obrar en justicia.

»—Es muy cierto que la segunda Superiora sabe cumplir con su obligación, pero nunca ha faltado aquí el amor y la piedad.

»—¿Sabéis que he estado en la fuente milagrosa?

»—¿Y habéis bebido mucha agua?

»—Sí, he bebido bastante; y apropósito: ¿Por qué la llamáis la fuente milagrosa?

»—¡Qué desmemoriado estáis! ¿acaso no fuisteis vos quien le dió tal nombre?

»—Es verdad; ahora lo recuerdo todo, y por cierto, que el guarda de aquel paraje os quiere con la mayor veneración, pero á quien adoraba era á Angélica; dice que todo ha muerto para él, después de la muerte de ella.

»—¡Pobrecito!... ¡quién sabe si se encontrarán sus almas!

»—Todo pudiera ser, porque él adora su memoria.

»—Antes que os marchéis, decidme qué opináis de la muerte de aquella mujer. ¿Me creéis culpable?

»—No lo sé; sois un pozo sin fondo, sois un enigma en acción; sois muy buena, y sin embargo, hay algo en vos que repele, que os forma el vacío; si el cielo y el infierno estuvieran muy cerca el uno del otro, se diría que vos estáis entre esas dos mansiones y que sois ángel y demonio á la vez. Yo tengo la denuncia de vuestro crimen, escrita por un testigo que todo lo oyó, y yo guardo esa denuncia. Si la hubiera presentado ¡ay de vos!...

»—¿Y por qué guardáis esa acusación hecha por un miserable impostor?

»—Porque siempre es bueno tener armas de que hacer uso cuando llega la ocasión. Yo creo que al entrar allí visteis vuestra historia que os hace más religiosa y

más fanática de lo que sois en realidad; despechada sin duda, tratasteis de mataros con ella, incendiándolo todo para que desapareciera el manuscrito, mas luego tuvisteis miedo, abristeis la ventana y ella murió porque no se pudo mover, ya que la teníais atada con vuestra voluntad: éste es el hecho, y no repliquéis más. Luego me sentí morir, os llamé, y acudisteis con buena voluntad, me disteis lo que no sabéis y me curé; esto me obliga á estaros agradecido, pero no quiero en manera alguna que cuando yo venga aquí, me mortifiquéis con alusiones y palabras de doble y triple sentido; convenceos que nunca nos entenderemos. En cuanto á vuestra historia, la conocerá el mundo tal como la iglesia quiera, pertenecéis en cuerpo y en alma á la iglesia romana, la iglesia necesita figuras sobresalientes, vos seréis una santa que dará honra y provecho á nuestra iglesia.

»—Es que yo no quiero la santidad que me dé esa iglesia, porque santos no existen ni han existido jamás. Yo adoro á Jesús, pero yo no adoro al Jesús crucificado, yo adoro á Jesús consolando á los pobres, curando á los enfermos, dando vida á los pueblos con su divina palabra. Yo pregunto á las flores, á las aves, á los árboles, á los ríos, dónde está Dios, y todo me dice: que

Dios está en TODO, y que Dios no puede ser crucificado ni personalizado en ningún hombre; por eso yo no me abrazo á la cruz del martirio de Jesús, que no es su martirio lo que me hace adorarle, es su ciencia, es su amor, es su progreso, yo conozco á Jesús antes de ahora; por eso abomino de esa historia que me convertirá en ilusa fanática abrazada á una cruz ensangrentada; á Jesús para verle grande no hay que buscarle entre el populacho muriendo como un asesino. El es más grande que todo cuanto pueden haber inventado para engrandecerle.

»—Calmaos, calmaos, yo me retiro agradecido de cuanto habéis hecho por mí, poco os visitaré de hoy en adelante.

»—Lo siento.

»—No mintáis.

»—No miento, me atraéis.

»—Sois incorregible en vuestros amores.

»—Vos también lo sois, vos también sois incorregible en ellos.

»—Es verdad; los miramos allá... allá... ¡muy lejos! ¡Qué iglesia, qué religión y qué religiosos nosotros!..

»—Tenéis razón, pero no es nuestra la culpa, la tiene la religión, que embrutece á sus sacerdotes, y hace de los hombres seres viciosos, repugnantes, sodomitas y de

las mujeres pobres histéricas, madres vergonzantes y criminales que ahogan al nacer el fruto de sus deseos. Si hubiéramos sido libres, vos hubierais sido un grande hombre, hubierais hecho á una mujer dichosa, y yo hubiera sido una mujer digna y buena, una madre modelo, hubiera vivido, que siendo religiosa, no he conocido de la vida más que el sufrimiento.

»—Tranquilizaos, tranquilizaos; advierto que estáis muy bien guardada.

» ¿No lo habéis pedido vos?

»—Yo nunca pido el auxilio de la fuerza armada; me voy, y os diré en conclusión que os encuentro más elocuente que antes.

»—Algo se me habrá pegado de vos.

»—Entonces conviene que nos veamos más amenudo.

»—Sí, sí; venid, venid con más frecuencia.

»Cuando se fué murmuré: ¿Me llegará á querer un día? ¡Ay! si me quisiera un poquito ¡qué feliz sería yo!..

»En esto llegó Agueda y yo la dije: Pasad; entró y acercándose á mí me dijo:— Os advierto, que en uso de mi derecho y de mi deber, he estado escuchando cuanto habéis hablado con ese sacerdote; vamos al Refectorio y después os diré por qué he escuchado vuestra conversación.

»Mucho me contrarió lo hecho por mi compañera: ¿qué veía yo en el fondo de aquel espionaje? no lo sé, pero mi alma se sublevaba ante medios tan ruines, tan despreciables, ¿cabían dentro de la religión procedimientos tan miserables? Sí, cabían; la inquisición ordenaba que el padre espía-
ra á sus hijos y éstos á su padre, la delación mutua mantenía el fuego de las hogueras inquisitoriales, y todas aquellas infamias y traiciones se cometían ¡en nombre de Dios!»





CXI

EN el transcurso de una existencia, y cuando ya los años abruman con su peso, una traición produce muy mal efecto, por eso, aquel espionaje me impresionó dolorosamente. Un espíritu que espía no puede ser bueno; y tanto me indigné contra mi segunda, que la dije muy severamente:

»—Pues habéis hecho muy mal, y que sea ésta la última vez que cometáis una acción tan indigna y tan miserable, ni conmigo ni con nadie bajo ningún pretexto.

»—Ya os he dicho, madre, que después de salir del Refectorio os diré por qué he escuchado vuestra conversación con ese sacerdote, y cuando tan franca he sido, comprenderéis que no tengo mala intención.

»Después de la comida me dijo así:—Madre, que me creáis ó no, he tomado tan á pecho el destino que el Rey me ha

dado cerca de vos, interesándome vivamente por la conservación de vuestra vida, creí muy natural y muy lógico, escuchar lo que os decía ese sacerdote para saber á ciencia cierta qué terreno pisaba, que para descubrir verdades no hay nada mejor que estudiar en la sombra; además, yo desde niña estoy tan acostumbrada al espionaje, que espionando he crecido. En el Convento donde me eduqué, desde muy pequeña me enseñaron á sorprender secretos. Todas las educandas hacíamos lo mismo, y en las horas de asueto, cuando nos reuníamos para jugar, las unas á las otras nos contábamos cuánto habíamos oído; y luego las maestras se encargaban de preguntarnos lo que más interesaba, y así sabían los menores pensamientos de las educandas y de las religiosas.

»—¡Cuánta miseria de miras!... ¡cuánto envilecimiento en la conciencia!

»—Será todo lo que vos queráis, pero así me educaron y así he seguido; mas ya que vos no lo queréis, dejaré de espiar, y en nombre de Jesús os digo que no ha sido mi ánimo ofenderos, dadme vuestra mano y... perdonadme. ¿Me perdonáis?...

»—Sólo Dios perdona, y sólo me resta deciros que no quiero espías á mi lado.

»Cuando se fué Agueda respiré mejor,

y examiné detenidamente las paredes de mi estancia, á ver si había rendijas ó agujeros que sirvieran para facilitar el ruín trabajo de los espías. Muy atareada estaba yo inspeccionando los muros, cuando oí una voz que me dijo: no te entretengas en pequeñeces.—Es que no quiero que me vigilen; y tanto daño me causó la acción cometida por mi compañera que durante algunos días estuve tan asustada y tan temerosa, que hasta durmiendo sentía sobresalto y me despertaba gritando: ¿Quién hay ahí?

»Agueda se fué haciendo cada día más cariñosa, y un día me dijo:—Madre, llega la mejor época, la más bella del año, la estación de las flores, y deseo que hagamos un homenaje á la Virgen María. Los niños han aprendido un cántico.

»—Ya lo sé; los he oído, sólo hay una dificultad, y es que el canto de los niños es más armonioso en el campo, porque les hacen coro los pájaros; en cambio en el templo los niños se asustan y su canto es forzado y fatigoso.

»—Os concedo la razón, pero complácednos un poquito, venid á la iglesia, que vuestra presencia se hace necesaria, después habrá dos comidas extraordinarias, y luego jugarán los niños y los ancianos, habrá danzas y juegos de cintas, y serán premia-

dos los niños y los ancianos que formen las combinaciones más caprichosas; por la noche habrá iluminación general y cánticos en el Templo; ya veréis madre, ya veréis.

»La escuché con gusto, y la prometí asistir á cuanto se hiciera. Agueda me suplicó encarecidamente que estuviera con ella hasta la noche, para que yo entonara el *Ave María*. Cuando me ví sola murmuré con desaliento: ¿Y esta fiesta es buena? ¿es útil y provechosa para los ancianos y los niños? ¿No será mayor el cansancio y el hartazgo que el placer? Pasaron muchos días, y fuí languideciendo, pero languideciendo á marchas dobles; los recuerdos se aglomeraban en mi mente y exclamé con tristeza: Otoño de la vida, ¡cómo vas compareciendo!... tras del otoño viene el invierno. ¡Flores mías! mi cuerpo languidece, y me dijo una *flor del cielo*: —¿Y hay nada mejor que languidecer para transformarse y progresar? bueno es cambiar de forma cuando el cuerpo, como cerradura enmohecida, se niega á funcionar, en tanto que el alma, que es eterna vibración en el universo, sigue sus incesantes investigaciones, porque para el alma no existe el sueño, ni la inacción; un alma en reposo sería la negación de la vida.

»—Gracias, flores mías; lo que me decís, me prueba que el alma está con Dios porque trabaja siempre. ¿Yo conozco á Dios?

»—Claro está que lo conoces, porque conoces y admiras lo grande, lo bello, lo armónico, lo justo, lo sublime, lo maravilloso, por eso le conoces, porque oyes su voz que te dice:—¡Ven, alma mía! trabaja, lucha y vence.

»—¿Y tú no me dices nada?, le pregunté á otra flor, y la flor me dijo:

»—Yo te doy lo que hoy da la estación, perfumes; y aspiré una fragancia tan embriagadora que me reanimé por completo; entonces me dijo otra flor:

»—Estás en el otoño de la vida, es verdad, el otoño será breve; vendrá pronto el invierno, y en el invierno caen los cuerpos; caerá el tuyo, para reaparecer después con nuevas energías.

»El perfume de las flores me reanimó muchísimo; llegó el día de la fiesta y la función de iglesia dejó mucho que desear, resultó poco agradable, porque los niños se asustaron, desafinó uno, y los demás desafinaron uno tras otro. Agueda estaba contrariadísima, yo no; porque sabía que concierto de niños y de pájaros para ser bueno, tiene que ser improvisado, porque no hay nada más desobediente que un

niño y un pájaro; ¡aman tanto la libertad!...

»Cuando llegó el momento de comen-
zarse el sermón, quise salir de la iglesia,
porque las pláticas religiosas me eran muy
enojosas, ¡todos los oradores sentaban prin-
cipios tan falsos! pero Agueda me suplicó
que me detuviera un poquito, y mucho me
sorprendí al ver á mi enemigo el sacerdote,
que subía al púlpito tan magestuoso como
siempre, diciéndome mi compañera:—
Madre; sabía que este orador es el que más
os gusta, por eso le he hecho venir. Miré á
mi segunda á ver cuál era su intención,
pero no lo pude conseguir porque sus ojos,
cuando ella quería, parecían ojos de cristal
que nada decían.

»El orador habló muy bien sobre la
grandeza de la Virgen María, y tanto,
tanto se fué entusiasmando, que en el calor
de la improvisación dijo que la Virgen era
el sér más grande del Universo, y al oír
tales palabras me levanté precipitadamente
y salí del templo, no podía oír tantas menti-
ras religiosas, me refugié en mi estancia y
allí exclamé: Si la Virgen ha existido, será
una buena madre, pero no un sér superior á
los demás; cuánto se diga de la Virgen en
otro sentido es absurdo, es erróneo, es
quitarle su santidad de Madre, que le basta
á una mujer ser madre para ser santa por

el sufrimiento; y los pájaros que cantaban en las copas de los árboles que rodeaban el Convento, decían: Verdad, verdad y una *flor del cielo* exclamó: Verdad, verdad; las mujeres cumpliendo con sus deberes maternales ¡qué grandes son!...

»Vino luego Agueda entusiasmadísima, diciéndome:—¡Ay madre! ¡qué buen orador! nos ha hecho llorar á todas, razón tenéis en amarle, porque es un hombre de gran talento.

»—No profanéis mi espiritual sentimiento.

»—No es profanación reconocer que ese hombre vale mucho y que demostráis tener un gran talento cuando le apreciáis en lo que vale y le amáis.

»—Qué, ¿también le amáis vos?

»—Yo... yo, madre, le admiro ¿queréis que venga siempre á predicar?

»—No vendrá, es enemigo de sermonear, le gusta mucho más el escribir.

»—Asistiréis á la comida ¿verdad?, presidirá la mesa el orador.

»Cuando me quedé sola dije con extrañeza: No me lo explico, se queda á comer y nada me ha dicho, asiste á la fiesta religiosa y no me envía el menor aviso, siempre será el mismo: ¡ingrato!... ¡ingrato! ¡ni siquiera ha venido á verme!... y sin poderme con-

tener me dejé caer en mi sillón y lloré amargamente no secándose mis ojos hasta que sentí sus pasos desde muy lejos; cuando le ví entrar le dije con la mayor ingenuidad:

»—¡Gracias á Dios!

»—A Dios sean dadas, por el bien que hacéis.

»—Yo no hago bien alguno, yo no curo, soy un instrumento y nada más. Dios es el único que hace el bien, de Dios emanan todas nuestras alegrías.

»—¿Queréis refutar mi discurso?

»—Sí; habéis dicho que la Virgen María era la madre de Dios, superior á todos los seres en amor, grandeza y virtud, y eso es despreciar el sacrificio de tantos mártires, de tantas madres que han visto morir á sus hijos en los cadalsos infamantes, en las batallas sangrientas, en los naufragios horribles, es renegar de la grandiosa lucha que han sostenido las generaciones.

»—Tenéis razón; me arrepentí en el momento de haberlo dicho.

»Tan exaltada me encontraba que ni siquiera le dije que se sentara; él se sentó, y me dijo:—¿Os sorprende mi venida?

»—No me sorprende, porque sé que tenéis aquí muy buenas relaciones.

»—Pues no he venido antes, porque la

última vez que estuve aquí, tuve un gran disgusto.

»—¿Os lo dí yo?

»—No; pero recibí un gran disgusto, porque supe que nos habían espiado.

»Al oír estas palabras sentí una alegría inmensa, tanto que le dije: Os abrazaría de todo corazón.

»—¡Siempre seréis chiquilla!

»—Creo que mi segunda os quiere demasiado.

»—No es extraño, esa mujer me conoce desde niña, tiene una historia.

»Miré al sacerdote y una sospecha cruzó rápidamente entre mis pensamientos, y me figuré que entre Agueda y el sacerdote había un perfecto parecido sobre todo de perfil. El me miró y no sé qué leyó en mí, que se levantó enseguida y me dijo:—Me voy á orar.

»—¿A orar?... ¿y qué se consigue orando? ¿es trabajo la oración?

»—Es que orando se piensa, y del pensamiento nacen todas las actividades.

»Nos reunimos después en el Refectorio y la comida fué una verdadera fiesta infantil; los niños jugaron cuanto quisieron, saltaron, corrieron, gritaron, y yo decía:—Así serán las fiestas de familia; ¡qué hermoso es esto!..

»Las fiestas de la tarde fueron deliciosas, sólo un niño jorobadito se cayó y se hizo bastante daño, pero era tan sufrido y tan filósofo, que dijo sentenciosamente: Entre tantos que gozan, uno sólo que llore es poca cosa; que reine la alegría y tomaré de ella toda la parte que pueda; y haciéndose superior á su dolor cantó y gritó como los demás.

»La cena fué muy alegre, todos estaban contentos, viejos y niños; la iluminación fué espléndida y Agueda no cabía en sí de gozo, porque todo aquel regocijo era obra suya y tan bien ordenada, que no hubo el menor desmán, y eso que los manjares y los vinos abundaron; hay que confesar que Agueda era una gran mujer por su disposición, por su actividad, y por su rectitud admirables.

»—Los niños fuera de la iglesia cantaron con la mayor afinación y el más dulce sentimiento; llegó la conclusión de la fiesta y tuve que entonar el *Ave María*, pero esto me pareció tan frío en comparación de la emoción que yo sentía, que le dije á mi segunda:—Un *Ave María* ¡es tan poco!

»—Pues hablad, madre, que es lo que todos esperan. Esto acabó de animarme y hablé con tanto entusiasmo, que Agueda me dijo con disimulo:—Madre, no habléis

más, que no os creerán católica romana. Comprendí que mi segunda tenía razón y dí la bendición en nombre de Dios á todos los que me rodeaban. Quise salir porque estaba emocionadísima y dijo Agueda: Esperad, madre, que aun no se ha concluído.

»—¿Pues qué falta?

»—Lo mejor; ya lo veréis.

»Los niños desfilaron delante de mí tirándome besos y diciéndome muchos de ellos ¡bendita seas! una niña me presentó una corona de flores y hierbas del campo, que tenía el gran mérito de ser los niños, los que habían cogido las flores y los que habían formado la corona; como que era obra de ellos, todos se creyeron con derecho de estar cerca de mí y me rodeó un enjambre de pequeñuelos, casi todos lisios; ¡pobrecitos! El niño que se cayó por la tarde, el jorobadito, salió de entre filas diciendo:—Que se ponga la corona la buena madre, porque esa corona es la fiel expresión de la gratitud que sienten por ella todos los asilados.

»Agueda me miró diciéndome sus ojos:—Si te mortifiqué con mi espionaje, hoy te doy la más cumplida satisfacción. Mucho me sorprendió aquella prueba de cariño de los pequeñuelos; ¡era tan delicada y tan poética su ofrenda! florecitas del cam-

po, ramitas de zarzas y de campanillas blancas, entrelazado todo sin gusto artístico, pero ¡era tan buena la voluntad! todos los niños me rodearon pidiéndome que me dejara coronar, cedí á sus ruegos, y dos niñas colocaron la corona sobre mis sienes queriendo afianzarla sobre mi frente; pero como en la corona había ramitas de zarzas, se conoce que no habían quitado bien las espinas, y al colocarla sobre mi frente, mientras mejor la querían poner para que no se cayera, más me clavaban aquellas inocentes criaturas las espinas de su amorosa ofrenda; y tanto se me clavaron las espinas, que aunque yo quise ocultar mi dolor, cedió la carne flaca y lancé un grito de angustia. Agueda acudió presurosa y me vió el rostro lleno de sangre que manaba de mi frente, donde agudas espinas habían hecho brotar el licor de la vida. Con admirable presteza me quitó la espinosa corona diciendo:—¡Ay, madre! ¡qué imprudencia han cometido estas criaturas!...

»—No, hija mía; lo que ha ocurrido es un acto de justicia».





CXII

DE resultas de las heridas producidas por las punzantes espinas de la corona, aunque procuré resistir y hacerme fuerte, me venció el dolor tan agudo que sentía y me desmayé. Mucho tiempo debió durar mi desvanecimiento, porque cuando volví á la vida clareaba el alba. Mi segunda estaba á mi lado y varias religiosas rodeaban mi lecho; Agueda estaba impresionadísima, comprendí que había llorado mucho y la pregunté:

»—¿Por qué habéis llorado tanto?

»—Porque nunca creí que pudierais sufrir tanto por mi causa.

»Sus palabras me conmovieron, la atraje á mis brazos y la dije: ¡Bendito sea tu dolor, hija mía! porque él me reconcilia contigo; si aun dudara de tu cariño, desde este instante quedarían mis dudas desvanecidas. ¡Llora, hija mia! ¡llora! hay lágrimas que

regeneran al que las vierte y sacían la sed del que las ve brotar.

»Agueda, reclinada en mis brazos, lloró mucho, y al fin me dijo:—Madre; podéis estar contenta porque todas os aman, cuantos me rodean han procurado aliviarnos, madre mía, todos, ¿entendéis? todos. La comprendí perfectamente y me alegré, y tanto me reanimó aquella agradabilísima noticia, que hasta quise levantarme, pero Agueda no lo consintió y yo en realidad tampoco podía levantar la cabeza de la almohada porque sentía en el cráneo dolorosas punzadas. Ya muy entrado el día se presentó el médico del Convento, y su visita me sorprendió bastante, pero como era hombre de talento, supo motivar su visita haciendo entrar en juego la casualidad; entró Agueda y disimuló perfectamente que estuviera en inteligencia con el médico; éste me aconsejó con la mayor naturalidad que no tuviera prisa en levantarme, porque al fin y al cabo, los pinchazos que había recibido eran tan hondos y como hay zarzas que suelen ser venenosas, bueno era observar sin impacientarse los dolores que me torturaban la cabeza.

»Me dejé convencer muy fácilmente, porque en realidad no podía moverme, y porque sorprendí miradas de inteligencia entre

Agueda y el médico, lo que me demostró que yo estaba más enferma de lo que creía y mientras él y ella hablaban con mucho disimulo haciendo el papel que me arreglaban una medicina, yo me entregaba á mis pensamientos y decía entre mí: ¿Estaré muy mala? el cráneo me duele horriblemente. ¿Moriré pronto? quizá, y más me vale morir, porque ya nada espero y todo me cansa; ¡se vive aquí tan mal!... luchar y dar la vida por la vida ¡qué amarga verdad!... ¿Soy religiosa? No; pronuncié votos, pero... los votos no son una religión, pienso en morir y me complace morir.

»El médico entretanto me miraba, miraba á mi compañera y los dos se inclinaban sobre mi lecho para verme mejor, yo entonces le dije al médico:

»—¿Qué véis en mí?

»—Un espíritu antes muy fuerte y ahora muy débil.

»—Tenéis razón, los entusiasmos se acaban; mas no, no; no se acaban, aun quiero vivir, aun quiero sonreír y esperar.

»—Sí, madre; vivid, vivid; ahora tenéis quien os quiere, aquí tenéis á una mujer que es un gigante para velaros y para cuidaros sin que la rinda el cansancio; Angélica os quería mucho, pero era una sensitiva que se doblaba antes de arreciar el

viento, y Agueda es una encina que desafía á todos los huracanes, y todos sus desvelos y buenos deseos son para vos.

»Miré á mi compañera con avidez, y efectivamente, leí en sus ojos tanto amor que la dije:—¡Ven á mis brazos, hija mía! ¡si tanto me quieres que Dios te bendiga!

»Cuando me ví sola, dí gracias á Dios por verme tan amada y exclamé:—¡Dios mío! la vida sin amor espanta; ¡qué bueno es ser amado! y ser querido de los íntimos, es lo mejor. Ahora si me espían será por amor; y ante certidumbre tan consoladora me puse muy contenta, y me pareció ver que todo cuanto me rodeaba se movía, y exclamé: ¡Dios mío!.. un alma que no es sabia se pierde en el infinito. Yo quiero ver á Dios ¡y no le veo! y las vibraciones del espacio me dijeron:—No corras, no te apresures, goza de lo que tienes y no quieras más.

»Miré después á la ventana central donde estaban las *flores del cielo* y dije: ¡Ay! como está la ventana cerrada no puedo hablar con ellas:—Sí que podemos hablar-te, dijo una flor; ¿qué nos importan los muros?

»—Entonces decidme: ¿moriré pronto?

»—Deja vanas preguntas; te hemos dicho que estaremos contigo y que te cubri-

remos de flores, porque nosotras nos multiplicaremos para darte un sudario de flores. ¿Crees que has hecho malas acciones?

»—A sabiendas, no.

»—Es verdad; mal ostensible no has hecho, sólo tienes un punto obscuro, sólo has echado un borrón en tu existencia, y es la muerte de aquella mujer.

»Cesó la voz y todo quedó en calma, y entonces dije: Cuando las flores hablan así, me iré pronto, pero no quisiera irme aun, porque no dejo arreglados mis papeles; lo que queda es aquella historia malhadada. ¿Qué dirán de mí las Comunidades religiosas? unos me llamarán la histérica, la iluminada, la endiablada; ¡si al menos me hicieran justicia!... en la desdichada religión á que pertenezco, el escándalo es su arma de combate porque lo explota; en mi religión todo es puro negocio, el vicio más desenfrenado corroe las entrañas de los religiosos; ¡qué prostitución tan espantosa reina en los Conventos!... En el mío no ha reinado por misericordia divina, pero en cambio... otras malas pasiones se han agitado. Yo no quisiera que me llamaran la histérica. Yo amo á Jesús en el cielo, pero también amo á un hombre en la Tierra y lo amaré hasta mi último suspiro. Cierto que amo á Jesús, dirán que he sido su esclava,

es verdad, mi alma lo ha sido, pero esto no me ha impedido sentir todas las pasiones terrenales. Si antes de morir me hicieran un poquito de justicia, ¡cuánto me alegraría!..

» Tanto y tanto me entregaba á mis pensamientos, que me debilitaba de un modo alarmante; el médico me siguió visitando y un día me dijo contrariadísimo:

» —¿Qué demonios tenéis en esa cabeza que no me ayudáis á curaros?

» —Pues yo quiero curarme, pero me sucede que recuerdo toda mi vida... y...

» —Pues eso, eso es lo que no os conviene; pensad sólo en el porvenir.

» —¿En el porvenir? no sé, no sé lo que pasa por mí, dadme algo para no pensar.

» —Es que si no pensáis con el cuerpo, pensaréis con el alma y me dejaréis el cuerpo; sois una niña con el cuerpo viejo, aun podéis sonreír, los niños esperan mucho de vos; si con su corona de espinas ocultas os hirieron, esperan ser grandes para coronaros con sus pensamientos, porque todos los niños os quieren muchísimo.

» —Madre, dijo Agueda, concededme un honor.

» —¿Un honor? ¿y qué honores puedo yo conceder?

» —Sí, madre; muchos podéis otorgar;

concededme un lecho á vuestro lado, como se lo concedisteis á mi antecesora.

»—Es que se lo concedí á Angélica, porque un gavilán la amenazaba; y á tí te lo concedo para que me vigiles y me espies bien de cerca.

»Agueda me abrazó con tal fuerza, que casi me lastimó, y acto continuo hizo trasladar su lecho á mi celda, y lo colocó junto al mío; y desde aquel día fué mi segunda mi ángel tutelar, porque siempre se ocupaba de mí, alimentándome con tanto método, que al fin pude levantarme y sentarme en mi sillón, gracias á ella, que le daba lecciones al médico y á la Comunidad entera; distribuyó su trabajo entre muchas monjas para que los asilados estuvieran bien cuidados, y ella se consagró á mí con un celo admirable; era una perfecta enfermera, se hacía obedecer sin fatigar, y si los muertos á fuerza de cuidados pudieran abandonar sus ataúdes, con una enfermera como Agueda, la resurrección de los cuerpos hubiera sido una verdad. Yo puedo decir que gracias á ella resucité.

»Una mañana me dijo mi segunda:

»—Vais á tener una visita.

»—¿Sí? ya sé quién es.

»—Vendrá esta mañana, y no habrá *ecos*, madre; no los habrá.

»Por toda contestación la estreché en mis brazos y la dije:—Yo para tí no tengo secretos; me alegro de verle, porque habrá un deslinde entre los dos; si él quiere arreglará mi historia.

»Agueda se desprendió de mis brazos y se fué aceleradamente; á poco sentí los pasos de mi amigo el sacerdote, mi corazón me decía que ya no era mi enemigo, y apareció en la puerta, conocí que estaba impresionado y se lo dije.

»—Sí; impresionado vengo, porque hasta ayer no he sabido las consecuencias de aquella dichosa fiesta; emprendí mi vuelta á la Corte aquella misma noche, y he ignorado hasta ayer la gravedad de lo ocurrido, caso que deploro y que me preocupa.

»—Nunca os he visto tan amable, todos ahora me quieren, y creo que me voy á morir; tanto lo creo, que entre los dos ha de haber ahora un contrato de conciencia.

»—No os fatiguéis; cesaron todas nuestras cuestiones y reyertas, que harto tiempo han durado; decidme tranquilamente qué clase de contrato queréis hacer conmigo.

»—Vos habéis escrito mi historia.

»—La he borroneado nada más.

»—Bueno; la habéis inspirado y me habéis pintado como una mujer histérica,

alucinada por mi amor á Jesús. Yo he adorado á la naturaleza y he cantado sus maravillas, y vos habréis dicho que abrazada á un crucifijo sangriento escribí, mejor dicho, recibí inspiración para mis poemas, y eso no es verdad. Yo adoro á la naturaleza porque en ella encuentro á Dios, ¡vivo! ¡palpitante! ¡hermosísimo! fuente inagotable de magnificencias infinitas, y no quiero nada con los cadalsos y el hombré Dios descoyuntado y sanguinolento.

»—No os agitéis, no os fatiguéis, calma, calma; ¿queréis que se rompa cuánto se ha escrito?

»—Sí, sí; yo quiero que el pueblo me conozca tal como soy.

»—Como medida de salud que traigan los pliegos; y acto continuo llamó á mi segunda, y poco después cuatro monjas dejaron á mis pies muchos legajos atados con cintas azules y rojas. Al verlos me estremecí, y él me dijo:—Romped cuanto queráis, pero con la condición que no leáis una sola hoja.

»—Eso es imposible.

»—Pues no os conviene leer, y sino escuchadme; y leyó un pliego. Conforme iba leyendo yo me iba exaltando; ¡cuántas mentiras! ¡qué modo de presentarme!.. me bastó con un pliego y le dije:—Tenéis razón,

que otros rompan esos papeles. ¡Cuánto os amo!

»—Pues amadme y creedme; sé que **amáis** en mí, mi sabiduría, y si yo pudiera, os daría toda la ciencia que poseo, porque la sabiduría nos acerca á Dios.

»—Y yo, en cambio, después de mi muerte os seguiré amando.

»—¿Después de muerta aun me perseguiréis? y palideció visiblemente.

»—No os asustéis; ¡éstos son los sabios!.. se asustan del amor de un alma; porque hay sabios que no saben lo que es un alma, porque no han podido pesarla en los platillos de su balanza.

»—No os elevéis, ni os perdáis en las regiones inexploradas, estaos aquí quieta; vendré á veros diariamente, y para evitar que os exaltéis os acompañaré breves momentos.

»—Me bastará con veros para reanimarme, porque quiero vivir.

»El se marchó y yo me quedé muy contenta, pero oí una voz que me dijo:—¡Pobre! ¡pobrecilla! ¿y crees tú que dirán la verdad?

»—¿No la dirán?

»—No pueden ni quieren decirla; sólo cuando la religión á que perteneces se hunda en el polvo, entonces será cuando los

hombres sabrán lo que tú has sido; pero antes que llegue ese día, tu religión hará titánicos esfuerzos para sostener sus templos y conservar sus cuantiosos tesoros; levantará altares de piedra y colocará en ellos santos de cieno, quemará á los herejes descamisados, y rendirá parias á los herejes que se sienten en un trono. Cometerá todas las vilezas y todas las iniquidades, antes que confesarse vencida; pero el tiempo es el vencedor de todos los tiranos, y las tiranías religiosas quedarán reducidas á ese polvo impalpable que se lleva el viento y entonces, y sólo entonces, resplandecerá la verdad. No te impacientes, el tiempo es el juez que hace eterna justicia, porque el tiempo es el mediador entre Dios y los hombres.

»Se extinguió la voz, y ví entrar á mi segunda seguida de un hombre que quise reconocer; me llamó mucho la atención que Agueda viniera acompañada y nada me dijera, tanto que la dije:

»—¿Cómo vienes con un hombre y no me lo presentas?

»—¿Un hombre? ¡madre! ¿deliráis?

»Yo seguí mirando á aquel hombre que se convirtió en un foco luminoso, dentro del cual apareció El, ¡el alma de mi alma! yo le veía tan bien, no podía creer que

Agueda no le viera, y la cogí la mano diciéndola:—Pero mujer, ¿no le ves? y tal fué mi deseo que le viera, que mi compañera se estremeció y dijo:—¡Jesús! ¡es Jesús! y cayó sin sentido. Yo en aquel momento no me ocupé de ella, sólo estaba para El y grité:—¡Señor!...¡ señor! ¡qué hermoso eres!., ¡cuánto tiempo hace que no te veía! ¿Vienes por mí? ¿me voy ya de la tierra?

»Jesús se sonrió y se fué alejando pausadamente dejando tras de sí un rastro luminoso, y cuando la luz se fué extinguiendo, escuché una voz lejana, muy lejana que decía:—¡Te espero! ¡te espero!»





CXIII

CUANDO hubo pasado aquella impresión me fijé en mi compañera, pero como yo estaba tan extenuada, no pude emplear mis fuerzas magnéticas para reanimarla, y sólo haciendo un penoso esfuerzo la dije:—¡Levántate, hija mía! ¡levántate! Ella se levantó perezosamente, la miré, y me pareció que había sufrido una gran transformación, no podía moverse, andaba con tanta dificultad, que la hice sentar, temerosa de que nuevamente se cayera, observé que tenía los ojos cristalizados, parecía una muerta con los ojos abiertos, que pedía una mano piadosa que se los cerrara. Al verla en tal estado, saqué fuerzas de flaqueza y le fuí explicando cómo el alma podía estar en relación con Jesús; hablé mucho y bien, porque no era yo quien hablaba; y entre otras muchas cosas la dije:—Jesús en un altar nada le dice al pensamiento, pero Jesús en el espacio, dice á

la humanidad:—Mi Código es el amor á todas las razas; Agueda al oír mis palabras lloró y yo la dije:—Llora, llora, hija mía; no hay alma que no sea pecadora, todos hemos pecado, y sobre las sucesivas existencias del alma hablé mucho, especialmente sobre la impresión que nos debe causar la historia de Jesús, que no debemos verle aterrando á los hombres con su cruento martirio, sino que debemos procurar oír sus palabras cuando dice:—Yo soy el hermano mayor de vuestra raza y os espero con los brazos abiertos para llevaros á la presencia de nuestro Padre que está en los cielos.

»—¡Ay! madre, exclamó Agueda muy conmovida, si es verdad que he visto á Jesús, yo le diría:—¡Señor! iré á tí de rodillas perdiendo carne y huesos en las escabrosidades de mi camino, que no me importa destrozar mi cuerpo si se purifica mi alma, y me hago digna de tu excelso amor.

»—Éstás en un error, hija mía; en busca de Jesús se va de frente, bueno es admirarle en el calvario, que todo sacrificio admiración merece; pero luego busquémosle en el templo de la ciencia, porque Jesús simboliza el progreso y no hay que buscarle clavado en la cruz, sino en los laboratorios de la ciencia; El nos dijo que

todos teníamos que renacer, y sólo se renace sabiendo por qué se vive. Anímate, hija mía y abrázame. Se levantó mi compañera y me abrazó con la mayor ternura y yo la dije:—Así, así debemos ir en busca de Jesús; la visión te ha trastornado, pero á la vez te ha dado vida.

»—No lo sé, madre, lo que me ha dado, pero todo el cuerpo me duele, ¡qué indigna soy! yo estoy lejos, muy lejos de Jesús.

»—No lo creas; la misma impresión que te ha causado demuestra que sabes sentir.

»—Pues yo os confieso ingenuamente, que no quiero ver á Jesús más que muerto, vivo me hace sentir demasiado. Y... ¿si no fuera Jesús el que hemos visto? ¿y si fuera el diablo?

»—¿Lo dices eso seriamente? ¿crees que yo estoy endiablada?

»—Madre, os digo lo que siento; tengo dudas y temores, no tengo valor para mirarle; sólo á la hora de mi muerte quisiera ver á Jesús.

»—Dime: ¿has visto tú al diablo en alguna parte? si el diablo existiera ¿dónde estaríamos los religiosos? ¿qué más diablo que nuestros votos? porque los mal llamados religiosos estamos dominados por la envidia, por la codicia, por la lujuria, por todos los apetitos y pasiones humanas, y

todo lo encubrimos con preces y cánticos; ¿qué más diablos que nosotros? No dudes, desecha vanos temores, has visto á Jesús y, ¡qué hermoso es! Tú has dicho que si fuera Jesús el que has visto, te irías tras de El, aunque tuvieras que dejar tu carne y tus huesos entre las rocas del camino, y yo debo decirte que hay otros sacrificios más cruentos: los que hace el alma ahogando sus pasiones, destrozando su cuerpo con la abstinencia de todos los placeres naturales, de los cuales gozan todas las especies menos los hombres obcecados por la ignorancia religiosa. Me parece increíble que tú hayas creído ver al diablo disfrazado de Jesús. ¿Acaso existe el diablo? ¡que aberración!... Dios no pudo crear el engaño permanente de sus hijos. Yo creo que el hombre ve á Dios en el primer estado de su inocencia, cuando el alma no ha dado un sólo paso ni en el bien ni en el mal, y vuelve á encontrar á Dios mucho más tarde, cuando el alma se embriaga estudiando los problemas de la sabiduría. A su debido tiempo, cuando yo deje esta tierra y tú cierres mis ojos, acuérdate que yo no he practicado el mal con mis obras, por eso cuando en mis angustias he dicho: ¡Dios mío! ¡ten piedad de mí! he visto á Jesús subiendo á los cielos, he visto al Sabio ha-

blando con sus discípulos. Lo he visto bajo la figura de un viejo venerable instruyendo á las generaciones y llevándolas por el camino de la perfección, y luego el viejo se ha vuelto joven y me ha pedido agua en una fuente y yo le he dicho:—Bebed, Señor, el agua de la vida, y El me dijo:—Dame de esa agua, que de esa agua necesito porque un día me la quitaste, y no dudes jamás que he visto á Jesús en una larga peregrinación por la tierra; ¡siempre grande! ¡siempre noble! ¡siempre hermoso! ¡siempre llevando en sus ojos la luz del infinito! siempre diciendo:—Yo, al igual que los otros ¡soy un hijo de Dios!

»—Madre, yo creo cuanto decís, creo que sois una santa, pero... no me habéis convencido, vuestras palabras las recordaré siempre, las analizaré constantemente, pero... no quiero engañaros ni quiero engañarme; me han enseñado á querer á Jesús crucificado, y fuera de la cruz, ya no me parece grande. Conozco que estoy dentro de una iglesia muy pequeña, pero en ella nací, en ella me educaron, y abrazada á la cruz moriré; y ahora dejadme un momento libre para dar órdenes á la Comunidad.

»Al quedarme sola exclamé:—¡Qué poco he estudiado en este mundo! con mis ojos dominé á muchos, pero... no he sabido

hablar á tiempo, ni enmudecer con oportunidad... ¡cuántos años he vivido inútilmente! ¡cuántas palabras he pronunciado que han sido más estériles que la lluvia sobre la roca; veamos si puedo levantarme; ¡qué mala estoy! ¡si pudiera escribir! al menos me distraería. Cogí papel y pluma y dije con desaliento: ¿Y qué escribiré?... En otro tiempo hubiera escrito para mi Iglesia un tratado de poesía, de sentimiento, de dulzura; pero ahora... ¡qué todo se acaba!... y miré al cielo como si esperase una contestación que no se hizo esperar, pues oí la dulcísima voz de mi sobrinita que me dijo: —Escribe.

»—¿Y qué escribiré?

»—Escribe. Una vida que se extingue.

»—¿Es la mía?

»—¿Y qué te importa?

»—Es que no sé qué decir, díctame tú.

»—Entonces no será tuyo el escrito; dilo tú, dilo tú.

»—¿Tú lo quieres? pues sea; escribiré una vida que se extingue; y escribí una poesía muy dulce y muy triste, ¡una luz que se extingue!...

»—Pero se reanimará en el infinito, me dijo una voz; y otras muchas voces me hablaron tanto, que dije:

»—¿Qué es esto? ¿vacilan mis sentidos?

»—No; es que vas oyendo lo que debes oír.

»Entró Agueda, me dió alimento y se quedó parada como si escuchara.

»—Que, ¿oyes voces?

»—Sí, madre, oigo muchas palabras confusas.

»—No te aturdas, que no es obra del diablo.

»—¿Qué tenéis, madre? os habéis puesto muy pálida.

»—No sé, no sé que tengo, y al decir esto, tuve un vómito de sangre; Agueda se espantó, yo me emocioné mirando al suelo manchado de sangre negruzca, recordé al médico de la Corte y murmuré:—Los venenos... siempre son venenos, siempre dejan huella, mi cuerpo se gasta, esto es indudable; y mientras yo me entregaba á mis tristes reflexiones, Agueda salía y entraba en unión de otras monjas, hasta que vino el médico y me dijo:

»—Cuanto aquí sucede es muy extraño, vos que dáis vida á los demás ¿por qué no hacéis el mismo milagro con vos?

»—Es que hay sacudidas horribles, y mi cuerpo ha sufrido tanto...

»—Pues hay que animarse, y levantarse y salir.

»—¿Y si me muero por ahí?

»—No importa; la cuestión es buscar vida sea donde sea, porque aquí dentro la perdéis.

»Me hicieron acostar y dormí bien aquella noche; al día siguiente me levanté, me senté en mi sillón y me anunciaron que venía mi amigo el sacerdote. Al entrar él, nos miramos, y él le dijo al médico muy azorado:

»—Que, ¿está muy mala?

»—No.

»—¿Cómo estáis? dijo acercándose á mí.

»—Dispuesta á confesarme y á morir; y al decir esto, tuve un vómito de sangre tan abundante, que se manchó el manteo del sacerdote y yo le dije:—Ya véis, mi sangre os ha manchado, todos los ríos buscan su curso.

»El sacerdote palideció y me dijo muy conmovido:—Por ahorraros el verter una gota de sangre, yo daría toda la mía.

»—El médico trajo una botellita de agua azulada, igual al veneno que yo había tenido en mi poder, y al darme unas cuantas gotas de aquel líquido para que se me contuvieran los vómitos, no pude menos de decir en alta voz el recuerdo que aquella medicina evocaba en mi mente; el sacerdote me miró fijamente, ví que temblaba de espanto, y al momento varié el tema de

la conversación, y tanto logré dominarme, que conseguí hacer reír al médico y al sacerdote; y cuando este último me dijo:—Hasta mañana, me pareció aquel *hasta mañana*, tan dulce, tan armonioso, tan consolador, que no pude ocultar mi alegría y mirándole fijamente con mis ojos le dije todo lo que sentía mi alma.

»Agueda y el médico hacían prodigios para rodearme de esas atenciones y delicadezas que tanto y tanto agradece el enfermo, el médico venía al amanecer, diciéndome con la mayor ternura:—Vengo antes que salga el Sol.

»—¡Qué bien! le dije un día; el Sol y el médico son hermanos gemelos, porque los dos dan vida.

»—Animaos, madre, aun saldréis á beber vuestra agua.

»—Volvió mi amigo el sacerdote y me dijo:

»—Vengo á daros un gusto; y sacó un papel, es decir varios papeles, y leyó una poesía preciosa, era un pequeño poema de amor y de justicia, preguntando en aquellas estrofas admirables por lo bien rimadas y mejor sentidas, si después de la muerte nos encontraríamos, siendo yo tan dulce, tan amorosa, tan abnegada, y si él seguiría siendo tan seco, tan híbrido, y en un

arranque de sentimiento decía: Si mañana me pierdo, ¿tú me salvarás? y yo entonces contesté con el mayor entusiasmo:—¡Qué hermosa poesía! si mi alma, como espero, un día irradia, donde estuvierais allí iría yo; y mis perfumes y mis dulzuras, y mis amores, para vos serían.

»—No esperaba menos de vos, y creed, madre, que al decirme todo cuanto me habéis dicho, confío en el mañana.

»—También mi alegría es inmensa.

»—¿Queréis mi poesía?

»—No; me haría sufrir, hay manjares que no pueden gustarse más que una vez; grabada ha quedado en mi mente vuestra poesía, no necesito leerla porque está conmigo.

»—¡Adiós!.. me dijo él; y aquel *adiós* ¡cuántas cosas prometía!

»Siguió viniendo el sacerdote diariamente, y ya que yo no podía escribir porque me fatigaba, él escribió mi adoración á Jesús, poema en varios cantos. Yo le decía:—Eso es muy místico, demasiado místico.

»—Si queréis, decía él muy complaciente, le quitaré este tinte de arrobamiento y misticismo, ya véis como quiero cumplir vuestros deseos.

»¡Ay! eran muy tardías aquellas condescendencias, y demasiado comprendía yo

que aquellos cantos no serían ni la sombra de los míos.

»Quizá deseosa de escribir nuevamente y de trasladar al papel mis impresiones, ayudé al médico y á mis enfermeras queriendo aliviarme y me alivié tanto, que el médico me dijo:—Pronto beberéis de vuestra agua.

»Al fin llegó el día deseado; el sacerdote y el médico se pusieron de acuerdo con mi segunda para hacer una sencilla fiesta religiosa en acción de gracias por mi restablecimiento, acompañándome toda la Comunidad hasta la *f fuente milagrosa*. No sé si efecto de haber tenido que estar en la iglesia un buen rato oyendo canturias, ó si me mareé al verme rodeada de tanta gente, es lo cierto, que al llegar á la fuente perdí el sentido, y tuve un gran vómito de sangre. Al volver en mí, lo encontré todo tan triste, tan muerto, que tuve que hacer grandes esfuerzos para no llorar; me parecía que ya estaba dentro de mi tumba y que las monjas eran almas en pena que me pedían cuenta de mi proceder con ellas. Las monjas entonaron de nuevo sus cánticos y me hacían el mismo efecto que un oficio de difuntos; ¡qué enojosos me parecieron! me parecía que profanaban aquel santuario de la naturaleza, y lamentaba que hasta

allí me persiguiera la farsa religiosa. El médico lo comprendió así, y me dijo:

»—Vamos, madre, bebed de vuestra agua.

»—No es mía, es de Dios. Recuerdo aquel momento solemne cuando puse un dedo en la roca y brotó el agua; y al hablar así, uní la acción á la palabra, puse mi dedo en la roca, y el agua dejó de brotar. Todos se maravillaron, en particular el médico que repetía maquinalmente:—Bebed, madre, bebed.

»—Ay doctor; ¡el agua ya no corre! ¡en la fuente no hay agua! y este suceso es la simbólica alegoría de lo que pronto me sucederá. También mi vida llega á su fin, ¡no brota el agua en la roca! ¡tampoco los pensamientos brotarán en mi mente! ¡Agua! ¡pensamiento! ¡tú eres la vida de la tierra! ¡tú eres la vida del alma! ¡Ya no hay agua en esta roca! en roca se ha convertido mi mente... pero Dios con su varita mágica, hará brotar, á su debido tiempo agua en las peñas y pensamientos en los cerebros endurecidos; y cuando llegue ese día, entonces yo cantaré mis amores con Jesús; ¡amores castos! ¡purísimos! ¡amores que no han sido profanados, ni con arrobamientos místicos, ni con las concupiscencias de la carne! ¡han sido amores del alma! ¡amo-

res del infinito! ¡amores que nacieron al calor del sentimiento más sublime! El dijo: —¡¡Yo te perdono!! y contestó mi espíritu: ¡Y yo te amaré con todos los amores que sienten las almas en todos los mundos que se agitan en el universo!»





CXIV

SE haría mi relato interminable, si describiera el estupor que se apoderó de todos, al ver que la fuente no manaba agua. Todos hablaban á la vez, sin entenderse los unos á los otros, y hubo quien dijo muy cerca de mí:—Maldita sea la hora que vino esa mujer aquí! si con su funesta venida había de secarse el manantial milagroso. Se formaron dos bandos, unos á mi favor y otros en contra; de estos últimos se componía la mayoría; sentí entonces los escalofríos de la muerte y dije con angustia:—¡Qué horror! ¡morir así!.. y oí una voz que me dijo:—Otros que han valido más que tú, han muerto en peores condiciones. Me sobrecogí más y más al oír aquella triste y profunda verdad; pero hice un esfuerzo y le dije al que me hablaba:—Tienes mil razones, no te lo niego, pero cada cual es como es; y yo ¡Dios mío! ¡Jesús mío! yo no soy como tú, yo no sé

decir como tú dijiste:—Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen. Yo tengo miedo de morir entre seres hostiles é ignorantes, porque su hostilidad me lastima y su ignorancia me avergüenza.

»Tal fué el tumulto que se armó entre todos, que se apoderó el pánico de unos cuantos alborotadores, y corrieron á la desbandada en busca de la tropa que guardaba las cercanías del Convento. Vino la fuerza armada con pasmosa velocidad y el oficial que la mandaba se puso á mis órdenes diciéndome con verdadero interés:

»—Madre, ¿qué os ha sucedido?

»—Nada de particular; se ha hecho una procesión en acción de gracias por mi vuelta á la vida, y el pueblo se ha soliviantado porque se ha secado la fuente milagrosa á nuestra llegada; siento que os hayan molestado, pero á la vez me alegro de veros, que en los tumultos populares conviene á veces que la razón se imponga con el aparato de la fuerza.

»Las mujeres entre tanto vociferaban á más y mejor y decían entre otras cosas:—El agua tiene que volver, si ella es como debe ser. Mi amigo el sacerdote, se conocía que estaba contrariado con aquel alboroto. Agueda me miraba pintándose en su rostro la consternación, otros sacerdotes me

rodeaban como queriendo defenderme de aquellas pobres mujeres que gritaban y chillaban pidiendo el agua que curaba á sus hijos. Yo, serena en medio de tanto desbarajuste, dije á los míos:—Yo vine aquí un día y poniendo mi dedo en la roca brotó el agua, hoy he vuelto por mandato facultativo, y el agua ha cesado de brotar, poniendo mi dedo en el mismo lugar. Vos, amigo mío, que tanto me conocéis, decidme:—¿Qué hago? ¿me retiro ó me quedo aquí? ¿queréis que todos roguemos á Dios para que vuelva á brotar el agua?

»Todos se miraron y nadie me contestó, me miraron con lástima tan manifiesta, que á mi vez los compadecí y les dije con ligera ironía:—Vamos, ¿qué hacemos?.. en otro tiempo yo hubiera dicho:—De la roca haré agua, pero hoy... hoy no puedo, no tengo fuerzas.

»—Madre, vamos, dijo mi amigo el sacerdote; cuando el agua no mana, es que Dios no lo quiere.

»Se oyeron de nuevo voces que decían:—¿Qué santidad es esa, que un día hace milagros y otro día los deshace? ¿qué religión es esa, que á lo mejor se vuelve atrás? Sin yo poderlo remediar me lastimaban aquellos dicharazos, y me separé cuanto

pude de la multitud, diciéndole á mi segunda que me seguía:

»—¿Por qué no eres tú como tu antecesora? cuando aquí brotó el agua, Angélica estaba conmigo. Tú que no crees en Jesús, que crees que es el diablo el que yo veo, no me ayudas como me ayudaba Angélica con su inmensa fe; ¿por qué no serás como ella? y la abracé buscando en sus brazos consuelo.

»—¡Ay, madre! no me abracéis así, que me ahogáis; si la fe os ayudara, yo os la doy entera, es decir, cuanta poseo.

»—No, Agueda; tú no crees en Jesús, tú crees que es el diablo el que hoy detiene el curso del agua que aquí brotaba. Tú das más valor al diablo que á Dios, y yo digo:—Roca, volverás á brotar agua. Agueda me miró, y maquinalmente hizo la señal de la cruz y yo repliqué:—¿Crees que es el diablo el que detiene el curso del agua?

»—Madre; no puedo más, no sé lo que pasa por mí, la duda me aterra, y vuestra fe me espanta, me asombra, me admira, y uniendo mi voluntad á vuestra voluntad, y mi deseo á vuestro deseo, y mi ruego á vuestro ruego, y mis palabras á vuestras palabras, digo:—¡Que venga el agua! y cayó desvanecida sin hacerse daño alguno, porque yo le impedí el golpe dejándola caer

suavemente, y volviéndome á los que me rodeaban les dije:—¡Ella pidió agua! y yo digo: El agua aquí brotará sin secarse el manantial, aunque la sequía convierta en páramos los valles floridos, y puse de nuevo mi dedo en la roca y el agua brotó con tal violencia que hizo retroceder á cuantos me rodeaban; y entonces el pueblo, siempre iluso, siempre impresionable, siempre desequilibrado, se agolpó sobre el manantial queriendo beber todos á la vez.

»—Madre, ¿despejo? me preguntó el oficial.

»—No, no; no empleéis vuestra fuerza en atropellar á *niños grandes*, dejad que el pueblo se sacíe hoy de agua, que mañana haremos que se sacíen con las verdades del evangelio.

»—Madre, me dijo un sacerdote, ¡qué milagro habéis hecho! ¡es maravilloso!

»—No lo creáis; Dios es el autor de todo cuanto habéis visto, yo no he tenido más parte que mi vehemente deseo de admirarle una vez más en sus obras.

»La multitud se hartó de agua, y satisfecha y tranquila se fué alejando repartida en grupos que iban diciendo:—¡qué buena es el agua del milagro!

»De los míos, ninguno se atrevió á decirme que bebiera; hasta el médico estaba

receloso, comprendí que tenían miedo de que yo quisiera beber y se repitiera lo sucedido: ¡cuánta ignorancia en unos y en otros! miré al médico sonriéndome y le dije:—¿Qué hago, doctor? ¿bebo ó no bebo?

»—Bebed, si queréis; á vuestro lado pasan cosas tan extraordinarias, que ya no sé qué decir ni qué desear.

«Me acerqué al manantial, apoyé mis labios sobre la roca, perdí el mundo de vista por un momento, sentí un estremecimiento muy doloroso en todo mi sér, y en vez de beber, arrojé sangre por la boca con mucha abundancia; mi sangre no manchó la roca porque no resbaló, quedó detenida en las múltiples hendiduras de las piedras, y en las yerbecillas que en ellas brotaban, y al ver mi sangre coloreando las verdes hojas, me conmoví profundamente, me pareció que todo cuanto me sucedía era simbólico y murmuré:—Aquí queda mi sangre, mañana volveré sin duda á buscar en esta roca las partículas de mi vida; y aquí... ¡Dios sabe el monumento que levantaré! esta agua habrá aumentado y con ella tal vez seré útil á la humanidad, porque entonces... sabré más que ahora, mi religión será la ciencia, y mi oración el trabajo.

»—Agueda convenientemente auxiliada, se había repuesto de su desmayo y se acer-

có á mí abrazándome con el mayor cariño, pero sin atreverse á mirará la fuente. Caía la tarde y emprendimos la vuelta al Convento; contemplé el cielo y exclamé: —¡Sol mío! ¡qué hermoso eres! llegas á tu ocaso, yo también llego; tú brillarás mañana, yo... ¡quién sabe!... Me sentaron en una silla de manos y muy despacito corrimos el camino; durante el trayecto me empeoré, y ya en mi celda el médico me preguntó afanoso:

»—¿Qué sentís?

»—Deseos de arrojar sangre, la boca se me llena del licor de la vida.

»—Pues no penséis en lanzarlo, sino en retenerlo.

»—Es que no puedo; y arrojé nuevamente bastante sangre. El médico se impacientaba, se desesperaba, y más cuando sentí una punzada en el corazón tan espantosa, que no pude contenerme, y lancé un grito tan agudo, que todos se alarmaron extraordinariamente, y cuando dije: ¡Ay doctor! ¡cuánto sufro! ¡cuánto! aquel pobre hombre enloqueció, me ordenó que no hablara ni una palabra. Agueda le cogió las manos, y él movía la cabeza desalentado; las monjas, ¡pobrecillas! mudas, inmóviles, miraban á mi segunda esperando sus órdenes y en todos los

semblantes se retrataba el dolor. Yo mientras tanto seguía luchando con la muerte á brazo partido; las punzadas en el corazón no eran tan horribles, pero sí más frecuentes; el médico no me dejaba un solo momento, dándome pequeñas dosis de una medicina que sin duda era un calmante, porque tomarla y respirar mejor todo era uno. Ví entrar á mi amigo el sacerdote, me miró y se limpió los ojos; ¡¡¡lloraba!!! y yo dije entre mí:—¡Llora, pues, es porque comienza á quererme; ¡qué bueno es esto! ¡esto es lo más hermoso de mi vida! ¡Ya me quiere! ¡ya me quiere!

»El médico y el sacerdote hablaron muy quedito, y se pelearon por darme la medicina, pero el médico no cedió sus derechos alegando que un movimiento brusco podía ahogarme; y tenía razón, porque no podía tragar una gota de agua, y él se veía y se deseaba para darme la medicina, y yo en medio de mis horribles sufrimientos, gozaba lo indecible, viendo á mi amigo el sacerdote dando vueltas entorno de mi lecho, hablando con el médico, imponiendo silencio á las monjas, dando órdenes á mi segunda, revelando su semblante el dolor más profundo. Cerca de tres días estuve entre la vida y la muerte; al fin el médico restregándose las manos me dijo con inmenso

júbilo:—¡Hemos triunfado! os he visto en eminente peligro de muerte, pero ya estáis salvada; y ahora todos nos vamos á descansar, ya os dejaré buenas enfermeras; el sacerdote no se quería ir, ni Agueda tampoco, y tuvo el médico que hacer uso de su autoridad facultativa, diciéndole al sacerdote:—Vos más que nadie tenéis que buscar el descanso del sueño, porque estáis enfermo del cuerpo y del alma, y yo decía entre mí:—¡Qué bueno es morir así!...

»—Ninguno de los tres se quería ir; Agueda se entretenía arreglándome la ropa del lecho, cuando de pronto sintió algo sobre su cabeza, la movió asustada, y cayó sobre mis manos una flor.

»—¿Qué es esto? dijeron todos, ¿qué es esto?... el médico cogió la flor que era blanca y rosada y aspiró con delicia su perfume diciendo:—¡Qué fragancia tan delicada! ni en el cielo la habrá mejor; y al decir esto cayeron sobre su calva cabeza muchas florecitas blancas y azules. Yo viendo aquella profusión de flores, me puse muy contenta y le dije al sacerdote:—¿Y para vos no hay?

»—Para mí no, por lo que se ve: y al decir esto, una flor blanca muy bonita golpeó su frente y el sacerdote se inmutó y cogió la flor con sumo cuidado mirándola con

asombro; yo llamé á mi segunda y la dije muy bajito:

»—¿Crees que esto es obra del diablo?

»—No, madre, no; no sé lo que por mí pasa; y los tres se fueron á descansar que ganado lo tenían, quedándose tres monjas para cuidarme, rivalizando en buen deseo y amabilidad.

»Pasaron muchos días, muchos, y al fin una mañana recibí orden de levantarme y sentarme en un sillón, pero moverme y sentir la punzada en el corazón todo fué uno, pero pude resistir sin lanzar gritos. Cuando me ví sentada, miré á las flores del cielo, que estaban erguidas y lozanas y de pronto las ví mustias y marchitas. ¡Flores mías! exclamé, ¿me anunciáis mi muerte? nunca me habéis engañado: el jarrón de las flores se balanceó y yo las dije: No; no me dejéis aun, y las flores recobraron su lozanía; el médico entretanto estaba muy atareado preparándome una medicina que al dármela me dijo:

»—No os separéis de mis órdenes.

»—Creo que pronto me separaré.

»—¿Cómo? ¿pues y eso?

»—Porque la ciencia es impotente ante la muerte.

»—¿Quién os ha dicho que váis á morir?

»—Las flores, y señalé á las *flores del*

cielo, que tan pronto estaban lozanas, como lacías y deshojadas.

»El médico movió la cabeza muy contrariado, y quedó muy sorprendido al sentir sobre su limpia calva una lluvia de flores menuditas, blancas, rojas y azules.

»—¿Qué es esto?

»—Son los jirones de mi existencia que caen convertidos en flores, para simbolizaros mi gratitud.

»Agueda se asustó porque cayeron muchas más, y el médico dominando su emoción me dijo:

»—¿Y si estas flores fueran la alegoría de vuestro renacimiento?

»—Gracias, doctor; sólo puedo deciros que muero muy contenta, porque Dios no me abandona. La última vez que hablé con el Amor de misamores, me dijo:—¡Te espero!... ¡Te espero!...

»—Pero en realidad, ¿habéis visto á Jesús, madre?

»—Sí que lo he visto, y también lo ha visto la Comunidad. ¿Queréis verle?

»—No, no; no estoy yo para ver visiones.

»Mientras el médico hablaba, ví entrar á un hombre al que reconocí enseguida y dije:—Doctor; ¿qué hombre es ese que ha entrado aquí? el médico se volvió azorado,

y como la figura de aquel hombre se fué hermo­seando, y entorno suyo irradió la luz, el médico cayó de rodillas murmu­rando:—¡Perdón!... ¡perdón!... Jesús se fué acercando á mí y yo le dije:—¡Señor! ¿ya estáis aquí?

»—Tengo sed; dijo El con voz dulcí­si­ma.

»—Yo ahora no puedo daros agua, bien lo sabéis.

»—Ya me la darás en el infinito; y tocando la frente del médico le dijo:—Tú vendrás con ella, ¡te espero!

»—¡Ya voy, Señor! ¡ya voy!... Me quise ir tras de El, pero me cerró el paso una montaña de flores, que al deshacerse llenó mi celda por completo; parecía que brotaban del suelo y de las paredes y que caían del techo, y que entraban por las ventanas; desaparecieron todos los objetos ante mi vista, no ví más que flores olorosas, flores hermosísimas que toda me cubrían. Yo estaba encantada, no sabía que pasaba por mí: si ya había dejado mi cuerpo, ó si aun le animaba mi alma; en aquel éxtasis hubiera permanecido muchas horas, sino hubiera oído una voz que me recordó otro tiempo; voz que me hizo estremecer porque me dijo:—¡Sálvame, hermana mía!...

»—¿Qué es esto? dijo el médico como si

despertara de un sueño; ¿qué veo? ¿qué oigo?

»—Que me llaman; y oí de nuevo la voz más angustiosa que decía:—¡Hermana mía! estoy en el fondo del abismo hace muchos siglos, ¡¡Ven!!

»—Voy, ¡voy, hermano mío! y abandoné mi cuerpo y llegué al abismo y allí lo encontré, y sentía deseos de decirle: ¡Infame! ¡infame! ¡en la sombra debes vivir! pero oí una voz que me decía:—¡Cuidado con lo que haces! ¡Ay de tí si le abandonas! y descendí de nuevo al abismo y le saqué de aquella horrenda sima donde todas las espinas brotaban á porfía, y al vernos en plena luz, le dije:—¡Adiós!

»—¡No me dejes! ¡no! ¡iré contigo siempre! ¡siempre!...

»—¡Ah! eso no, eso no puede ser; y oí entonces la voz del Amor de mis amores que me dijo:—¿Acaso te he separado de mí, cuando has ido en mi seguimiento? déjale que te siga, que el que quiera ser perdonado, tiene antes que saber perdonar».





CXV

LAS grandes crisis determinan el nuevo derrotero de una existencia, y aquella crisis decidió en parte de mi porvenir. Mi razón quedó completamente trastornada, así lo comprendió el médico y cuantos me rodeaban. Mi segunda, la pobre Agueda, perdió su cuerpo toda su energía y su vigor, siempre la veía llorosa y yo la decía con el mayor cariño:

»—¿Por qué estás tan triste?

»—Porque tengo los ojos malos.

»—Te pondré mis manos sobre ellos, y se las ponía, sin que surtiera efecto el remedio, porque ya mis manos no tenían *virtud*. No podían tenerla, pertenecían á un cuerpo que ya no reunía las condiciones vitales. Un día pregunté á mi querida compañera:

»—Cuando ya esté muerta, qué harás?

»—No lo sé, no lo sé; no quiero ser madre en ningún Convento, no quiero

gobernar á nadie, prefiero que me gobiernen.

»Yo la animaba en mis horas de lucidez y ella me decía:

»—Si yo conociera dónde comienza la tentación, y dónde se puede encontrar fuerza para resistirla, lucharía, pero ignorándolo todo, no tengo valor para luchar.

»Yo me complacía en despertar aquella inteligencia y le preguntaba:—¿No tienes fe en Dios?

»—Sí la tengo, pero no me habléis de muertos, viva os idolatro, pero muerta no me habléis.

»—Pero, ¿qué crees tú que es un alma hablando? es esto, mira, y extendí mi mano y del espacio recogí una flor y la dije: aspira su aroma. Agueda aspiró con delicia su perfume, se entusiasmó y me dijo:

»—Madre, si el mundo entero negara vuestra santidad ¡yo os proclamaría santa!

»—Guarda esa flor en una cajita y siempre que te acuerdes de mí, mira esa flor que te embriagará con su penetrante fragancia. Le hablé después de Dios y la dije: Dios no es el pobrecito Jesús que vemos en una cruz descoyuntado y chorreando negruzca sangre: á Dios nadie le puede crucificar, porque entonces los hombres serían más grandes que Dios lo único que

puede hacer el hombre, es presentarle á Dios los frutos podridos de su ignorancia, pero crucificarle... es el mayor de los absurdos; los hombres en su pequeñez, han empequeñecido á Dios, ¡á Dios! que es el amor inmenso!... el amor sin límites! ¡el perdón eterno!... Yo aun no he sabido perdonar y ¡me llaman santa!

»—¿Queréis que os ayude á perdonar?

»—Hija mía, no hay ayuda para eso, porque el perdón se concede cuando el alma adquiere el profundo convencimiento de que no debe odiar á nadie. Yo aun no sé perdonar, oigo una voz que me dice:— ¡Perdón, hermana mía!... y yo le perdono, pero... no es verdad mi perdón; perdonan mis labios, pero no mi alma,

»—¿Será el diablo al que no podéis perdonar?

»—No, hija mía; el diablo no existe, oigo la voz de un sér que me dice:— ¡Hermana mía!... sé que es mi hermano, le quiero, y no le perdono; ¡hay para volverse loca!...

»Hablé mucho también con el médico sobre ciencia, y hablaba yo admirablemente, parecía que el Espíritu Santo hablaba por mi boca, el médico se extasiaba escuchándome cuando yo le decía:—El amor, es el arpa del sentimiento, del amor brotan todas las armonías, y nacen todos los sacri-

ficios, pero la ciencia dice:—¡Dios es grande! y la ciencia es el idioma de Dios, la ciencia es un Sol para el cual nunca llegará el ocaso, la ciencia siempre iluminará á los mundos, y por ella las humanidades conocerán un día la grandeza de Dios. Yo quiero á todo trance ser sabia, yo quiero poseer la sabiduría. Iré lejos, muy lejos, hasta encontrarla, porque sin ella no se vive.

»Hablé también mucho con mi amigo el sacerdote y yo le decía:

»—Cuando me muera estaréis tranquilo.

»—No, madre, no puedo estarlo.

»—¿Y por qué no? sois mi heredero, sois el responsable de mi historia, ¡me haréis santa! ¡qué de milagros me achacaréis! vos seréis el responsable de esa gran mentira... pero después, mucho más tarde, seréis el encargado de decir la verdad de lo que he sido, me quitaréis la santidad de la que nunca fuí poseedora, y me daréis la dignidad, la discreción, y el buen sentido que una religión me negó. Yo en todo tiempo os amaré, siempre vos huiréis de mí, y yo os seguiré eternamente, porque eternamente os amaré. Hoy os amo, amo al hombre y amo al sacerdote por su talento, por su erudición, por su elocuencia, porque es un genio; ¡lástima grande que

su inteligencia se ahogue bajo las bóvedas de un templo!.. El sacerdote lloró, lloró sin ocultar su llanto y le compadecí; cuando le ví más sereno, continué diciendo:— Vos después de mi muerte haréis crueldades, porque nuestra iglesia es muy exigente y os obligará á mentir de un modo vergonzoso. Volvió él á llorar y yo le dije:— ¿Por qué lloráis? ¿tenéis algún remordimiento? al oír mis frases procuró serenarse y me dijo:

»—Madre, haré cuanto vos queráis después de vuestra muerte.

»—No mintáis ante una moribuuda; demasiado sabéis vos que tenéis que desfigurar mis hechos, lo que demostrará una vez más, vuestro talento admirable, no mi valía, ni mis condiciones de una mujer superior.

»—Dejadme marchar, madre.

»—Idos en buen hora; antes de morir quiero haceros mi último regalo ¡una flor! ya le he dado la suya á mi segunda, y guardo otra para el médico, y para la Comunidad dejó el eco de las campanas que tocaron solas.

»Se fué mi amigo el sacerdote tambaleándose como si estuviera ebrio y yo entonces me confesé con Dios diciéndole sencillamente la verdad, que no sabía perdonar;

al terminar mi confesión oí la voz de mi padre que me dijo:—Tú eres grande, pero al mismo tiempo muy pequeña porque no sabes perdonar.

»—Padre, por ahora no puedo.

»—Pues es preciso; escucha y atiende, que te conviene enterarte de cuanto yo te diga: y me explicó toda la existencia de los miembros de mi familia; hizo hincapié en lo mucho que siempre me había querido Benjamín, me recordó sus juegos, sus travesuras y sus desvelos por mí: después, me contó toda la historia de Jesús muy detalladamente, hasta el momento de la traición de Judas y al llegar á tal punto de suyo tan interesante, le dije delirante:— ¡Todo! ¡todo! ¡dímelo todo!.. De pronto, mi padre enmudeció.— ¡Habla! le dije con impaciencia.

»—No puedo, se ha cerrado el horizonte; y oí una voz muy conocida que me dijo:— Despeja tú el horizonte; y oí la voz del médico que gritaba desesperadamente:— ¡Venid! ¡venid! ¡que se muere!!!

»—Aquella exclamación me hizo volver á la tierra, y ví al médico tan cerca de mí, que casi su frente tocaba á la mía; leí en sus ojos el casto deseo de darme un beso y le dije:— Besadme, es una obra piadosa besar á los muertos. Me besó en la frente, y

yo correspondí á su beso dándole un abrazo, y al abrazarle le ví rodeado de una aureola tan resplandeciente que le dije:— ¡También tú morirás pronto!.. y el médico dijo:— ¡Dios mío! ¿qué siento? ¿qué veo? ¡cuánta sombra!

»—¿Tú también ves sombras? ¿quién eres?.. y me dijo un nombre: ¡qué nombre! aquel nombre levantaba una punta del velo que cubría mi pasado, y me recordaba un sér muy querido, por eso le dije alborotada:

»—Nos iremos juntos.

»—Sí; nos iremos juntos, pero te has de llevar también á éste; y ví á mi hermano Benjamín que me decía:—De tí depende mi salvación ¡hermana mía!.. y el médico me dijo señalando á mi hermano:—Ahí está la ciencia que tanto deseabais encontrar y que para buscarla queríais ir tan lejos.

»—¿Qué tiene que ver mi hermano con la ciencia?

»—¿Qué más ciencia quieres que saber perdonar?

»—Es que no puedo, no puedo, no puedo llevarle conmigo.

»Todo volvió á su estado normal y ví al médico firme en su puesto á la cabecera de mi lecho, contando atentamente mis pul-

saciones; agradecida á sus constantes desvelos le dije con el mayor cariño:—Para vos será mi última flor.

»—¿Y tendrás fuerza para arrancarla?

»—Sí, la tendré; y resonó entonces una carcajada que me hizo temblar.

»—El médico hizo traer nuevas medicinas, le disputaba á la muerte su presa con una tenacidad asombrosa. Pedí que viniera mi amigo el sacerdote, y se presentó cadavérico, yo le dije muy quedito:—Os recomiendo mi historia, hacedla lo más racional que podáis, os lo suplico, os lo imploro.

»El pobre no se podía tener de pie, le pedí su mano y la encontré helada, hice un esfuerzo y cogí en el aire una pequeña florecita que puse en su diestra diciéndole: Conservad mi flor.

»—La conservaré.

»—No, no la conservaréis, la flor se marchitará cuando hayáis terminado mi historia.

»El médico quiso que toda la Comunidad rodeara mi lecho y yo dije á mis compañeras:—Si en algo os he faltado, no me odiéis, que el odio es una mancha indeleble que conserva el espíritu millones de siglos. Las monjas lloraban en silencio y se retiraban sin hacer el menor ruido, pare-

cía una legión de sombras y esto acabó de entristecerme, quise ver á los niños y á los ancianos; Agueda se opuso á ello temiendo que me emocionara demasiado y apresurara el desenlace por todos temido, pero yo me empeñé en ver á los ancianos y á los niños y fueron entrando en mi celda por grupos de á diez. ¡Cuántos niños y cuántos viejecitos recibieron mi bendición!.. sentí mucho cansancio y pedí que viniera Agueda, y á ella y al médico les dije:

»—Soy una luz que se apaga, pero antes que se apague del todo, quiero recoger una flor muy hermosa para el que tanto se ha desvelado por mí; y oí una voz que me dijo:—Si me perdonas tendrás la flor.

»—¡Te perdono!.. y la flor fué en mi mano, flor bellísima de vivos colores, en forma de lirio; se la dí al médico diciéndole:—No sé si tiene perfumes.

»—Sí, los tiene, embriagadores.

»¿Qué sucedió entonces? no lo puedo explicar: sólo sé que rugió el trueno, silbó el rayo, los relámpagos se sucedían los unos á los otros con tal rapidez que había una luz vivísima entorno mío; se desencadenó la más horrible y ruidosa tempestad; y oía voces que me decían:—¡Maldita seas! ¿Ya estás aquí? y otras voces más lejanas repetían:—¡Hosanna!..—¡hosanna! ¡bienvenida

seas! ¿Por qué has tardado tanto?... pero yo no me detenía á escuchar ni los insultos ni las alabanzas, ¡volaba! ¡volaba! volaba con una idea fija, sabia, sin ver donde estaba el término de mi viaje en aquellos momentos. No podía precisar si ascendía ó si descendía, yo sólo pensaba en llegar! y ¡llegué! ¡llegué hasta el fondo de insondable abismo y allí encontré á mi hermano Benjamín lleno de sangre y le dije gozosa:

»—¡Vengo por tí! la flor que tú me has dado ha sido el pacto de nuestra reconciliación. No me has negado el último deseo que he tenido en la tierra, me has dado una hermosa flor, ¿de qué substancias la formaste?

»—Con la sangre de mis sacrificios, por eso eran tan vivos sus colores.

»—¡Ven conmigo! y abandonamos el abismo donde brotaban las espinas y nos encontramos en un arenal sin flores ni abrojos, donde una luz vivísima nos hizo vernos mutuamente tal como éramos. Contemplé á mi hermano y le dije:—Tú y yo, somos dos culpables, tan miserables hemos sido el uno como el otro. Tú, traicionaste á un hombre, yo también lo traicioné antes que tú, los dos hemos sido traidores, en diversas épocas, los dos escogimos la misma víctima para faltar traido-

ramente á nuestro sacratísimo deber. Luchemos los dos para ser grandes, tú vé á un punto, yo á otro, y siempre que nos despojemos de nuestras vestiduras terrenales nos reuniremos para darnos cuenta mutuamente de nuestros adelantos y para llorar juntos nuestros desaciertos; y si durante el reposo de nuestro cuerpo necesitamos prestarnos fuerzas el uno al otro, ven á mí, que no te rechazaré, que entre dos traidores no debe reinar el odio, sino el deseo vehementísimo de borrar con nuestros sacrificios nuestro crimen de ayer.

.

»Miré después á la tierra y ví en mi Convento una verdadera revolución; mi celda se llenó de flores, las campanas tocaron á muerto, sin que manos de hombres las tocaran, la iglesia celebró honras fúnebres suntuosísimas, se mintió mucho, las mentiras se multiplicaron de un modo prodigioso, y mientras en la tierra me elevaban altares, yo me ocupaba en el espacio de estudiar la ciencia más difícil, ¡el saber perdonar!

»Doy por terminadas *mis memorias*, las que comenzaron con el nombre de Iris; cuantas omisiones encontréis en mi relato dignas de atención, dispuesta estoy á daros

explicaciones sobre ellas, porque quiero que ante todo resplandezca la verdad.

»El Espiritismo ahora está en sus primeros albores, estudiadle, profundizadle, en él encontraréis muchas historias, que muchos son los espíritus que desean contaros sus cuitas para enseñanza de incautos y escarmiento de fanáticos. Yo también, á ser posible, os daré nuevas instrucciones, que concluído no está mi trabajo; mas para ello, hay que esperar ocasión propicia, que como el tiempo no tiene fin, lo que no se hace en una existencia queda pendiente para otra, y con los mismos elementos que hoy he contado, contaré mañana, y con ellos seguiré mi trabajo, que mucho tengo que decir y mucho que aconsejar, y mucho que corregir respecto á las Comunidades religiosas. Seguid estudiando el Espiritismo, pues sólo estudiando sus fenómenos, sus transmisiones, sus presentimientos, sus intuiciones, sus videncias, todo cuanto en él se encierra de maravilloso, que no es otra cosa que la vida en acción, sólo así llegaréis á conocer la verdad inconcusa de la grandeza de Dios!»

IRIS.



APÉNDICE



No hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla, y pagada está ya la deuda moral que contraje voluntariamente con el espíritu de Iris, y le doy este nombre, ya que ella lo recuerda al terminar su historia é instructivas *Memorias* que las conceptuó un buen tratado de Espiritismo, ya que en ellas tanto se ocupa Iris de sus portentosas mediumnidades. Enseñar deleitando es el gran modo de escribir y el espíritu de Iris lo ha conseguido, logrando despertar el sentimiento, avivando la curiosidad, promoviendo polémicas más ó menos apasionadas. ¿Es su obra perfecta? no lo es ninguna que pasa por las manos de los hombres y las comunicaciones de Iris han sido dadas por un medium parlante y anotadas al vuelo por mi atención, y escribía con la mayor rapidez, y pedía á Iris su cooperación para copiar y ampliar más tarde

las notas escritas durante la sesión. ¿Estas múltiples transmisiones, no se prestan á cometer faltas que por involuntarias que sean, faltas son? Decía Cervantes, que las obras traducidas le parecían tapices de Flandes vueltos del revés, y esto mismo puede aplicarse á los trabajos medianímicos, no diré en su totalidad, porque hay obras bellísimas dadas por los espíritus, pero yo comprendo perfectamente que, en las *Memorias de Iris*, hay falta de unidad en muchos de sus episodios, lo que no encuentro extraño, porque se comenzaron á publicar el 18 de Febrero de 1897, concluyendo su publicación el 23 de Noviembre de 1899.

Durante ese tiempo, se tuvieron que interrumpir tres veces las sesiones medianímicas por diversas causas, y aunque el espíritu reanudaba muy bien su relato, los dos mediums que recibíamos su inspiración, estábamos siempre en buenas condiciones para recibirlas? No; porque habíamos estado enfermos, y el espíritu, más prudente que nosotros, bien hacía constar que estaba muy agradecido á nuestros buenos deseos, pero que era conveniente esperar. Yo bien comprendía que al espíritu le sobraba la razón, pero yo tenía tanto afán de saber la conclusión de sus luchas, y penalidades y eran tantos también los espiri-

tistas que me preguntaban continuamente por las *Memorias de un Espíritu*, que sacaba fuerzas de flaqueza, y en realidad me sentía más fuerte escuchando al medium parlante y copiando al vuelo sus palabras; pero no son éstos los mejores procedimientos para hacer trabajos literarios; por eso las *Memorias de un Espíritu*, distan mucho de ser una obra perfecta, aspiración que indudablemente no la tuvo tampoco el espíritu de Iris, porque de haberla tenido, hubiera buscado otros intérpretes para sus pensamientos, mas ella bien claramente lo dijo: le bastaba nuestra buena voluntad, para demostrar lo fácil que es caer en el abismo del crimen y lo difícil que es ascender á la cumbre de la virtud, de la abnegación y del sacrificio.

La síntesis del trabajo de Iris es ésta: ¡Ay del que cae gozando en su caída! porque para él *será el crugir de huesos y el rechinar de dientes*, y como desgraciadamente son muchos los que gozan encenagados en el crimen, bien se necesita hablar muy alto y presentar ejemplos para demostrar que en la eterna vida del espíritu el criminal se condena á sí mismo á trabajos forzados millones y millones de siglos.

Respecto á las religiones, todo aquel que tiene sentido común comprende que las

religiones han sido en todos los tiempos las parodias de la religión, porque no hay más que una religión sacrosanta, el amor á la humanidad. No hay mejor religión que la religión de una conciencia honrada. Los deberes religiosos del hombre son éstos: el *resistir*, el *reformular* y el *adquirir*. Resistir los embates de la vida, reformar nuestras costumbres, y adquirir grandes conocimientos para comprender la grandeza de Dios irradiando en la naturaleza, y de estas racionales enseñanzas ha hecho uso Iris tan acertadamente, que ha destruído los cielos, los infiernos, y ha desenmascarado á los santos, ha demostrado que los milagros no son otra cosa que las manifestaciones de leyes desconocidas para la vulgaridad y ha dado á los espiritistas lecciones muy provechosas, siendo su última desencarnación asunto de profundo estudio, profundísimo, para todos aquellos que piensan que al dejar la tierra se codean con los espíritus superiores y se van por esos mundos de Dios, los que creen en la pluralidad de mundos, y en la pluralidad de existencias del alma.

Mucho hay que estudiar en las *Memorias de un Espíritu*; dichosos de aquellos que al estudiarlas digan: ¡qué fácil es caer!... ¡y qué difícil es levantarse!... ¡qué resbaladiza

es la pendiente del crimen!... ¡qué pedregosa es la cuesta de la abnegación y del sacrificio!... ¡Señor! ¡qué malo es ser malo!... ¡Gran Dios!... ¡qué bueno es ser bueno!...

*
* *

El 23 de Noviembre de 1899, escribí el principio de este apéndice; desde entonces han transcurrido cerca de cinco años, y al leer nuevamente las *Memorias de un Espíritu*, creo que debo ampliar mis consideraciones sobre la obra medianímica que obtuvimos juntos el medium parlante del Centro «La Buena Nueva» y yo.

Las *Memorias de un Espíritu* hay que saberlas leer, hay que buscar en ellas no lo que *dicen* precisamente, sino lo que quieren *decir*, porque si bien cuanto refieren respecto á los fenómenos producidos por las poderosas mediumnidades de Iris, son relatos verídicos, porque en nuestros días continuamente se dan á conocer mediums que ofrecen flores y plantas y aves, y se obtienen comunicaciones en las cuales los mediums no emplean ni el lápiz ni la pluma, sino que entre dos pizarras ata-

das cuidadosamente se oye como el lápiz corre sobre el papel que está entre las dos pizarras, y el espíritu contesta á preguntas mentales ó á temas escritos encerrados y lacrados dentro de un sobre, y se fotografía á los espíritus y se materializan los seres de ultratumba, hasta el punto de que hablan y estrechan la mano de los asistentes á la sesión, y no queda la menor duda á la familia de los aparecidos, de que han visto y han hablado con sus deudos, y la ciencia afirma y demuestra con pruebas y con experimentos científicos, que tras de la tumba se desarrolla la verdadera vida, la vida del alma con sus recuerdos imborrables, con sus amores profundos y con sus odios violentos; todo lo referente en las *Memorias* de Iris á su poder magnético, á su fuerza de voluntad y á las diversas mediumnidades que poseía, todo puede admitirse como artículo de fe, porque todo responde á las leyes naturales de la vida, que no por ser ignoradas la mayoría de ellas dejan de haber existido y de haber funcionado por medio de seres preparados por sus condiciones especiales para producir fenómenos, que en realidad no son tales fenómenos, no son otra cosa que manifestaciones de fuerzas desconocidas por la generalidad, energías ocultas que trabajan

activamente cuando encuentran quien las haga trabajar.

En la noche de los tiempos, cuando no se conocía otra luz que ahuyentara las tinieblas que las antorchas de resinosa tea, si entonces hubiera sido posible hacer uso de la electricidad como en nuestros días y lámparas de gran potencia hubieran iluminado los bosques, ¿qué asombro no se hubiera producido?... ¿qué espanto no hubieran sentido los que creían que no podía haber otra luz que la que ellos usaban? Y sin embargo, en la tierra existían todos los componentes necesarios para producir lo que se ha producido muchos siglos después.

Cada mundo es un laboratorio, en el cual hay todos los elementos para hacer experimentos científicos, y los trabajadores van llegando cuando hacen falta. Iris llegó á la tierra, en su última encarnación, en una época de fanatismo religioso muy acentuado, sin que ese fanatismo fuera óbice para que, á la sombra de la religión del Crucificado, se cometieran grandes infamias, se atormentara sin piedad á los libre-pensadores, y unos por temor, y otros amedrentados por la tiranía clerical, abdicaban de su voluntad y se constituían en mansos corderos para tener derecho á la vida, y

poder vivir tranquilos lejos de las hogueras del Santo Oficio.

Reinaba en absoluto el soberano de las tres coronas, la tiara del Santo Padre era el imán de todas las miradas, las Comunidades religiosas eran numerosos rebaños de humildes corderos, donde no faltaban lobos disfrazados con la piel de oveja, que cuando no veían satisfechos sus impuros deseos ó su afán de mando, levantaban falsos testimonios á los desobedientes y se llenaban las cárceles religiosas de un sinnúmero de infelices, que morían víctimas de sus delatores.

El miedo á la muerte hacía cometer muchos desaciertos, y las mujeres se prostituían para obtener la gracia de la vida fuera del modo que fuera; las unas en las celdas de los monasterios, las otras en su hogar, la cuestión era vivir, era libertarse de los autos de fe.

La hipocresía se enseñoreaba de las naciones donde imperaba el poder de Roma, y España, fanática como ninguna otra nación, era la que cometía sin piedad los mayores crímenes en nombre del Crucificado, y en tan mala tierra nació Iris, que indudablemente era el lugar que le pertenecía para pagar una de sus deudas de ayer y es innegable que tuvo buena elección, demos-

tró poseer un gran talento encarnando en un país infestado por la peste religiosa, siendo ella un espíritu adelantadísimo, que por lo mismo que había pecado mucho tenía gran conocimiento de la ciencia de la vida; y sabía por experiencia que no hay más que un Dios cuya ley es el amor universal, y que si bien las religiones al dar sus primeros pasos habían moralizado á los pueblos, después sus sacerdotes fueron vencidos por la lascivia, dominados por la ambición de bienes terrenales y en nombre de Dios se cometieron horribles delitos que llenaron de espanto á los pueblos. Y cuando se llega al colmo de la degradación, cuando las creencias religiosas en vez de levantar al espíritu de su postración, lo hunden y lo encenagan en los vicios, cuando hacen falta reformadores, éstos llegan; por eso llegó Iris, con su clara inteligencia, con su amor á la verdad, con su adoración á Cristo, con sus maravillosas mediumnidades, con su voluntad inquebrantable, con su culto á la justicia divina, con su maternal desvelo por los desheredados, con sus múltiples energías para no desmayar ante las infamias de los grandes y las ingratitudes de los pequeños: y para cumplir su gran misión, para regenerarse y regenerar á los demás, era necesario que

encontrase en ella misma cualidades excepcionales, condiciones especialísimas para producir los fenómenos que producía, que eran la admiración de todos, dándole á ella el íntimo convencimiento, la lógica certidumbre de la continuación de la vida, con sus odios, con sus amores, con sus deseos, con sus esperanzas, con sus desalientos; era necesario que se convenciera de que la muerte no es más que un telón que cae en el escenario de la vida, un cambio de decoración y nada más, que *allá* como *aquí* se odia y se ama, que *allá* como *aquí* el espíritu trabaja para su progreso ó para su estacionamiento, según sus aptitudes y su voluntad y el desarrollo de su inteligencia.

El que duda, no puede imponerse á los demás; hay que creer, para hacer creer á los otros: por eso Iris trabajó con tanto aprovechamiento porque creía en la supervivencia del alma y en su progreso indefinido, y creía porque ella encontraba en sí misma motivos poderosos para creer. ¿Cómo no creer? ¿cómo no aceptar aliados de ultratumba, cuando producía verdaderos milagros (valga la frase), sólo con su voluntad? Y aún cuando ella desconociera muchas leyes cuyos efectos se manifestaban por su mediación, tenía el suficiente raciocinio para no admitir el poder de las influencias

diabólicas, su clara razón le decía que en el Universo no hay más poder que el de Dios, y sus leyes eternas, leyes emanadas de su sabiduría, leyes justas, leyes inmutables, leyes que son la base indestructible de todas las ciencias, auxiliares incansables de todos los sabios, que hacen descubrimientos importantísimos en las entrañas de la tierra, en el fondo de los mares, en las inmensidades de los cielos, ¿y todo á qué obedece? A la grandeza de Dios, á la perfección de su obra; el hombre no necesita más que querer para encontrar cuánto sueña su acalorada fantasía. Iris estaba persuadida de que sólo una fuerza actuaba en el Universo: la omnipotente voluntad de Dios; amaba á Dios porque en sí misma hallaba algo divino que emanaba de El, y como le *veía* tan de cerca, creía en su poder y en su amor superior á todos los amores, por eso Iris fué en su esfera de acción una verdadera reformadora de las costumbres religiosas y como tal, sufrió la persecución que merecía su obra meritoria. ¡Ahí es nada! ¡decir la verdad donde imperaba la mentira! ¡arrancar el antifaz á los enmascarados inquisidores! ¡derribar los ídolos y adorar á un solo Dios!... ¡Crear asilos para los pobres, en vez de levantar suntuosas catedrales!... Por mucho menos

se llevaba á los racionalistas á la hoguera; y en medio de todo, suerte tuvo Iris de poder morir en su lecho rodeada de seres cariñosos que aunque no comprendían lo que ella era, pues tan pronto la creían iluminada por el espíritu santo, como poseída por el mismo Satanás, veían en ella lo que no veían en nadie más, y como todo lo *sobrenatural* atrae y para las gentes de aquella época, Iris ó era una santa, ó era una bruja ó una endemoniada, pero que de todos modos era un sér excepcional, que inspiraba curiosidad, interés, miedo, algo distinto de lo que inspira la generalidad, lo cierto es, que hubo manos piadosas que cerraran sus ojos, que las flores cubrieron sus restos, que la Iglesia romana elevó sus preces, y más tarde la hizo *santa* atribuyéndole todos los milagros habidos y por haber: cuando en realidad no fué más que un espíritu de larga historia, culpable en muchas existencias, que á fuerza de sufrir se decidió á enmendar sus yerros, empleando todas sus energías para engrandecerse, como antes las había utilizado para degradarse.

En mi concepto las *Memorias de Iris* son de gran enseñanza para los que nos dedicamos al estudio del Espiritismo, y para los que creen todavía en la utilidad que dan

á los pueblos las comunidades religiosas.

La vida de Iris como fundadora y reformadora de las órdenes y asociaciones religiosas, es digna de estudiarse para convenirse de que las religiones no quieren vivir en la luz, sino en la sombra; son los topos de los siglos, que trabajan siempre debajo de tierra, y acostumbrados á la oscuridad, la luz les ciega. Por eso Iris fué víctima de los ciegos que la rodeaban, que no podían comprenderla lo bastante para amarla, pero sí lo suficiente para envidiar su grandeza y la elevación de su alma. Entre los miserables, siempre han servido de estorbo los espíritus superiores, porque con sus relevantes virtudes han puesto de manifiesto la inferioridad de los seres degradados y por envilecido que esté un hombre, no quiere que los demás conozcan su degeneración, y como Iris era un espíritu admirable por su amor al bien, por la rectitud de su conciencia, por los hábitos de justicia, por el profundo conocimiento que tenía de las leyes de Dios, leyes que ella practicaba con el mayor entusiasmo, porque veía en ellas todo lo grande, todo lo bueno, todo lo sublime que puede reinar no solamente en la tierra, sino en todos los mundos que giran en el éter, porque no hay más que una ley: el amor univer-

sal, y en los mundos más felices no tiene la felicidad de sus habitantes más cimientos que el amor mutuo, la prueba la tenemos en la tierra. ¿Qué sér es el que ama más en este planeta? La madre. La madre, aunque reconozca los defectos de sus hijos, los oculta cuidadosamente y, si llegan á ser criminales, muchas madres se han declarado culpables para salvar del cadalso á sus hijos; y en el hogar donde reina una madre, aunque la desgracia extienda sus negras alas, siempre hay momentos de relativa tranquilidad y si esto sucede en un lugar donde la mayoría de las familias se compone de enemigos irreconciliables, que se unen para extinguir odios y para comenzar el difícil ensayo de quererse recíprocamente, si en medio de tantas espinas el amor de las madres hace brotar algunas flores, ¿qué no sucederá en los mundos donde no se conozcan ni las enemistades, ni los celos, ni las envidias, ni los rencores, ni ninguna de las malas pasiones que se agitan en la tierra? Serán verdaderos paraísos, oasis encantadores, donde las virtudes de todos sus moradores serán la mejor garantía de su progreso y de su felicidad.

Iris, con su doble vista, con su profunda experiencia adquirida en muchas encarna-

ciones, presentía, adivinaba, mejor dicho, *veía claramente* la vida del mañana, vida de paz, vida de amor, vida de inalterable felicidad, vida que para gozar de ella bastaba únicamente cumplir la ley de Dios, por eso ella la cumplía, porque sabía lo que le esperaba después, no al dejar este mundo precisamente; porque en la vida eterna y en el progreso indefinido del espíritu, los plazos son muy largos, los siglos son menos que segundos en el reloj de la eternidad, ¿pero qué importa? *no hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla*; de consiguiente, cuando el espíritu se despoja por completo de su manchada vestidura aunque cuente muchos siglos de existencia, es tan niño como si acabara de nacer, porque si puede contar los siglos que ha vivido, no podrá hacer la suma de los siglos que vivirá, vino del infinito y al infinito va; á ciencia cierta no sabe en qué época empezó á sentir, y no sabrá jamás cuándo la luz de la esperanza dejará de brillar en su mente y la voz de su conciencia dejará de vibrar en su pensamiento. El espíritu adelantado, el que sabe emplear bien su tiempo, sabe únicamente que vivirá siempre, esto lo sabía Iris, por eso empleó tan bien su existencia y supo resistir las emboscadas y las traiciones de sus ene-

migos; enemigos que necesariamente tenían que atormentarla, porque no hay redentor que no crucifiquen, y más si el redentor se ocupa de asuntos religiosos, porque las religiones todas ellas se han creído con derechos indisputables para esclavizar á los pueblos, apoderándose de los hombres en la cuna, y no dejándolos libres de su servidumbre hasta que han enterrado sus restos. Los religiosos han sido tan consecuentes para ejercer su poderío y su tiranía, han empleado tantas y tan malas artes para ocultar la luz de la verdad, que si todos sus esfuerzos los hubieran empleado en practicar la ley de Dios, la tierra sería hace muchos siglos uno de los mejores talleres del Universo, uno de los grandes laboratorios donde encontrarían los sabios todos los elementos indispensables para estudiar la grandeza de Dios en la naturaleza, y los buenos, los humildes, los limpios de corazón, hallarían raudales de amor con que saciar su sed de infinito.

Iris sabía todo esto, conocía la perniciosa enseñanza de las religiones, sabía también que el que conoce la verdad tiene obligación de hacerla conocer á los demás, y cumplió religiosamente su cometido con sus palabras y sus hechos; ella bien sabía que la tenían por hechicera, por bruja, por en-

demoniada, porque hacía cosas que no hacían las demás gentes, puesto que con la imposición de sus manos curaba á los leprosos, daba vista á los ciegos y hacía andar á los tullidos; pero ella hacía el *bien* por el *bien* mismo, sin inquietarse por las tribulaciones que sobre ella caerían, ¡qué alma tan grande! ¡qué altruísmo tan verdadero era el suyo! ¡qué valor tuvo para encarnar en un país tan levítico y tan hipócrita como ha sido siempre la fanática España!

¡Cuán firmes fueron sus propósitos de enmienda! ¡la Iglesia la hizo santa, y en verdad que si el heroísmo puede ser calificado de santidad, ¡santa fué! porque supo resistir todas las acechanzas de sus enemigos y desenmascaró á muchos padres de la Iglesia, haciéndoles comprender las responsabilidades que adquirirían para el porvenir.

Luchó valerosamente con sus pasiones, porque era una mujer de carne y hueso como las demás, y amaba á Jesús con su alma; pero su cuerpo era del mismo barro con que están formados los terrenales, y soñaba con el amor de un hombre, y con los besos de los tiernos seres, que hubieran sido carne de su carne y hueso de sus huesos, encarnando en sus entrañas.

Iris no era una histérica, no era una mujer enferma y desequilibrada, hubiera sido una esposa modelo y una excelente madre de familia, si la religión no la hubiera obligado á ser madre sin hijos, y esposa sin esposo.

Iris sufrió verdaderamente el tormento de Tántalo, se veía amada y tenía que rechazar el agua de la vida, ¡tantas familias como supo unir con sus buenos consejos, y ella tuvo que vivir íntimamente sola! rodeada de seres envidiosos, que no le podían perdonar su elevación moral é intelectual, y sólo después de muerta, cuando no les podía hacer sombra, sino que muy al contrario, ellos se engrandecían reconociendo su grandeza, entonces sobraron las alabanzas, entonces se la consideró como madre de los afligidos, entonces se rindió tributo de admiración á sus proyectos de reformas religiosas, entonces le restituyeron una mínima parte de lo mucho que le habían usurpado de sus bienes espirituales; entonces no fué bruja, ni hechicera, ni endemoniada, entonces fué una santa milagrosa, y entonces mintió la Iglesia como ha mentido siempre; porque Iris no fué ni hechicera ni santa, fué una medium admirable, un enviado del infinito para dar luz á algunas inteligencias, para allanar el camino

á los espiritistas del porvenir, su poder magnético hizo prodigios, la potencia de su voluntad atrajo á innumerables espíritus que por ella se manifestaron en forma de flores, de focos luminosos, de nubes de colores, de figuras angélicas y terroríficas, según la clase de espíritus que la rodeaban; porque los mediums muy desarrollados tropiezan con muchos inconvenientes; no todo son glorias, hay también sus escollos, y escollos peligrosísimos, porque como no hay nadie en este mundo que no tenga enemigos, cercanos ó lejanos, Iris los tenía, porque era muy natural que los tuviera, puesto que había vivido mucho, y no siempre había empleado su tiempo en obras de misericordia, y aunque lo hubiese empleado, basta ser superior á los demás, para despertar envidias ó celos; sólo las medianías, sólo los individuos insignificantes, son los que se ven libres de la malevolencia de los envidiosos, y como Iris era una verdadera notabilidad, y cuando quiso ser buena llegó al heroísmo, naturalmente fué el blanco de todas las envidias, de los terrenales y de los de ultratumba. Sus compañeros de otro tiempo no querían soltar su presa, creían que debía pertenecerles por toda la eternidad, y por eso la rodeaban de continuo y la atemori-

zaban simulando rayos y truenos, en tanto que sus enemigos más cercanos, celosos de su elevación moral é intelectual la hacían el blanco de las calumnias más crueles, y como ella no se arredraba ante la lucha, y mientras más obstáculos encontraba á su paso, más firme y más enérgica y más potente era su voluntad, su vida hubiera sido un verdadero infierno, á no estar tan bien rodeada de espíritus superiores; si no hubiera sido por ellos... ¡pobre Iris! todos sus buenos propósitos de enmienda se hubiesen asemejado á los fuegos fatuos que brillan momentáneamente sobre las tumbas, cual burbujas de jabón espumoso se hubiesen deshecho al menor soplo de la brisa; pero nunca están solos los buenos trabajadores; y no lo están, porque su actividad, su perseverancia, su afán, su deseo de progresar atrae á los obreros del espacio; las almas dispuestas al sacrificio, á la abnegación sin límites, al verdadero heroísmo, siempre encuentran quien les ayude á llevar su cruz; por eso Iris nunca estuvo sola, y en los momentos más críticos de su azarosa existencia siempre resonaron en su oído palabras de consuelo y de esperanza, siempre vió ante su vista al amado de su alma, ¿no había de verle? si lo llevaba fotografiado en su imaginación, si vivía

en él, si era su gloria y su tormento, porque era su recuerdo y su esperanza, necesitaba recordar su pasada infancia para no cejar en su empeño de purificarse y de engrandecerse.

Y en verdad que supo cumplir su cometido, luchó heroicamente con el obscurantismo de su época, con el fanatismo religioso, que es el peor de todos los fanatismos; y sin embargo, ante la eterna vida del espíritu, su existencia de religiosa, con sus angustias, con sus desengaños, con sus persecuciones, con sus martirios, no pudo inclinar el platillo de la balanza donde se pesan eternamente las obras buenas y malas de los espíritus. Iris al dejar la tierra se encontró en un arenal donde no brotaba una flor, ella misma lo refiere diciendo así:

«¿Qué sucedió entonces? no lo puedo explicar: sólo sé que rugió el trueno, silbó el rayo, los relámpagos se sucedían los unos á los otros con tal rapidez que había una luz vivísima entorno mío; se desencadenó la más horrible y ruidosa tempestad; y oía voces que me decían: ¡Maldita seas! ¿Ya estás aquí? y otras voces más lejanas repetían: ¡Hosanna!... ¡hosanna! ¡bienvenida seas! Por qué has tardado tanto?... pero yo no me detenía á escuchar ni los insultos ni

las alabanzas, ¡volaba! ¡volaba! volaba con una idea fija, subía sin ver donde estaba el término de mi viaje en aquellos momentos. No podía precisar si ascendía ó si descendía, yo sólo pensaba en llegar! y ¡llegué! ¡llegué hasta el fondo de insondable abismo y allí encontré á mi hermano Benjamín lleno de sangre y le dije gozosa:

»—¡Vengo por tí! la flor que tú me has dado ha sido el pacto de nuestra reconciliación. No me has negado el último que he tenido en la tierra, me has dado una hermosa flor, ¿de qué substancias la formaste?

»—Con la sangre de mis sacrificios, por eso eran tan vivos sus colores.

»—¡Vén conmigo! y abandonamos el abismo donde brotaban las espinas, y nos encontramos en un arenal sin flores ni abrojos, donde una luz vivísima nos hizo vernos mutuamente tal como éramos. Contemplé á mi hermano y le dije:—Tú y yo, somos dos culpables, tan miserables hemos sido el uno como el otro. Tú traicionaste á un hombre, yo también lo traicioné antes que tú, los dos hemos sido traidores en diversas épocas, los dos escogimos la misma víctima para faltar traidoramente á nuestro sacratísimo deber. Luchemos los dos para ser grandes, tú vé á un punto, yo

á otro, y siempre que nos despojemos de nuestras vestiduras terrenales, nos reuniremos para darnos cuenta mutuamente de nuestros adelantos y para llorar juntos nuestros desaciertos; y si durante el reposo de nuestro cuerpo necesitamos prestarnos fuerzas el uno al otro, vén á mí, que no te rechazaré, que entre dos traidores no debe reinar el odio, sino el deseo veheméntísimo de borrar con nuestros sacrificios nuestro crimen de ayer».

»Miré después á la tierra y ví en mi Convento una verdadera revolución; mi celda se llenó de flores, las campanas tocaron á muerto, sin que manos de hombres las tocaran, la iglesia celebró honras fúnebres suntuosísimas; se mintió mucho; las mentiras se multiplicaron de un modo prodigioso, y mientras en la tierra me elevaban altares, yo me ocupaba en el espacio de estudiar la ciencia más difícil: *¡El saber perdonar!*».

La vuelta de Iris al espacio encierra tan profunda enseñanza, que no encuentro frases para hacer resaltar todo su valor: los espiritistas, especialmente, son los que más deben fijarse en ella, porque muchos creen, que con una existencia consagrada al bien,

han borrado todas las manchas de sus culpas anteriores y al dejar la tierra van á salir á su encuentro ángeles y serafines entonando cánticos celestiales: los que tal creen, están en un error, pero como es un error tan agradable, no quiere la generalidad analizarlo, porque la lógica y el sentido común, parece que son enemigos irreconciliables de la humanidad que tiene total empeño en alimentarse con sofismas y mentiras.

El Espiritismo no lo estudia; la mayoría de los llamados espiritistas creen que existen los espíritus, porque hacen danzar las mesas, porque hay obsesados que gritan y vociferan en un idioma que no es el suyo, porque cambian los muebles de lugar sin que nadie los toque; reconocen la existencia de fuerzas ocultas, y aquí paz y después gloria. Y en honor á la verdad, el Espiritismo merece un estudio más profundo y más detenido, y á él nos invita las *Memorias de Iris*, narración interesante, que *enseña deleitando*, porque describe con lujo de detalles la lucha de un espíritu ávido de progreso y de verdad; espíritu animoso que no le concede valor alguno á la palabra *imposible*; para él no existe el imposible en ningún sentido: si existiera, si Dios le hubiese dicho á un hombre *de ahí no pasa-*

rás, sobraba el lugar donde la planta humana no pudiera posarse, ó sobraba el hombre que tenía que ignorar lo que deseaba saber.

En mi concepto, Iris ha hecho un gran servicio á la causa del Espiritismo, con la relación de algunos sucesos de su larga y accidentada historia; porque ha demostrado que, por mucho que se luche, y se trabaje, y se alborote y se vocifere para ensalzar un credo religioso, filosófico ó político-social, si el propagandista tiene en su hoja de servicios algunas notas desfavorables, no entrará al dejar la tierra en el reino de los cielos, no; eso se queda para las religiones, que con un minuto de contrición, y un *yo peque* lleno de lágrimas y de babas, ya es lo suficiente para sentarse á la diestra de Dios padre, pues dicen muy formalmente que mientras más grande es la ofensa, es más grande el que perdona.

¡Palabras y palabras, nada más! La verdad y la justicia miden de otra manera el tiempo y penetran más á fondo en la conciencia del hombre.

Bueno, muy bueno, buenísimo es trabajar en las moralizaciones de las costumbres; bueno, muy bueno, buenísimo es aconsejar el olvido de las ofensas, pero si el que aconseja recuerda de continuo las

que ha recibido, al llegar al espacio se encontrará en un *arenal* sin *flores* ni *abrojos*, pero inundado de una luz vivísima que le hace verse de cuerpo entero, como se vió Iris.

Aquí nos engañamos los unos á los otros muy fácilmente; y hasta nos engañamos á nosotros mismos; que nos pasa lo que acontece á los embusteros de profesión, que llegan á creer que dicen la verdad, pronunciando una sarta de mentiras; pero *allá* se hila más delgado; *allá* los pensamientos más recónditos son descubiertos; *allá* no se miente; la mentira no tiene raíces fuera de la tierra.

Aconsejo á los espiritistas que estudien las *Memorias de un Espíritu*, y digo que las estudien, porque hay que leer entre líneas; leídas como se lee una novela (que se lee de corrido), parecerá una historia más ó menos interesante, pero fijándose en lo que quieren decir ciertos párrafos, escritos en sentido metafórico, se encontrarán profundas enseñanzas sobre la supervivencia del alma con sus vicios y sus pasiones, con sus odios y sus simpatías, con sus creencias religiosas, con su disolvente panteísmo y su ateísmo sin esperanza.

En sus páginas encuentra el afligido un consuelo á sus dolores; el indolente des-

pierta de su letargo y trabaja en su regeneración; el culpable recobra nueva vida al ver que en el Universo no hay puertas cerradas para los hombres de buena voluntad, que con el trabajo y el agua de los siglos se borran todas las manchas causadas por los crímenes, y que los espíritus más enfermos recobran su salud moral perdonando y olvidando las ofensas; mientras se recuerde el nombre del enemigo, el espíritu más adelantado, el que parezca más perfecto, por su religiosidad y por sus conocimientos científicos, irá de mundo en mundo como el *Judío errante* de la leyenda, sin encontrar una piedra donde reclinar su cabeza. El recuerdo de las ofensas es la semilla del odio, y hay que arrancar de raíz tan maléfica semilla.

Cuando nos entreguemos á la oración, que no hay espíritu que no ore (cada cual á su manera), si nos asalta el recuerdo del daño recibido, no sigamos orando, nuestra oración será un conjunto de palabras sin sentido: no profanemos el lenguaje de las plegarias; para dirigir nuestra súplica á Dios, tenemos que estar como los niños: *limpios de corazón*, lo que en realidad es muy difícil, difícilísimo; porque parece mentira, pero es verdad, que la memoria sea el album de nuestros recuerdos más le-

janos. En la lucha de la vida, suele olvidar el hombre lo que hizo en la hora anterior, pero recuerda perfectamente lo que le aconteció en su infancia; y si se recuerdan hechos insignificantes, con mucha más razón se recordarán los agravios recibidos; ¡hacen tanto daño!... ¡desgarran tan cruelmente nuestros corazones!... Y no solamente sentimos las heridas que nos causan directamente, sino que sentimos también las que infieren á nuestros amigos, y en el primer momento de ver la desolación de nuestros compañeros más queridos, quisiéramos exterminar á los culpables para que no causaran más víctimas con su inícuo proceder.

Ya dice un antiguo refrán: *no comas con el enemigo*, esto es, no le trates, no estés en contacto con él; no te arrimes demasiado al fuego, que puedes abrasarte; ni emprendas jornada cuando esté nevando, que puedes resbalar y caer. Todo esto aconsejan los hombres experimentados, que han naufragado en el golfo agitado de la vida; pero estos hombres, indudablemente desconocían por completo la supervivencia del alma y la continuación de su historia; sólo se referían á una sola existencia; creyendo que en la tumba terminaban todos nuestros anhelos y contratiempos, pero no es

así; el alma sigue en peregrinación eterna; las encarnaciones se enlazan unas á otras, porque así lo exige la historia de cada espíritu, que son muy frecuentes los casos de volver juntos y vivir bajo un mismo techo varios individuos que formaron una familia, familia que vuelven á formar cambiándose únicamente los papeles y el sexo, pues, sabido es, que la madre autoritaria de ayer, suele volver convertida en hija sumisa y obediente, y así sucesivamente van los espíritus aprendiendo en la práctica de la vida á ser prudentes, á ser honrados, á ser respetuosos, á no desear bienes ajenos, y á contentarse con lo que les cupo en suerte poseer.

Y no sólo encarnan juntos los espíritus que repetidas veces forman familia, sino que á veces, el enemigo más implacable, cual lobo hambriento busca el rebaño de sus víctimas, y encarna en una de ellas para comenzar juntos el trabajo más difícil, el más imposible de realizar, el que se unan por medio del amor la víctima y el verdugo.

Las familias formadas por enemigos irreconciliables, abundan tanto en la tierra, que no hay números suficientes para formar la suma de ellas, y lo mismo en los palacios de los Césares, que en las chozas

de los esclavos, se desencadenan tempestades horribles, los odios de los unos chocan con la indignación de los otros, y más de una vez hay padres que matan á sus hijos, y éstos cuando se dejan llevar de sus perversos instintos, matan á sus padres y se dice: ¡Qué horror! ¡qué infamia! ¡desatar así los lazos de la sangre!... ¡palabras vanas! los que unen á los seres, son los lazos del espíritu: éstos sí que nunca se rompen, los de la carne se deshacen fácilmente, no hay más que visitar los *almacenes de niños*, como llamaba Eusebio Blasco á las inclusas, ó sean las casas de maternidad, y todos aquellos infelices antes de nacer ya son huérfanos, son hijos de la lascivia, del vicio, de la prostitución, sin que el amor espiritual se haya ocupado de ellos ni un segundo.

Por lo mismo que es lo más difícil para el espíritu, olvidar las ofensas que recibe y con su olvido perdonarlas; por eso todas las comunicaciones de los buenos espíritus, y todas las obras espiritistas que sirven de fundamento al Espiritismo, cuando se ocupan del adelanto y del progreso de los terrenales, todos los escritores de *aquí* y de *allá*, dicen lo mismo: Sin el perdón de las ofensas no se pueden escalar los cielos, hay

que compadecer á nuestros enemigos y hay que hacer más aun, hay que amarlos.

¡Imposible!... ¡imposible! decimos los que tenemos siquiera la virtud de la franqueza; no todos vienen para ser Cristos en este mundo.

Para eso venís, nos dicen los espíritus buenos. ¿A qué pensáis que vino Cristo? á enseñaros el camino que debíais seguir, á servirnos de ejemplo: su misión no fué otra que demostraros con hechos la virtualidad de sus palabras; porque si las palabras no van acompañadas de las obras, de nada sirven, son como la lluvia que cae fuera de tiempo, que no beneficia los campos.

¿A qué pensáis que es debido el despregio de todas las religiones? á que la mayoría de sus sacerdotes dicen desvergonzadamente: *Haced lo que os digo, mas no lo que hago*, que no hay hombre que no sea falible y no esté libre de caer en tentación.

¡Vanos subterfugios!... la tentación se rechaza cuando se quiere rechazar, lo que hace falta es querer. Dios no nos pudo crear para ser eternamente juguete de nuestras pasiones, por eso nos dió el infinito del tiempo para educarnos, para instruirnos, para fortalecernos y regenerarnos.

Lo que mucho vale, mucho cuesta, dice un antiguo adagio y es una gran verdad,

por eso nos cuesta tanto olvidar las ofensas y amar á los que nos hieren; y el caso es, que no tenemos otro camino que recorrer más que el del olvido y el del perdón si queremos asegurar nuestra dicha venidera, si no queremos estar expuestos continuamente á que nos pidan hospitalidad lobos disfrazados con piel de oveja, que más tarde conviertan nuestro hogar en un infierno.

Los que conocemos el Espiritismo, debemos huir de ese peligro, el más terrible de todos, el odiar á uno de nuestros hijos, ó á nuestro padre, convirtiéndonos á veces en un nuevo Caín, asesinando á nuestro hermano, no precisamente haciendo uso del puñal homicida; hay muchos modos de matar, hay miradas que matan como el rayo, hay palabras dichas con tanto encorno, que producen la locura al infeliz que las escucha, y hay que huir de formarnos familia de enemigos, y de esta desgracia nadie nos puede librar, aunque cada día encarnara en la tierra un redentor y todos ellos se sacrificaran por salvar á la humanidad; los que guardaran en el fondo de su corazón un átomo de odio á su enemigo, esos no se salvarían, para ellos sería nulo el sacrificio de los Redentores.

Esto es muy triste, muy desconsolador

si se quiere, porque hay personas que todo lo esperan de los demás, pero esperan en vano; los redentores señalan el camino que deben seguir los pecadores, ni más ni menos: y el pecador anda, corre, vuela, ó se detiene en mitad de la jornada, haciendo uso del poder de su voluntad; irremisiblemente tiene que progresar, pero no á plazo fijo; puede emplear todo el tiempo que necesite su actividad ó su indolencia, esto es todo, pero la redención es obra de uno mismo, y así debe ser, porque nadie lleva más carga que la que le pertenece y nadie está obligado á librarse de su peso, más que aquel que con sus malas artes se hundió en el fango de la iniquidad.

Por esto el estudio del Espiritismo lo rechazan muchos, en particular los que se creen grandes por su ciencia, ó por sus virtudes de relumbrón, de los que hay que decir:

El señor D. Juan de Robres
fundó este Santo Hospital,
(pero antes hizo los pobres).

Todos aquellos que se han acostumbrado á ser *celebridades*, no quieren tratos con los espíritus, es natural, nadie que se cree rico quiere convencerse de que es po-

bre, y los espíritus son muy hábiles para desenmascarar á los enmascarados, ya pueden éstos usar trajes de brocado y mantos de púrpura orlados de armiño y ceñir sus sienes con áureas coronas, que les dicen cuando llega el caso la sombra que hay en su pasado y las tribulaciones que les reserva el porvenir, pero como la verdad se impone y el Espiritismo es verdad, y las comunicaciones de los espíritus son innegables, y ha sonado la hora en el reloj de los tiempos, señalando el momento solemne de la comunicación entre los *muertos* y los *vivos*, los primeros han lanzado el grito de alerta y los segundos han tenido que oír á pesar suyo el toque de llamada, y quieras que no quieras se han formado centros espiritistas, y muchos sabios se han dedicado al estudio de los fenómenos del Espiritismo y los unos negando la existencia de los espíritus, y los otros fotografiando, el resultado final es que los *muertos* hablan con los *vivos*, y no brevemente, sino muy al contrario, sus conversaciones suelen durar años enteros, prueba de ello son las *Memorias de Iris*, en las cuales un espíritu, *pequeño* ayer, y *grande* hoy, relata una parte de su azarosa vida, en la que luchan encontrados sentimientos, recuerdos sombríos y esperanzas luminosas, firmes pro-

pósitos de enmienda y desfallecimientos y desilusiones de pecador reincidente, y por último, una desencarnación gloriosa y un despertar sin gloria; porque vió á la luz del *día del infinito*, que á pesar de haber hecho tantos prodigios, y de haber asombrado al mundo con sus curaciones milagrosas, y de haber escrito inspirada por el *espíritu santo* y de haber sido la admiración del mundo por su talento sin rival, por sus excepcionales virtudes, por haberle dado un nuevo rumbo á la nave de la iglesia, por haber sido la reformadora de las congregaciones religiosas; á pesar de tanto saber y de ser, al parecer, un alma *privilegiada*, al llegar al espacio ¡cuán grande fué su sorpresa! al ver que aun tenía que estudiar la ciencia más difícil: *¡el saber perdonar!*

· · · · ·
Estudiemos el Espiritismo, que es la ciencia de la vida, porque el Espiritismo ¡es la verdad!





¡¡¡SETENTA Y DOS HORAS!!! ⁽¹⁾

I

Dijo Campoamor, que para el placer, un siglo representaba un segundo; y para el dolor, un segundo era un millón de siglos. Y por Dios, que estaba en lo cierto el insigne poeta; las horas de angustia, las horas de ansiedad, las horas en las cuales se dice como dijo el Dante: *¡No hay esperanza!*, no se acaban nunca. Multiplicamos los instantes del sufrimiento con una facilidad asombrosa, con una rapidez inverosímil; en cambio, cuando el placer nos hace sonreír, cuando las ilusiones nos brindan sus ramilletes de rosas y de jazmines, decimos

(1) Con el objeto de completar el número de páginas de este tomo, con el que queda terminada esta interesante obra, pedimos á su autora algún escrito inédito, á lo que accedió inmediatamente con la galantería que la caracteriza.

Publicamos, pues, esta historieta en la seguridad de que nuestros amables lectores la leerán con gusto.

con Benjumea: En el mundo del placer, —apenas repica el alba— ¡ya tocan á anochechar!

Parece increíble que, siendo el reloj del tiempo el reloj más perfecto del Universo, puesto que el relojero que lo maneja es Dios mismo, puedan los dolores humanos y las alegrías terrenales, pararle y adelantarle, según las angustias de los que lloran y el placer delirante de los que ríen. Estas reflexiones nos las sugiere el relato que hemos leído en varios periódicos del Nuevo Mundo dando cuenta de un lamentable suceso ocurrido en un pueblecito de las Antillas, en el cual ha estado un joven ¡72 horas! entre la vida y la muerte dentro de un pozo. Aunque sea á grandes rasgos, copiaremos los párrafos más interesantes de tan dolorosa relación.

«ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE: *Suceso folletinesco.*—Durante las primeras horas de ayer mañana, empezó á hablarse de un trágico suceso ocurrido en un pueblecito de San Vicente; de un suceso que tiene todas las apariencias de un capítulo de las novelas de Ponson du Terrail. Se trataba de un hombre que llevaba dos días debajo tierra y que, sin embargo, vivía, se comunicaba con las gentes y recibía alimentos.

»En este cobertizo existía un pozo que

tendría aproximadamente 50 palmos de profundidad, por unos 8 de diámetro.

»El tal pozo estaba revestido de ladrillo casi todo. Unicamente en su parte baja carecía de esta condición, por cuyo motivo la obra de fábrica quedaba allí al descubierto; hecho frecuente en esta clase de pozos, motivado por el descuido de los dueños que de cuando en cuando y siempre que se encuentran faltos de agua, llaman á los operarios para que ahonden aquél, sin cuidarse de ordenar el correspondiente revestimiento.

»Encima del pozo se halla construída una pequeña torre de unos diez metros de altura aproximadamente, la cual sirve de basamento á un molino de viento para la extracción del agua.

»A pesar del hundimiento, el obrero Honorato vivía. Al ocurrir el desprendimiento, los escombros se amontonaron de tal manera, sostenidos por el pedazo de caja de madera de que hemos hecho mención, formando una bóveda encima del obrero y dejando intersticios por los cuales recibía el aire necesario para sus pulmones.

»Transcurridos los primeros momentos de estupor, los que se habían librado de la catástrofe percibieron lejanos gritos que desde el fondo del pozo y cubierto de tie-

rras y escombros profería el infeliz Honorato.

»Vivía, y era necesario salvarle. Mas ¿cómo? Si procedían á la limpieza del pozo hundido, además del peligro á que se exponían los que llevaran á cabo tal operación, era indudable que acabarían de matar al infeliz obrero con el movimiento que forzosamente se produciría en aquellos materiales.

»Llamaron gente, discurrieron largamente, y por fin decidiéronse á llevar á cabo una obra de verdadera importancia».

«VIVO Y SIN PODERLE SALVAR.—Eran ya las doce de la mañana del viernes cuando por fin los esforzados salvadores pudieron ver y tocar á Honorato. Este se encontraba en las circunstancias más angustiosas. Todo su cuerpo se hallaba hundido entre fango y escombros: las piernas hundidas y sujetas por algo que se supone sea el aro inferior de la parte de caja que lo cubría por completo y asomando únicamente la cabeza, cubriéndole los escombros hasta la barba.

»Intentar quitar aquel pedazo de madera era temerario. El derrumbamiento hubiese sido inmediato. Es por esto que de momento se limitaron á quitar los escombros que estaban á punto de ahogarle, lo

cual le permitió el movimiento de la cabeza y el poder recibir algún alimento.

»Distintas veces se probó de arrancarle de allí. Primero un hombre, después dos hombres, después ocho hombres tirando de una faja. Todo fué inútil. La tierra le sujetaba allí con tenazas de hierro, haciéndose inútil las fuerzas humanas y complaciéndose en enterrar á un hombre lentamente, en toda la plenitud de su vida».

«EL HOMBRE SEPULTADO.—El desgraciado obrero Honorato ha perecido en el pozo donde cayó, á pesar de los esfuerzos que tanto las autoridades y el vecindario, han hecho por salvarlo.

La terrible y desesperada situación de ánimo en que ha permanecido 72 horas haciendo inauditos esfuerzos por salir del cepo formado por las maderas de la armadura, llegó á perturbar sus facultades mentales. Oíasele pronunciar frases incoherentes; pedía ver la luz, aún cuando lo bajasen otra vez á su encierro.

»La fatiga física, el peso que sobre sí soportaba y que ascendía á bastantes toneladas mientras el agua bañaba su cuerpo extenuado y fébril, agotaron todas sus fuerzas.

»Bajaron los médicos al sitio donde el infeliz estaba y pudieron cerciorarse de que

había fallecido á causa de un colapso que le sobrevino.

»En el pueblo produjo impresión la noticia, y pronto circuló por los comarcanos, en donde desde hace tres días no se hablaba de otra cosa que del obrero sepultado.

»A última hora de la tarde se trabajaba por extraer el cadáver».

II

Hemos omitido algunos detalles del relato anterior, por no creerlos de absoluta necesidad para que nuestros lectores se hicieran cargo del inmenso sufrimiento del infeliz Honorato, pero creo justo hacer constar que acudieron al pueblo de San Vicente, cuantas autoridades civiles y militares, desempeñan sus cargos en la ciudad cercana al pueblecito donde se desarrolló tan horrible tragedia, acudiendo también gran número de médicos, de bomberos y de otros muchos individuos útiles para el trabajo que hicieron de la noche día, haciendo esfuerzos titánicos para salvar al infeliz obrero, que á pesar de su humilde posición, se vió atendidísimo en sus horas de agonía. El infeliz Honorato, deja en el mayor desconsuelo á su madre y hermanos.

¡Cuántos dolores! ¡cuántas angustias! ¡Parece increíble que se pueda sufrir tanto!

Este suceso verdaderamente trágico, ha llamado tantísimo la atención, que muchos espiritistas nos han pedido que indagáramos, que preguntáramos al guía de nuestros trabajos, qué había hecho Honorato para merecer tan horrible castigo; ¡qué manera de morir!... ¡tan joven! ¡tan amado! ¡tan querido de cuantos le conocían!... y caer en un abismo tan avaro de su presa, que le sujetó con garfios inrrompibles para morir del modo más horrible.

¿Qué habrá sido? se preguntaban todos: ¿un inquisidor cruel?, ¿un aborto del infierno?, ¿habrá hecho el mal por el mal mismo?, ¿habrá incendiado un pueblo para gozar con los gemidos de los carbonizados?, ¿habrá fletado barcos de prisioneros para hacerlos morir en alta mar? ¡Tiene que haber sido muy malo!... Y á tantas preguntas, por fin contestó el guía de mis trabajos diciendo así: es decir, contestaron dos espíritus valiéndose de distintos mediums, para mayor satisfacción nuestra, porque en estos asuntos medianímicos, cuántas medidas se toman para averiguar la verdad, todas las creemos útiles y necesarias. He aquí lo que dijeron los dos espíritus:

III

«Muchas suposiciones habéis hecho á cual más erróneas, que nunca se debe juzgar por las apariencias, porque la mayoría de las veces éstas engañan; el infeliz que permaneció *setenta y dos horas* entre la vida y la muerte, nunca ha sido inquisidor, ni cruel incendiario, ni ha lanzado á los prisioneros á luchar con las olas, ni ha gozado con la agonía de sus víctimas. No ha sido bueno, pero tampoco ha sido malo por el placer de serlo; se ha dejado dominar por el espíritu autoritario de la época del feudalismo, en la cual visitó la tierra varias veces, halagado de su posición social que era la de un pequeño soberano, dueño de vidas y haciendas; su voluntad era la ley que imperaba en sus dominios, abusando de su omnímodo poderío con las débiles mujeres, con las inocentes niñas; para él no había mujer sagrada, era un Sultán y todas las hijas y esposas de sus pecheros y de sus siervos, componían su harém. La última vez que estuvo en la tierra siendo Señor feudal, yendo un día de paseo por las cercanías de su castillo señorial acompañado de su más fiel escudero, se detuvo ante una fuente y lanzó un grito

de sorpresa al ver á una joven campesina que llenaba su cántaro de agua. Jamás había visto una mujer más hermosa, reunía todas las gracias y sobre todo, había en ella un algo verdaderamente celestial; sus formas esculturales hablaban á los sentidos, pero sus miradas hacían elevar el pensamiento y el hombre más depravado tenía que decirse á sí mismo: ¿De dónde vendrá esta mujer?... ¿Será verdad que hay un cielo?... Esto se preguntó el noble feudal y alejándose de la fuente, porque no podía mirar frente á frente á la hechicera campesina sin sentirse dominado por una emoción para él desconocida, le dijo á su escudero:—¿Sabes quién es esa mujer?

»—Sí, señor; es Elina, hija única de uno de vuestros siervos más acomodados; la llaman la virgen de la fuente, porque este lugar es el preferido por la hermosa doncella.

»—Pues yo necesito mirarme en sus ojos y beber en sus labios el néctar del placer; me parece que despierto de un largo sueño; corre, ve y dile que quiero dejar á sus plantas mis tesoros, que quiero ser su esclavo, que quiero adorarla de rodillas, que á pesar de ser su dueño, emplearé las más humildes súplicas para que me mire sin desdén.

»El escudero obedeció á su dueño, mientras éste se alejaba sin saber lo que sentía,

por primera vez en su vida tembló ante una mujer.

»Elina escuchó al escudero sin manifestar enojo ni sorpresa, y únicamente le dijo: —Venid conmigo hasta mi casa, para advertir á mis padres que no estén con cuidado si retardo mi vuelta.

»Anduvieron un largo trecho y Elina se detuvo diciendo á su acompañante:—Esperadme aquí, que salgo enseguida.

»El escudero obedeció á la joven que con la mayor tranquilidad entró en su casa; pasaron algunos minutos, transcurrió cerca de una hora, y entonces el escudero sintió una inquietud desconocida, temblando al mismo tiempo por la cólera de su señor, que no estaba acostumbrado á esperar ni un segundo para satisfacer sus caprichos, y sospechando algo terrible, entró en la morada de Elina llamándola con la más viva impaciencia. Los padres de Elina alarmados por los gritos del escudero, hablaron con éste, y comprendieron enseguida el mensaje que traía; el padre palideció de ira, pero nada dijo; únicamente replicó:—Elina fué á la fuente y aun no ha vuelto.

»—Mientes, bellaco; yo la he visto entrar aquí; y el escudero alarmadísimo, registró toda la casa, sin encontrar á Elina por ninguna parte. Todos la buscaron por las cercanías y nadie la encontró; el escude-

ro temblando se presentó á su señor y le contó lo ocurrido y éste en lugar de enco- lorizarse se echó en brazos de su fiel ser- vidor y por primera vez el llanto afluyó á sus ojos diciendo:—Presiento una desgra- cia irremediable; con el oro todo se consi- gue, pero Elina no es de este mundo; ya verás como no parece y si la llegamos á en- contrar, sólo encontraremos su cadáver.

»Sin pérdida de tiempo todos los servi- dores del castillo buscaron á Elina y *se- tenta y dos horas* después de haber desapa- recido, la encontraron donde nadie la había buscado; en el fondo de un pozo rodeado de rocas, pero abandonado por estar me- dio seco; allí se refugió Elina, convencida que allí moriría, pero diciendo resuelta- mente:—¡Antes la honra que la vida!... Allí contó *setenta y dos horas* de agonía; allí pidió á Dios consuelo y resignación para sus padres y arrepentimiento para el que quería arrebatarle su único tesoro, su honra, su castidad, su celestial pudor; allí rogó por el hombre que amaba, porque ella estaba enamorada de su señor, de su dueño, pero antes que su amor, antes que su vida, estaba su honra; pidió á Dios en su agonía volverle á ver y lo consiguió; él fué el primero que escuchó la voz de Eli- na, él fué el primero que descendió al pozo

y recibió su último suspiro y sus últimas palabras:—¡Antes la honra que la vida!

»El noble señor quedó aterrado; el seductor sintió lo que jamás había sentido; acompañó los restos de Elina que enterró en la cripta de su castillo, y ante su tumba lloró como un niño; el dolor le fué consumiendo, y pocos meses después murió, dejando dispuesto que lo enterraran al lado de Elina. Esta fué la primera que salió á su encuentro en el espacio; ésta fué la encargada de hacerle ver la luz de la verdad, haciéndole comprender que le amaba hacía muchos siglos y que no sería dichosa hasta que él pudiese llegar hasta ella.

»El, arrepentido de sus culpas pasadas, pidió á su ángel bueno, á su adorada Elina que no lo dejara abandonado á sus propias fuerzas; que velara por él, porque estaba decidido á desandar el camino andado, proponiéndose en su primera encarnación, sufrir el martirio que ella sufrió luchando *setenta y dos horas* entre la vida y la muerte; quería sentir sus mismas angustias, sus mismas ansiedades que ella sintió; y fuerte y decidido volvió á la tierra en humildísima posición, acompañado de varios de sus servidores; su escudero, el que tomó parte tan activa en el triste suceso de Elina, le precedió para servir de madre á su antiguo señor, y de ese modo acompañarle en su

martirio, como así sucedió, pues todo el tiempo que permaneció Honorato dentro del pozo, su madre se identificó con él y lloró con lágrimas de sangre persuadida de que perdía á su hijo para siempre.

»El noble de ayer ha cumplido fielmente su palabra, y Elina le presta aliento y le da fundadas esperanzas para descender hasta él, siempre que él ascienda hasta ella; inmensa es la distancia que aun los separa, porque ella es un espíritu elevadísimo, todo amor, todo sentimiento, toda pureza, ella sólo quiere el amor del alma, la amorosa fusión de los pensamientos; para ella los mundos son pequeños, míseros sus amores, porque sólo obedecen á materiales atracciones, á groseros instintos, á unir los cuerpos, y para ella hace muchos siglos que sólo existe el amor de las almas; ella vive en plena luz, para ella el día es eterno; es uno de los ángeles buenos que velan por los terrenales; pero como los espíritus, por elevados que se encuentren, tienen también sus preferencias, sus especiales simpatías, nacidas en la noche de los siglos, sin saber el espíritu á qué obedecen muchas veces, pero sintiendo el afán divino de hacer de un átomo, un alma sensible, apasionada y grande; Elina sintió por Honorato un amor inmenso; conoció que de una tosca piedra, tenía que hacer un sér inteligente, tenía

que asemejarse á vuestro Pigmalión dándole vida y sentimiento á una estatua, y como la voluntad es el factor más poderoso que hay en el Universo, Elina verá colmados sus deseos y Honorato será un día el redentor de un pueblo, el mensajero divino que anunciará á los hombres una era de luz, de amor y de progreso.—Adiós».

IV

¡Benditos los espíritus que sólo piensan en amar!... ¡Qué misión tan grande es la suya!... Ante sus esfuerzos, ante su constancia, ante sus nobilísimos deseos de hacer el bien por el bien mismo, qué pequeños nos encontramos la generalidad de los hombres; sino tuviéramos la certidumbre que se vive eternamente, la humillación nos confundiría; ¿qué son los átomos ante los mundos? ¿qué son las gotas de rocío ante los mares? ¿qué son los gusanitos de luz ante los soles? Pues más pequeños que los átomos, que las gotas de rocío y que los gusanitos de luz, somos los hombres que poblamos la tierra; ¿qué son nuestros amores? Un cambio de egoísmos (como dijo un filósofo). ¿Qué son nuestras amistades? Un comercio de intereses materiales. Somos

los sepulcros blanqueados de que hablaba Jesús, y gracias que el Espiritismo ha venido tan á tiempo, porque en todas las lenguas y en todos los países han resonado las voces de los espíritus que le han dicho á la humanidad: ¡Levántate y anda! ¡Despierta que hartos siglos has dormido en la más vergonzosa ignorancia! Derriba tus provisiones, destruye tus cadalsos, derrumba tus templos, rompe tus ídolos y adora á Dios en la naturaleza y ama á tu prójimo como á tí mismo.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
CVI.	5
CVII.	23
CVIII.	37
CIX.	53
CX.	69
CXI.	83
CXII.	95
CXIII.	107
CXIV.	121
CXV.	135
Apéndice.	147
!!!Setenta y dos horas!!!	185





Ramos de violetas

por

Amalia Domingo Soler

Recopilación en tomos, tamaño 11 × 18, de casi todos los artículos y poesías de esta insigne escritora. Se han publicado el I, II, III y IV tomos.

Cada tomo, en rústica, 1 peseta.

En tela y tapas especiales, 2 pesetas.



EDICIÓN MONUMENTAL
DE LAS
OBRAS COMPLETAS
DE
ALLAN KADEC

Se compone esta edición de SIETE tomos en 4.º mayor, impresos en papel superior y estampación esmeradísima, encuadernados en tela con planchas en color y oro, regalándose á los compradores de esta edición una lámina de gran tamaño, con un retrato alegórico del Maestro, impreso en seis colores.

Precio: 35 pesetas la obra completa

Esta edición, esmeradamente corregida é impresa con tipos nuevos, consta también de SIETE tomos, que se venden separadamente, en rústica, al precio de **2 pesetas ejemplar**, y encuadernados en tela y planchas, á **3'50 pesetas**.

Guía práctica del Espiritista

por el medium D. MIGUEL VIVES

Expresidente de la Federación Espiritista del Vallés,
id. del "Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos"
y del "Centro Fraternidad Humana", de Tarrasa.

En la literatura espiritista, tan rica y fecunda que abarca todos los ramos, habia un hueco y éste lo acaba de llenar don Miguel Vives con el interesante folleto que ofrecemos al público.

Precio en rústica, **0'75 pesetas.**

Encuadernado en cartóné, **1 peseta.**

Ventajas del Espiritismo

Folleto de 8 páginas, **0'05 pesetas**

La misericordia es la justicia
en su más elevado concepto

Interesante comunicación recibida en el
Centro privado «Perseverancia», de Sancti Spiritus
(Isla de Cuba), **0'25 pesetas.**

ALBUM DE FOTOGRAFÍAS DE ESPÍRITUS

Contiene 38 preciosos fotograbados reproducción exacta de otras tantas fotografías de espíritus obtenidas por los celebrados mediums D. Teodoro Hansman, de Washington y D. José Azas, de Manila, cuyos retratos figuran al frente de su respectiva colección.

Este Album, del que se ha hecho ya una 2.^a edición, va riquísimamente encuadernado en tela y oro y se vende el tomo á **3 ptas.**

MISTERIOS DEL ALMA

Comunicaciones de ultratumba
á un creyente de la doctrina espírita
por **VIRGILIO**

SEGUNDA EDICIÓN

Esta obra vió la luz por primera vez en Cuba, donde su autor residia desempeñando un importante cargo en la Sanidad Militar, á cuyo cuerpo pertenece.

Un tomo en 8.º, rústica, **1 peseta.**

Encuadernado en tela, **2 pesetas.**

CASA EDITORIAL

DE

CARBONELL Y ESTEVA

Rambla de Cataluña, 118. - BARCELONA

RAMOS DE VIOLETAS

por **AMALIA DOMINGO SOLER**

Recopilación en tomos, tamaño 11 x 18, de casi todos los artículos y poesías de esta insigne escritora. Se han publicado el I, II, III y IV tomos.

Cada tomo, en rústica, **1 peseta.**

En tela y tapas especiales, **2 pesetas.**

**ALBUM DE FOTOGRAFÍAS
DE ESPÍRITUS**

Este magnífico Album, el primero en su clase, ha merecido los más calurosos elogios por parte del Espiritismo español y extranjero, habiéndose ocupado extensamente de él la mayoría de la prensa espiritista y profana.

Contiene 38 preciosos fotograbados reproducción exacta de otras tantas fotografías de espíritus obtenidas por los celebrados mediums Dr. Teodoro Hansman, de Washington y D. José Azas, de Manila, cuyos retratos figuran al frente de su respectiva colección.

Este Album, del que se ha hecho ya una 2.^a edición, va riquísimamente encuadernado en tela y oro y se vende en España, el tomo, á **3 pesetas** y en el Extranjero, á **3.50 pesetas.**

DE LA IDEA DE DIOS

Interesante folleto conteniendo un artículo de Mr. Béra criticando el que el Congreso Espiritista celebrado en París en 1900 hubiera aceptado la conclusión referente á la existencia de Dios y las contestaciones que en dos hermosos artículos le dió Mr. León Denis.

Precio, **0.50 pesetas.**